



*Déjame
estar
a **TU** lado*

**Los Sufrimientos
de Jesús ayer y hoy**

M. Basilea Schlink

**DÉJAME ESTAR
A TU LADO**

Basilea Schlink



**Hermandad Evangélica de María
Darmstadt-Eberstadt, Alemania**

© Verlag Evangelische Marienschwesternschaft e.V.,
Darmstadt, Alemania, 2022
Todos los derechos reservados.
Título original en alemán:
Ich will hier bei Dir stehen

Primera edición alemana 1975
Primera edición en español 1989, Clie, España
Versión revisada como PDF en español 2022

Todos los derechos están protegidos por
las leyes internacionales del Derecho del Autor.
Los contenidos y/o portada no pueden ser reproducidos total
ni parcialmente por sistemas, impresión, audiovisuales,
grabaciones o cualquier medio,
sin permiso del dueño del copyright.

info-es@kanaa.org
www.kanaanhispano.net

ÍNDICE

Prefacio.....	6
Apertura.....	9
Jesús en el Camino hacia Getsemaní.....	11
Jesús en el Huerto de Getsemaní.....	18
La primera batalla de Jesús en Getsemaní.....	26
La segunda batalla de Jesús en Getsemaní.....	34
La tercera batalla de Jesús en Getsemaní.....	41
El arresto de Jesús.....	44
Jesús ante el Concilio de Anás y Caifás.....	58
Pedro niega conocer a Jesús.....	77
El camino de humillación de Jesús, atravesando Jerusalén hasta la casa de Pilato.....	82
Jesús es juzgado por primera vez ante Pilato y humillado en el palacio de Herodes.....	92
Jesús ante la Suprema Corte de Pilato.....	108
La flagelación de Jesús.....	116
La coronación de espinas de Jesús.....	130
Jesús es condenado.....	140
Jesús con la cruz a cuestas.....	150
La crucifixión de Jesús.....	166
Jesús es clavado en la cruz.....	169
El levantamiento de la cruz.....	176
Sugerencias para la Celebración de la Pasión de Jesús.....	198

Celebración de la Pasión de Jesús



Prefacio

El tesoro más precioso, como muchos hombres de oración han testificado, tanto en prosa como en canciones, son los Sufrimientos que Jesús tuvo que soportar para lograr nuestra redención. Con el paso de los años creció en mi corazón un ardiente deseo: poder acompañar en oración a Jesús a lo largo de Su Camino de aflicción, de una manera más íntima. Y el Señor respondió a mi plegaria.

Unos años después, tuve el privilegio de pasar una temporada visitando los Lugares que fueron testigos de Sus Sufrimientos en Tierra Santa; a mi vuelta, me sentí impulsada a escribir algo para mis hijas espirituales acerca de los Sufrimientos de Jesús. En mi diario, escrito durante la Cuaresma de 1960, dice: “Concédeme algo para que mis hijas espirituales puedan verdaderamente acompañarte en espíritu a lo largo del Camino de Tus Sufrimientos cada Jueves Santo y Viernes de Pasión. Ayúdame a darles una representación viva que encienda su amor por Ti”.

Poco después, durante una semana muy especial de Cuaresma, el Señor me otorgó el cumplimiento de esta petición. Impulsada por Su Espíritu, hablé de todo el Camino de los Sufrimientos de Jesús, grabándolo en una casetera. La grabación, que duró

muchas horas, se interrumpía con canciones y oraciones. Después, este texto nos ayudó a acompañar en espíritu a Jesús todos los años por Su Camino de la Cruz durante el Jueves Santo y el Viernes de Pasión, en una actitud de oración. Por medio de esta experiencia, la relación de mis hijas espirituales con Jesús en medio de Sus sufrimientos se ha hecho más profunda año tras año, y su alegría ha aumentado según conocían el desbordante amor de Jesús, revelado en Sus Sufrimientos por nuestra causa. Algunos invitados que han celebrado la Pascua con nosotros, preguntaron cómo era posible recibir esta tremenda alegría pascual que habían podido experimentar aquí, en nuestra pequeña Tierra de Canaán, y cuando se enteraron de nuestra Celebración acerca de la Pasión, también desearon participar de ella.

Ya han pasado muchos años y los Sufrimientos de Jesús han tomado proporciones indecibles. Así que... ¿No se debería celebrar este Culto en otros lugares también, en lugar de ser sólo para la pequeña Tierra de Canaán? ¿No deberían tener la oportunidad de reunirse en todo lugar todos aquellos que aman a Jesús, y desde sus hogares velar con Él en la Noche de Sus sufrimientos, unidos por la oración: “*Señor, permíteme que te acompañe con mi amor*”? Estos días, y más en esta época de oscuridad, ¿no deberían de caracterizarse en todas partes el Jueves Santo y el Viernes de Pasión, por un espíritu de amor y de acción de gracias, por una generosa disposición a cargar con nuestra cruz y por una alegría y adoración por esta Redención tan grande?

¿No es incluso mayor el motivo hoy en día en vista de los Sufrimientos actuales de Jesús? La degradación que Él sufre hoy en numerosas revistas y libros, en las salas de teatro y en el cine y, en pleno siglo XXI, en las modernas redes de comunicación social, es un desafío a que nos preparemos a sufrir por amor a Él, ya que quizás muy pronto el sufrimiento en forma de persecución, pueda golpearnos a nosotros mismos, ya que somos miembros de Su Cuerpo.

A través de los siglos, los hijos de Israel han celebrado La Noche de su Liberación –la Pascua judía–, la noche en que el Señor los hizo salir de la tierra de Egipto. A ningún judío se le permite olvidar la noche en que el Señor los liberó después de cuatrocientos años de esclavitud; la noche en que se sacrificó simbólicamente un cordero en cada hogar, y los postes y dinteles de las puertas de cada hogar fueron untados con su sangre. ¿No deberíamos nosotros, por tanto, recordar La Noche de nuestra Redención, una Redención eterna de todo el tormento del pecado, de la muerte y del infierno?

Los pasajes marcados con (*) son como ilustraciones de historias bíblicas que intentan ofrecer una representación más real de los Sufrimientos de Jesús. Son porciones de *Das bittere Leiden unseres Herrn Jesu Christi* (Los amargos Sufrimientos de nuestro Señor Jesucristo), por Clemens Brentano, un célebre escritor alemán. Su libro se basa en las narraciones de Anna Katharina Emmerich, una mujer de oración, la que le describió lo que el Señor le había revelado en oración, acerca de Sus Sufrimientos.

Apertura

Todos cantan:

Jesús crucificado,
mi Salvador, mi paz,
fija en tu amor mi vista,
junto a Ti quiero estar.
Tu muerte, tu agonía,
tu terrible penar
tener presente quiero
y humilde contemplar.



Melodía: “Un solo fundamento”.

Oración de apertura

Todos cantan:

Semana santa de sufrimiento,
Cristo su senda va a cumplir.
Contigo quiero ir paso a paso,
nunca dejarte a Ti, oh Señor.

Tú andas por el mismo camino,
Cristo, hoy lleno de dolor.
Azotes, burla, espinas, desprecio,
recibes hoy también, Señor.

No debes más andar ya tan solo
por el camino de aflicción.
Que esta semana me sea santa;
haz tus pesares míos también.

Jesús, queremos velar contigo,
Te envolveremos con amor;
queremos darte nuestro consuelo
y responder con amor, tu amor.

Semana Santa en que el Cordero
por su camino amargo va.
Velemos en amor, escuchando
el ruego de tu corazón.

Todos dicen:

Jesús, Jesús, mi amado,
Cordero de Dios, ahora glorificado,
una vez elegiste la cruz del sufrimiento,
dispuesto en amor por nosotros moriste.
Permíteme, Señor, que con amor ahora siga
en tu camino de dolor y muerte;
Permíteme sentir la aflicción y la angustia
que sentiste Tú a cada paso que dabas.

Coro:

Jesús, Jesús, mi amado,
oh cuánto yo adoro
Tu amor y sufrimiento
de tu amargo camino.
Déjame seguir por Tus pasos
que llorando has andado;
déjame a Ti mi vida dar,
pues por mí Tú sufriste.

Jesús en el Camino hacia Getsemaní

Mi Salvador va a sufrir,
amado Cordero de Dios.
¡Oh, permíteme quedarme cerca de Ti
y compartir tu camino, querido Señor!
Porque por mí sufriste
y por mi causa moriste.
Permíteme lamentar mi pecado
y quedarme muy cerca a tu lado.
¡Oh, permíteme ahora ir contigo,
mi querido Señor y Rey;
que lleno de contrición me una contigo
en tu noche de sufrimientos!

En la tarde del Jueves Santo Jesús salió del Monte de Sión, donde había celebrado la Última Cena con sus discípulos en el Aposento Alto. Su alma estaba sumida en una profunda angustia. Judas ya había salido para traicionarle.

Lo más probable es que Jesús haya salido de la ciudad por la puerta del oeste. Después haya descendido la colina y cruzado el Valle de Cedrón para llegar al Huerto de Getsemaní, lo que suponía un camino de aproximadamente media hora.

A diferencia de los tres años anteriores, ahora no eran doce discípulos los que le acompañaban en Su Camino. Satanás había tomado posesión de uno de ellos. Así que solamente once discípulos eran los que

acompañaban a Jesús al Valle de Cedrón, el Valle de Josafat. Judas había ido para hacer los preparativos de su traición, mientras Jesús se aproximaba a Getsemaní, el Huerto de los Olivos donde se exprimía la aceituna. Allí, Dios mismo tenía pensado exprimir a Su Hijo como se hace en una prensa de aceite.

Como está escrito, Jesús fue delante de sus discípulos por el camino de Getsemaní. Los discípulos le seguían en fila de a uno porque los caminos que conducían al Valle de Cedrón eran muy angostos. Por el camino, Jesús mantuvo una conversación importante con ellos antes de entrar en el Huerto.

Jesús es verdaderamente el Buen Pastor, quien en su gran amor ve el peligro que amenaza a sus ovejas. Por eso les avisa de antemano, para ayudarlos y prepararlos. No quiere llevarlos al Huerto de Getsemaní sin antes hablar, una vez más, de los terribles eventos que iban a ocurrir muy pronto, para que ellos se pudieran preparar.

Y les dice: “Todos ustedes perderán su fe en mí esta noche. Así lo dicen las Escrituras: Mataré al pastor, y las ovejas se dispersarán.” (Mateo 26:31 DHH).

¡Cómo deseaba Jesús preparar a sus discípulos...! Y no solamente ahora antes de que empezara la batalla de Getsemaní. No, ya antes Jesús había intentado una y otra vez transmitirles la gravedad de la hora que se aproximaba. Les había dicho: “Como ustedes saben, dentro de dos días se celebra la Pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado (Mateo 26:2 RVC). ¿Podría alguien ser

más claro que cuando hasta la fecha se especifica? Es decir, cuando se dice: Dentro de dos días, tales y tales eventos van a suceder.

Cuando María de Betania ungió a Jesús, éste dijo: “Esta mujer se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura” (Marcos 14:8 RV). Con eso Jesús declaró abiertamente que en el transcurso de unos pocos días Él sería sepultado. Además, en la Última Cena, los discípulos oyeron personalmente decir al Señor que uno de ellos iba a traicionarle. Ellos sabían que en los últimos días los fariseos se habían reunido frecuentemente con el fin de realizar un plan para matarle. Se presentía en la atmósfera. Aunque Jesús no les hubiera hablado del terrible Sufrimiento que le esperaba, ellos deberían haberlo percibido.

Pero las palabras de Jesús parecían chocar contra un escudo de acero. Los discípulos no querían saber nada acerca de la cruz. El simple hecho de pensar en el sufrimiento les era insoportable. Ellos se resistían a sufrir con Jesús. Con sus oídos le oyeron decir que la cruz y el sufrimiento vendrían sobre Él y así también sobre ellos; pero ellos cerraron su corazón a la simple idea del sufrimiento. Evitaban el pensamiento de la aflicción que se aproximaba, porque este camino les parecía demasiado duro. Pero esto significaba que no querían acompañar a Jesús en Su Camino de Aflicción. Y en verdad, ninguno de ellos se encontraba a su lado cuando anduvo el amargo trayecto a lo largo de la Vía Dolorosa con la cruz a cuestas.

Aquellos últimos días debieron haber sido inmensamente difíciles para nuestro Señor Jesús, estar en tan íntima compañía con sus discípulos, quienes habían estado siempre a su lado durante los tres años de su ministerio. El corazón de Jesús estaba lleno de sufrimiento. Vivió plenamente sabiendo lo que le esperaba y lo que constantemente desafiaba a su alma: su camino de amargo sufrimiento que le llevaría a la muerte. Por causa de su tierno cuidado por ellos, deseaba hablar con sus discípulos acerca del sufrimiento que se avecinaba, y también por amor, ya que el amor quiere compartirlo todo con el ser amado, especialmente las aflicciones. No obstante, Jesús no encontró una respuesta amorosa, ni siquiera un poco de comprensión. No encontró a nadie que sufriera con Él. Abandonado, por todos, Jesús tuvo que comenzar sólo su difícil camino de aflicción.

Tan dura era la resistencia y el rechazo al sufrimiento que tenían los discípulos, que esto se podía notar en sus reacciones. Antes de entrar en el Huerto de Getsemaní, una vez más les dijo Jesús lo que le iba a suceder. Como respuesta a estas palabras, lo más natural hubiera sido que se volvieran a Él y le suplicaran: “*Señor, danos la fuerza para que podamos perseverar a tu lado*”. Pero no, ellos permanecieron en silencio.

Los discípulos, aunque sin duda estaban llenos de temor, estaban seguros de sí mismos. Muy profundo dentro de su ser sabían que deberían entregarse a la cruz con un “*Sí, Padre*” y que este acto de entrega

debería ser hecho con anticipación, pues de lo contrario serían sorprendidos y derrotados por el enemigo en la hora de la aflicción. Pero no actuaron en consecuencia. No estuvieron dispuestos a enfrentarse con el hecho de que, sin hacer una dedicación, una entrega al sufrimiento, sin aceptar la cruz, no se puede estar firme en la hora de la prueba.

En contraste con esta seguridad de sí mismos que tenían los discípulos, Jesús estaba sumamente angustiado, como les dijo: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte...” (Mateo 26:38 RV). Los discípulos continuaron confiando en sí mismos, porque no querían aceptar el hecho de que el sufrimiento y la cruz era lo que le espera a Jesús... y también a ellos. Eso fue lo que impulsó a Pedro, y juró poco antes de que fueran a Getsemaní: “Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré” (Mateo 26:35 RV). Después reprimieron el pensamiento de que la obra de Jesús pronto se derrumbaría. No podían soportar el pensamiento de verle impotente ante los hombres, e incluso ser conducido como un delincuente y condenado a muerte.

Pero Jesús, el Creador de todos los mundos, no vivía con esta autosuficiencia. Estaba lleno de temor ante el pensamiento del sufrimiento. Anteriormente, cuando habló del bautismo de sufrimiento que le esperaba, dijo: “¡Cómo me angustio hasta que se cumpla!” (Lucas 12:50 RVC). De esta forma Jesús se disponía a enfrentarse realmente con el sufrimiento, rindiendo Su voluntad a la Voluntad del Padre, mientras nosotros, que sólo somos simples

seres creados y además pecadores, reprimimos la posibilidad o el hecho de que el sufrimiento pueda entrar en nuestras vidas en medio de nuestra falsa autoconfianza. Esto es lo que hacemos cuando rechazamos la cruz.

La distancia que separaba a Jesús de Sus discípulos, aunque aparentemente estaban a su lado, era inmensa, ya que Él quiso pasar por la cruz y el sufrimiento, y dio su consentimiento. Sin embargo, los discípulos lo rehusaron. Su respuesta fue un “No”. Jesús se sometió a la Voluntad de Dios, pero ellos se rebelaron contra ella.

Jesús entró en el Huerto de Getsemaní con sus discípulos, profundamente afligido, y sintiendo una tremenda tristeza por ellos. Era su último intento de alcanzarlos, pero sus palabras habían caído en oídos sordos.

Antes de que entremos en el Huerto con Jesús, en espíritu, en esta Santa Noche de Sus Sufrimientos, recordemos la amarga frustración que sufrió a causa de sus discípulos en la hora de Getsemaní, y oremos:

Todos oran:

Perdónanos, Señor Jesús, porque al igual que tus discípulos hace mucho tiempo, nosotros, hoy, también nos negamos al sufrimiento que vendrá a nuestras vidas, a pesar de que Tú deseas prepararnos para esto. Perdónanos, porque actuando así te abandonamos. Muchas veces nos hemos resistido a acompañarte por el Camino de la

Cruz, cuando nos llamaste a hacerlo. Rompe nuestra fuerte resistencia al sufrimiento, esa coraza que levantamos vez tras vez para protegernos. Así oramos, confiando en que nos vas a ayudar a pasar por todo ello y que, en tu amor, no vas a poner sobre nosotros más de lo que podamos soportar.

Que no te entristezcamos, querido Señor Jesús, por causa de nuestra falta de disposición a llevar la cruz, porque... ¡Cuán entristecido debes estar al ver que son tan pocos los tuyos que se animan a acompañarte por el Camino de la Cruz, especialmente hoy, en el Día de Tu Sufrimiento!

Amén.



Jesús en el Huerto de Getsemaní

Coro:

Mi Jesús, solo en la noche,
nadie contigo quiere velar.
Estás solo, abandonado,
y así tu camino vas.

Tú llamas, pides e imploras,
pero nadie contigo va.
Estás solo, abandonado,
y así tu camino vas.



Una indescriptible tristeza llenó el corazón de nuestro Señor Jesús aquella noche en el Huerto de Getsemaní. De hecho, ya podía sentir cómo se acercaban amenazantes la tentación y el temor por todas partes. Por esta razón, dijo a sus tres discípulos: “Quédense aquí y velen conmigo” (Mateo 26:38b RVC).

Qué amor y qué humildad se revelan en esta petición de Jesús, que les pide a sus pobres discípulos que se queden cerca de Él, aunque poco más tarde le defraudarán tan profundamente. Sabemos que Jesús también nos está pidiendo que permanezcamos con Él cuando su corazón se llena de angustia hoy en día, porque los suyos están apartándose de Él, y la humanidad se está hundiendo en el pecado y la blasfemia. Así, nuestra ferviente plegaria debería

ser: “Señor, ayúdanos a tus discípulos de hoy. Tú sabes lo pobres que somos nosotros también. Ayúdanos a entrar verdaderamente en “la participación de Tus padecimientos” (Fil 3:10) que estás soportando hoy”.

Aquella noche en el Huerto de Getsemaní, Jesús se retiró a una gruta. El horror y el miedo cayeron sobre Él y empezó a estremecerse y a temblar. Los poderes de las tinieblas le asediaban tan violentamente que se tumbó al suelo. Los horrores eran demasiado grandes para que Jesús permitiera que sus discípulos lo presenciaran, y por esta razón se había apartado a una distancia de un tiro de piedra de ellos.

Las fuerzas del infierno, Satanás y sus huestes, comenzaron a acercarse. Presionaron a Jesús, quien probablemente en esta hora más que nunca había devuelto su divinidad al Padre. Jesús, que había tomado sobre sí todas nuestras debilidades, permanecía postrado en el suelo, como describe Mateo, y fue atormentado por estos poderes casi hasta la muerte.

Coro:

¡Getsemaní! ¿Quién le escucha
Sus llantos y Sus súplicas?
El Hijo de Dios en angustia,
nadie consuelo le da,
abandonado está.

¡Getsemaní! Oigan Su clamor,
véanlo a los Suyos ir

y de Su aflicción contar
y así consuelo hallar;
mas los Suyos dormidos están.

¡Getsemaní! ¿Quién ve Su lucha
y la muerte oprimiéndole,
y el mal atormentándole?
En Su alma se hace oscuro,
por Dios abandonado.

Las palabras que Jesús dijo a sus discípulos poco antes de entrar en Getsemaní, ahora se hacían realidad. Él les dijo que Dios le heriría a Él, el Pastor. La palabra “Getsemaní” significa prensa de aceite. Allí exprimiría Dios el fruto más precioso de la humanidad, al Hijo del hombre e Hijo de Dios. Exprimió a su Único Hijo, a quien amaba en extremo, golpe a golpe, para que la bebida más maravillosa de todas pudiera salir para la humanidad. El corazón del Padre tuvo que haber llorado y lamentado al permitir tales golpes contra su Unigénito Hijo, la esencia de la pureza y la bondad divina.

¡Qué gritos de lamentación debieron de llenar los cielos en esta hora! Lamentaciones del Padre, del Espíritu Santo y de los ángeles. Algo incomprensible para el corazón humano. El Padre tenía que ocultarse de su amado Hijo. Por amor a nosotros tenía que endurecer Su corazón para con Jesús. El Hijo fue abandonado en Su Sufrimiento abismal, atormentado por las huestes del infierno... Y Dios estaba muy lejos. No tuvo ninguna respuesta para su Hijo.

Coro:

Su clamor no sube,
endurecido
el corazón del Padre,
y al poder del mal dejado.

Dios Padre tiene que ver
con dolor profundo,
el alma del Hijo atormentado
y sólo lejos permanecer.

En esta hora en que fue completamente abandonado por el Padre, así como por sus discípulos, se reveló la verdadera naturaleza de Jesús, el Hijo de Dios: la cual es como una conmovedora confianza de un niño, lleno de una profunda humildad, una nobleza suprema y una dedicación amorosa al sufrimiento.

En medio de las tentaciones más severas, cuando las huestes del infierno se cernían sobre Jesús y le atormentaban, Él demostró ser un Hijo del Padre, lleno de confiado amor, fundiendo Su voluntad con la del Padre. Cuando estamos en medio del sufrimiento, siempre se revela lo que verdaderamente llena nuestro corazón. El corazón de Jesús estaba lleno de sólo amor. Nada, sino amor, fue lo que brotó de Él, amor por el Padre y amor por los hijos de los hombres, a quienes Él había creado. Incluso ahora, cuando el Hijo no podía comprender por más tiempo al Padre, y cuando un sentimiento de desafío podría haber nacido en Él contra el Padre, Su corazón rebotó del amor más puro hacia su Padre

que estaba en los Cielos. Y hacia sus discípulos, Jesús exhibió un amor que no podía ser defraudado, un amor que los buscaba continuamente, un amor que seguía amándoles hasta el fin, a pesar de su desgraciada conducta.

Nadie, excepto nuestro Señor Jesús, ha podido mostrar un amor así, en medio de tan profundo sufrimiento. Y cualquiera que todavía no haya realmente conocido o amado a Jesús, tiene que amarle y adorarle por esto.

Ven, adoremos a Jesús en Su Sufrimiento, un Sufrimiento inmaculado y divino, un amor como nunca jamás se ha visto en la tierra.

Un Sufrimiento que se alimenta con un amor ferviente y tierno.

Un Sufrimiento completamente libre de egoísmos.

Un Sufrimiento de profundidades abismales, como el que ningún hombre ha soportado jamás.

Un Sufrimiento lleno de gloria, más noble que el de cualquier hombre.

Un Sufrimiento que Jesús soportó en toda su debilidad con una fuerza tal que pudo pronunciar aquellas valientes palabras de: “¡Padre, que se haga Tu Voluntad!”

Un Sufrimiento que Jesús soportó con una actitud semejante a la de un niño, que suplicaba a sus discípulos que permanecieran a su lado y rogaba al Padre: “¡Si es posible pase de mí esta copa!”.

Un Sufrimiento que Jesús soportó con sólo dos palabras en Sus labios: “¡Padre mío, Padre mío!”.

Un Sufrimiento que dio como resultado la derrota de Satanás, porque aquí había alguien que sufría humildemente, como un Hijo del Padre, sometién-dose a la Voluntad de Dios y a los golpes que Él permitió.

Un Sufrimiento que dio el golpe de derrota a Satanás, el rebelde que luchó por obtener grandeza y por intentar poner su trono por encima de los cielos.

Por esto, cantemos a Jesús en adoración por Sus Sufrimientos en Getsemaní. Adorémosle con un espíritu de profunda vergüenza debido a que en esta época de rebelión le afligimos cuando, como suyos, no soportamos el sufrimiento con una confianza semejante a la de un niño. Por cuanto no decimos una y otra vez: “¡Sí, Padre!”. Adoremos a Jesús como pecadores y humillémonos bajo los castigos de Dios, pues nosotros sí nos merecemos la disciplina.

Adoremos a Jesús y en profunda vergüenza confesemos que rápidamente dejamos de amar a los demás cuando nos infligen algún sufrimiento, nos hieren o nos defraudan, mientras Jesús nunca dejó de amar a sus discípulos.

Pero adoremos también a Jesús, creyendo firmemente que por medio de Su Sufrimiento divino y puro nos ha redimido de nuestra falta de disposición a cargar con nuestra cruz. Sí, creemos que nuestro Señor Jesús dignificará nuestro sufrimiento y nos ayudará a soportarlo en amor y en humildad con una actitud de plena confianza, complaciendo al Padre, como el fruto del Sufrimiento de Jesús en Getsemaní.

Todos cantan:

Amor incomparable
que entró en aflicción
que fue hasta la muerte
por darnos salvación.
Mi Cristo, Tú sufriste
en el huerto del dolor,
con horda infernal luchaste
allí en Getsemaní.

Tú seas alabado
una y mil veces más.
Te hemos abandonado
en tortura infernal.
A solas invocaste
al Padre en tu dolor,
pero no le llegaba
Tu ruego a tu Dios.

Venciste al enemigo
allí en Getsemaní,
ganaste la victoria
por tu aflicción sin fin,
en la que no te fijaste
por tu grande amor.
Querías rescatarnos
y darnos salvación.

Melodía: “Un solo fundamento”



La primera batalla de Jesús en Getsemaní

(*) Podemos imaginarnos que Satanás, lleno de burla, pudo haberle mostrado a Jesús la magnitud del pecado que intentaba tomar sobre Sí. ¡Qué terrible tuvo que haber sido para Jesús ver la atrocidad de todos los pecados, con sus ataduras y castigos que éstos traen, desde la Caída del hombre, hasta el fin del mundo, y ... además, experimentarlos en aquel momento, siendo Él el Santo! (*)

¡Qué repulsión nos llena, a nosotros hombres pecadores, especialmente en estos últimos días en que oímos acerca de todos esos pecados y crímenes que cubren el planeta como las olas del mar y que llenan todas las naciones como una pestilencia! ¡Cómo nos estremecemos cuando oímos acerca de los métodos inhumanos que se usan para asesinar a los millones de niños no nacidos aun con la práctica del aborto; cuando oímos de los crímenes y diferentes actos de violencia y los horribles asesinatos, a veces ejecutados por niños; cuando oímos acerca de tantas inmoralidades, el libertinaje y los ejemplos más repugnantes de blasfemias! Nuestros corazones casi se parten cuando oímos que incluso los niños se están enfermando, o son heridos, a causa y como resultado de la adicción a las drogas, al alcoholismo y al libertinaje; y que el culto a Satanás se está extendiendo como un fuego arrollador por toda la tierra con toda su ultrajante blasfemia. Se infligen terribles torturas a los cristianos en los campos de concentración. Ante todo esto, solamente podemos gritar

“¡Oh, qué horroroso es el pecado que engendra miseria, culpabilidad y destrucción! ¡Cuán abominable e infernal es esto!”.

Quizás esto nos dé una ligera impresión de lo que Jesús debió sufrir en Getsemaní. Experimentó los horrores del pecado y de la maldad en sus diferentes formas, no sólo de una época o de una nación. No, sino que toda la vulgaridad, la malicia y la perversión de todas las naciones y de todas las épocas, multiplicadas por mil, fue puesta sobre Él.

Y todo esto lo sufrió, no como un pecador como nosotros, sino como el Hijo de Dios que no conocía pecado. ¡Qué tremendo terror tenía que haberle afligido cuando vio la vileza del pecado!

Coro:

Un Cordero carga la culpa
que, a pesar de Su gracia, crece,
como montañas se levanta.
Agobiado está Su corazón
por el peso del pecado,
que Su alma quiere aplastar.

Locutor:

Y día a día aumenta el pecado del hombre
hasta que casi todo lo que ve el Padre
es pecado y más pecado.
La humanidad tan corrompida y depravada
lleva la imagen de Satanás, y nadie se opone,
solamente las lágrimas de Dios están cayendo.

Coro:

Tu corazón cargado está,
pero, mira, Tu novia viene a Ti,
queriendo contigo sufrir,
orar y tu carga compartir
para que muchos a Ti vuelvan
y que consuelo te traigan.

(*) En Getsemaní, la intención de Satanás era atormentar a Jesús, mostrándole nuestros pecados, los de toda la humanidad. Jesús tuvo que haber llorado en lo más profundo de su corazón cuando vio los horrores abismales del pecado. Satanás atormentó a Jesús, incluso acusándole de ser la causa del pecado, como habían declarado los fariseos. Satanás le reprochaba diciendo que había causado confusión y desorden, rompiendo familias y quitándoles la paz que tenían. También le atormentó, haciéndole sentir que no había traído otra cosa que no fuera peleas, ya que no apoyó las viejas costumbres y tradiciones, y esto causó un disturbio tanto en la vida religiosa como en la vida secular del pueblo. Satanás, además, culpó a Jesús de la masacre de los niños inocentes en Belén, y le hizo responsable del sufrimiento de sus padres, quienes se vieron forzados a huir a Egipto. Y le acusó de un sinnúmero de cosas más (*).

Si tomamos un ejemplo de nuestra vida personal, podríamos tener una ligera idea de las tentaciones que Jesús tuvo que soportar en Getsemaní. Por ejemplo, como respuesta a un llamado de servir a Dios, podemos haber roto lazos familiares por causa de

Jesús. Un paso de esta magnitud puede habernos causado mucho dolor e incluso puede que alguien haya caído enfermo a causa de ello. En este momento, nosotros también oímos la voz del tentador: “¡Tú tuviste la culpa! Si esta dirección ha causado tanta aflicción... ¿Cómo podría provenir de Dios? Deberías haber traído amor y alegría, pero por el contrario, sólo has traído desgracia...”.

Pero mucho más profunda y más allá de toda comparación tiene que haber sido la angustia de nuestro Señor Jesús, cuyo corazón estaba lleno de tierno amor y quien no hizo otra cosa sino brindar amor a Sus hijos para hacerlos felices. ¡Qué pena y qué aflicción tuvo que haber pasado Jesús en aquella hora en que fue acusado de ocasionar tanta desolación, discordia y aflicción por causa de las palabras y exigencias que nos hizo! ¡Qué tormento tuvo que haber sufrido al ser acusado de ser la causa de tantas ofensas y de tanta desgracia!

(*) Jesús se retorció las manos y un sudor frío comenzó a salir por sus poros; temblaba y se estremecía. Cuando luchaba para levantarse, las rodillas le temblaban y sus piernas a duras penas podían sostenerle. Estaba completamente desfigurado y el color había abandonado sus labios después de que hubiera peleado esta primera batalla. Aunque apenas podía mantenerse en pie, Jesús se esforzó en andar. Tambaleándose, se acercó hacia donde se encontraban Sus tres discípulos. Y ... ¿Cómo los encontró? Amontonados, uno con la cabeza descansando sobre su brazo; otro recostado sobre el pecho del tercero.

Dormidos a causa de la ansiedad, del temor y del cansancio, en medio de las tentaciones de la noche. Jesús, aunque estaba extremadamente angustiado, se aproximó a los discípulos como el Buen Pastor que vela por su rebaño, sabiendo que está en peligro. Pero también se acercó como alguien que está en medio de una gran angustia, estremecido por el horror, a buscar a sus amigos (*).

Adorémosle en su amor sufriente, y expresémosle nuestra gratitud, cantándole:

Todos cantan:

Tu amor fue comprobado
por las llagas y dolor,
por Tu lado traspasado,
por Tu sangre redentor.
Apagaste de Dios la ira,
renovando la comunión
que el pecado destruía,
dominando mi corazón.

Hasta este momento, los discípulos habían participado del poder de Jesús, de sus milagros, de su cuidado amoroso y de su gloria... y ahora tenían que tomar parte de su temor y suplicio. Más tarde deberían incluso compartir sus sufrimientos y sufrir por su causa. Pero Jesús los encontró durmiendo. No estaban compartiendo su aflicción. Defraudado y lleno de dolor por sus discípulos, Jesús le dijo a Pedro: “Simón, ¿duermes?”. En su abandono, Jesús se lamentó: “¿No han podido velar una hora conmigo?”

Coro:

Oh Jesús, solo estás en tu aflicción,
en el huerto de la tentación,
y nadie tu sufrimiento ve.

¿Quién está a tu lado en tu profundo dolor?
Estás abandonado por Dios, por los hombres,
expiando por pecadores sus pecados.

Jesús, Señor y Rey, el Creador del cielo y de la tierra, permanece allí ante sus discípulos pálido, desfigurado, tembloroso, tambaleante y bañado en sudor.

¿Quién puede comprender semejante humillación de Jesús, el Dios y Señor, la segunda Persona de la Trinidad? ¡Oh, es incomprendible! Y aun así, ninguno de los discípulos permaneció al lado de Jesús, en su indecible agonía. Los discípulos estaban solamente desalentados y afligidos de ver a su fuerte Maestro delante de ellos, tan frágil y desfigurado. ¿No fue Jesús el Señor y Maestro ante cuya voz, incluso el viento y las olas fueron calmadas? Ahora se sentían abandonados. Quizás creyeron que Jesús había perdido la razón.

Él los había sostenido, había sido su único apoyo. Pero ahora, cuando el enemigo se acercaba, se sintieron desprovistos de toda seguridad. Les habían quitado su apoyo. ¿A quién podían acudir ahora? Quedaron paralizados por la aflicción, la angustia y la desesperación, porque no habían aceptado la cruz ni el camino que los llevaría al sufrimiento, a sopor-

tar la cruz y la muerte. Consecuentemente, no tenían sino un deseo: reprimir la realidad de su terrible desilusión y sufrimiento. No querían ni ver ni oír más acerca de esto. ¡Sólo querían dormir!

¡Oh, si sólo hubieran hecho esta entrega de antemano... Entonces las palabras de Jesús de: “Y al tercer día el Hijo del Hombre será levantado”, ¡habrían estado en su corazón! Habrían sido consolados sabiendo que, con Jesús, el sufrimiento y la cruz nunca serían lo último. En medio de su aflicción habrían encontrado nuevas fuerzas al decir: “¡Sí, Padre!”, y esto habría inundado su corazón de paz. Su confianza en Dios hubiera permanecido en ellos, y no habrían caído en la hora de la tentación... Pero ahora estaban allí vencidos.

Profundamente defraudado, Jesús volvió a su lugar de oración. En vano había esperado consuelo, compasión o una palabra de amor. No podía compartir parte de su aflicción y tristeza con sus discípulos. ¡Y cuán a menudo sufre Jesús la misma decepción con sus discípulos de hoy! Nuestro “no” al sufrimiento tiene serias consecuencias; significa que abandonamos a Jesús en aquellas situaciones en que más se requiere nuestra lealtad. Esto es lo que está sucediendo hoy en día, cuando el mundo se llena de blasfemias y se burla tan terriblemente de Jesús.

Hoy, Jesús está buscando discípulos que se pongan a su lado y le defiendan, discípulos que llenos de amor por Él, estén dispuestos a compartir su

humillación y acepten el sufrimiento con un “¡Sí, Padre!”.

Todos oran:

*Jesús mío, aquí me arrodillaré a tu lado
en esta roca de tu angustia y agonía.
Por amor a Ti me quedaré contigo
cuando me lleves por el valle oscuro.
Me quedaré a tu lado,
y contigo perseveraré hasta el fin,
preparado para batallar en la noche más oscura
hasta que Tú me lleves a Casa, a habitar contigo,
para vivir en la gloria y en la luz eterna.*

Inscripción en la
Gruta de Getsemaní, en Canaán



La segunda batalla de Jesús en Getsemaní

(*) Esta vez, Jesús se postró con el rostro en suelo. Quizás le fue mostrado en qué medida habría de sufrir en expiación por los pecados del mundo. ¡Qué indecible agonía habrá causado esto a Jesús! Vio las profundidades abismales de cada pecado, reconociendo la naturaleza y el significado de todos los deseos pecaminosos y el terrible efecto que tienen en el alma y en el cuerpo (*).

¡Qué horroroso sería si tuviéramos que echar un vistazo a las profundidades abismales del pecado! Entonces podríamos ver que cada pecado destruye un cierto rasgo de la imagen de Dios que hay en nuestro espíritu, alma o cuerpo y nos hace enfermos y feos. No hay palabras que puedan expresar el terrible poder que el pecado ejerce sobre el cuerpo, el alma y el espíritu y la devastación que éste ocasiona.

En aquella hora de Getsemaní, Jesús pudo sentir el inmenso dolor y todo el castigo que el pecado origina. ¿Hemos pensando alguna vez que todas las guerras nacen del pecado del odio? ¡Qué aflicción traen a miles y millones de mujeres cuando éstas pierden a sus hijos o a sus maridos! ¿Nos hemos dado cuenta también de que el pecado de huir de la realidad, de la falta de disposición para sufrir, dirige a los vicios y a las adicciones?.

Por ejemplo, un número incontable de personas en la flor de su juventud, han arruinado su vida por culpa de las drogas.

Es imposible describir los efectos devastadores que el pecado tiene sobre nuestro mundo, y el castigo y el tormento que inflige incluso en esta vida.

(*) Jesús también pudo ver los instrumentos de tortura empleados a través de los siglos, desde la fundación del mundo. Pudo ver la Inquisición, los campos de concentración, la tortura que se aplicaba sobre aquellos que eran perseguidos por su causa. Pudo visualizar los diferentes tipos de crueldad inventados por la furia de la maldad humana para torturar a los hombres. El pecado alcanza una gran gravedad cuando el hombre disfruta torturando a los demás. Jesús pudo ver la agonía que le iba a costar expiar todo esto y su sudor se convirtió en gotas de sangre.

El mismo Satanás pudo haber puesto en marcha el siguiente ataque, trayendo al corazón angustiado de Jesús esta pregunta agonizante: “¿Qué gano Yo? ¿Cuál es el fruto de mi Sacrificio?”.

La visión de un horrible futuro debió haberle oprimido el corazón. En el espíritu pudo haber contemplado los futuros sufrimientos que los apóstoles iban a padecer, así como el pequeño grupo de creyentes de la Primera Iglesia. En su corazón

debieron de haber resonado con fuerza las palabras: “¡Todo es en vano!”.

Pudo ver cómo en Su Iglesia, Su Cuerpo, se levantarían muchísimas herejías. Pudo ver que a pesar de su acto de redención, la completa caída del hombre se volvería a repetir por causa del orgullo, de la desobediencia, de la vanidad, de la autojusticia, de la tibieza, de la maldad y de los deseos pecaminosos de incontables cristianos bautizados, que a menudo llevaban Su nombre en los labios. También pudo haber visto a los orgullosos maestros del evangelio con sus muchísimas mentiras y con su razonamiento engañoso y muchas vidas pecaminosas bajo una apariencias piadosa. Pudo también ver la apostasía de su Iglesia, “la abominación desoladora”¹ en el reino de Dios sobre la tierra, y la ingratitud del hombre, a quién Él estaba a punto de rescatar con su misma Sangre, en medio de grandes Sufrimientos.

Satanás le hacía ver por medio de imágenes espantosas cómo le arrebataría almas redimidas por Su Sangre, y los estrangularía ante sus ojos. A decir verdad, a Jesús se le mostró en aquella hora el abuso que sería hecho con Su amarga Muerte por la Expiación de los pecados.

Entonces Satanás, el tentador, le susurró al oído: “¿Realmente quieres sufrir por una ingratitud tan grande?” Jesús se retorció las manos de angustia, mientras los poderes de las tinieblas le oprimían así

1. Esta es una expresión usada por los judíos, con referencia a la profanación del Lugar Santísimo en su Templo.

de tal forma que su sudor cayó a tierra como gotas de sangre. ¡Cómo le atormentaba el pensamiento de sufrir tan indecibles Padecimientos a causa de un mundo tan desagradecido! (*).

Coro:

Tu alma se atormenta
en noche oscura,
solo y abandonado
y por Satanás asediado.

Atormentado preguntas:

“¿Adónde me llevará
mi senda al final?
¿Veré todavía la luz?”

Es quebrantador pensar que el sudor de Jesús cayó a tierra en forma de gotas de sangre cuando estaba pensando en nosotros, en todos aquellos que un día iban a creer en Él. ¡Qué agonía tiene que haber sido para Jesús el hecho de ver nuestra ingratitud y el abuso que íbamos a hacer de Su amarga Muerte Expiatoria, de ver que no íbamos a amarle con un corazón puro, devoto e indivisible! ¡Qué aflicción tiene que haberle causado ver que íbamos a ofrecer nuestra mano a Satanás, su adversario una y otra vez, ya que no íbamos a renunciar completamente al pecado, sino que lo tomaríamos con ligereza y jugaríamos con él!

¡Qué batalla fue para Él, vencer su voluntad humana que se resistía a pasar por un sufrimiento tan

inmenso por causa de unos seres tan indignos como nosotros!

Todos oran:

Señor Jesús:

Hace mucho tiempo sufriste, y hoy en día sigues sufriendo, por causa de la gran ingratitud de tus discípulos. Por tanto, el deseo más profundo de nuestro corazón es poder demostrarte nuestra gratitud por tu agonizante Sufrimiento a través de nuestras acciones. Creemos que nos ayudarás a ser una alegría para Ti. Concédenos esta ferviente petición, para que no tengas que cargar con el sufrimiento de nuestra ingratitud.

Pedimos, Señor Jesús, que tu Sufrimiento por todos nosotros no haya sido en vano, y que el cielo y el infierno vean en nuestra vida el precioso fruto que ha producido tu Sufrimiento. Que, con fe en tu Obra Redentora, y con amor y gratitud por tu terrible batalla de Getsemaní, no toleremos más tiempo nuestro pecado. Al contrario, queremos batallar contra él, odiarlo y romper con él para siempre. Toda nuestra vida será una ofrenda de agradecimiento. No oirás ni una sola palabra de rebelión de nuestros labios cuando nos dirijas por caminos difíciles. Señor Jesús, no serás defraudado por nosotros. El acusador no podrá decirte: “¡Tu Sufrimiento por ellos fue en vano!”. Pedimos con todo nuestro corazón que tu agonía en Getsemaní rinda un fruto verdadero en nuestras vidas. Amén

(*) En el dolor de este sufrimiento inhumano y lleno de repugnancia al simple pensamiento de los horrores que había ante Él, Jesús clamó al Padre: “Padre, si esta copa no puede pasar de mí, que se haga tu Voluntad”. Como un hombre encorvado bajo el peso de una tremenda carga y a punto de derrumbarse en cualquier momento, Jesús se acercó a sus discípulos por segunda vez. Estaban sentados con sus cabezas reclinadas sobre sus rodillas. Habían caído otra vez dormidos en medio de su aflicción, temor, y cansancio. Pero cuando Jesús se les aproximó temblando, se levantaron como movidos por un resorte. A la luz de la luna, vieron su figura encorvada con su cara pálida, manchada de sangre, mirándolos. Estaba indescriptiblemente desfigurado, de tal forma, que al principio no le reconocieron, pero después se abalanzaron a su lado, le sujetaron por los brazos y le sostuvieron como buenos amigos. Pero en su angustia y confusión, los discípulos, a causa de Su apariencia y sus palabras, no supieron qué decir ni qué pensar.

Jesús quería volver a Su gruta, pero estaba tan débil que Santiago y Juan tuvieron que llevarle a Él, al Rey de todos los mundos.

Los otros ocho discípulos estaban también desanimados y estremecidos. Estaban en medio de severas tentaciones. Al tiempo que buscaban un lugar para esconderse, les sobrevenían pensamientos inquietos, como: “¿Qué haremos si le matan? Hemos abandonado todo lo que poseíamos, ahora somos pobres y el hazmerreír del mundo. Contábamos con Él,

pero...¿Qué desvalido y abatido está ahora! ¿Qué consuelo puede ofrecer? ¡Oh! ¿Qué podemos hacer?” (*)

Los discípulos sólo pensaban en ellos mismos; y no en el tormento abismal de Jesús, porque todavía no le amaban verdaderamente.

Hoy en día, cuando una noticia espantosa precede a otra peor, cuando oímos de nuevos casos de blasfemias contra Dios, cuando nos enteramos de que más y más cristianos se están apartando de la verdad y nos cuentan de preparaciones para una futura persecución contra los cristianos... ¿En quién pensamos primeramente?

Oh, Señor Jesús, escucha nuestra oración:

Jesús mío, para amarte
sólo vivo, mi Señor,
y a Tu corazón consuelo,
proclamando Tu dolor.

No me importan mis dolores,
viendo Tu inmenso sufrir;
consolarte es mi deseo,
llevando mi cruz por Ti.

La tercera batalla de Jesús en Getsemaní

(*) Después de volver a su lugar de oración, Jesús dijo: “¡Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya!”.

En la última etapa de su batalla en Getsemaní, lo que le iba a provocar la angustia más profunda, pudo haber sido que se le mostró todo su inminente Sufriamiento, paso a paso, desde el beso de Judas hasta las últimas palabras que iba a decir sobre la cruz. Pudo ver la huida de sus discípulos, la burla y el maltrato que iba a recibir delante de Anás y Caifás, la negación de Pedro, el juicio ante Pilato, la burla de Herodes, la flagelación, la coronación de espinas, la pronunciación de la sentencia de muerte, la procesión por la Vía Dolorosa, en donde iba a soportar el peso de la cruz, su caída bajo ella, la burla de sus verdugos, la brutal acción de clavarlo a la cruz, el levantamiento de la cruz en medio de la burla de los fariseos y la aflicción de María, su madre, María Magdalena y Juan. Todas estas escenas le fueron mostradas con todo detalle, incluyendo su vergonzosa desnudez en lo alto de la cruz. Y en este momento, rogó al Padre para que le ayudara.

Después de que todas estas visiones de Su Sufriamiento hubieran pasado ante Él, cayó rostro en tierra abatido, como un moribundo. Su sudor comenzó a brotar con más fuerza que nunca. Ahora, el lugar estaba en una completa oscuridad, pero la última batalla de Getsemaní había llegado a su fin (*).

Coro:

Gracias, Señor, por sufrir el dolor,
y así tu Rostro un día puedo ver.

Gracias te doy, allí en Getsemaní
luchaste, venciendo a Satán por mí.

Gracias, Tú fuiste hasta el final,
salvándome para la eternidad.

(*) Un ángel llevaba en sus manos un cáliz del cual dio a beber a Jesús. Quizás el consuelo que contenía este cáliz era que el Padre le permitió echar una mirada al reino de la muerte, donde tantas almas estaban esperando Su llegada, deseando ser redimidas. Esto tuvo que haber alentado a Su corazón lleno de amor. O tal vez el ángel pudo haberle mostrado a los Vencedores, a los que serían el fruto de Su Sufrimiento y Muerte Redentora, que estaban delante de Él, y cuyas vidas y ministerios serían coronados con la victoria. ¿Pudo percibir la gran gloria que Su Sufrimiento iba a producir? (*)

Imaginémonos que aquellos que serían redimidos por Su Sangre, pasaran ante Sus ojos; un ejército majestuoso, irradiando la imagen de Dios y reflejando la belleza del Hijo. Un ejército que reflejaba la imagen de Jesús, resplandeciente y radiante de amor. La Novia del Cordero, vestida con ropas de boda, coronada y magníficamente adornada. ¡Qué ánimo y qué consolación tuvo que ser para Jesús esta visión!

Pero hoy en día Jesús sufre al ver a un incontable número de personas que se hacen llamar por su Nombre, y que a pesar de Su Muerte continúan vi-

viendo en envidia, discordia, falta de reconciliación y entregados a deseos pecaminosos como si nunca hubieran sido redimidos... una distorsión a Su imagen. Por eso, pidámosle al Señor:

Todos oran:

Nuestro Señor Jesús:

Imprime Tu imagen en nosotros, Tu imagen de amor misericordioso, de mansedumbre, de humildad y de pureza para que tu corazón, que tantas veces es defraudado por los tuyos, pueda regocijarse cuando veas Tu imagen en nosotros.

No queremos tolerar más el pecado, que tanto se pega a nosotros y nos impide darnos completamente a Ti. Queremos pelear contra él, incluso hasta el punto de derramar sangre, invocando tu Nombre victorioso, para así poder vencer.

Nos ponemos en Tus Manos, Señor Jesús. Toma nuestra voluntad y todo aquello que nos pertenece. Aceptamos llevar la cruz y soportar humillaciones y disciplinas, para que podamos ser transformados conforme a Tu imagen y podamos traerte alegría por nuestra entrega. Amén.

(*) Jesús aceptó la copa del sufrimiento voluntariamente, y recibió fuerzas. Aunque todavía afligido, fue fortalecido sobrenaturalmente, y así pudo acercarse a sus discípulos por tercera vez, con paso firme y sin mostrar ningún gesto de temor o agitación. Iba erguido, con determinación. Había secado su rostro y se había alisado el cabello, el cual colgaba en largos mechones y húmedo de sudor frío.

Mientras tanto, Judas se acercaba con la muchedumbre que iba a arrestar a Jesús (*).

El arresto de Jesús

Coro:

¡Preso está mi Cristo, atado está Él!
Lamenten conmigo por Su deshonor,
como criminal tan cruel es tratado Él,
tan puro, al que los santos honra dan.



Él, que a los hombres trajo libertad,
atado está en profunda oscuridad,
a la muerte entregado y sin poder,
está Aquel que salvación
y vida para otros ganó.

Rey de amor, despojado de poder,
Amor aprisionado, sin esplendor
del cielo bajaste, listo para servir,
y has elegido un prisionero ser.

¡Un preso! ¡Un preso! ¡oh triste visión!
por los pecadores sentenciado
el Hijo de Dios, que el mundo creó,
que sustenta y rige la tierra en amor.

Mi Salvador va a sufrir,
amado Cordero de Dios.
Oh, permíteme estar cerca de Ti
y compartir tu Camino, querido Señor.
Por causa de mí sufriste
y por mí moriste en la cruz.
Permíteme lamentar mi pecado

y estar cerca de Ti.
Oh, déjame ahora ir contigo,
mi querido Señor y Rey;
lleno de contrición reunirme contigo
en tu noche de sufrimiento.

La muchedumbre, encabezada por Judas el traidor, se acercaba. La hora de las tinieblas había llegado. Jesús sería traicionado por uno de sus doce discípulos y entregado en manos de sus enemigos para sentenciarle a muerte. Día a día, durante tres años, Judas compartió la vida de su Señor. Le conoció como el Omnipotente Hijo de Dios, y experimentó a diario su desbordante amor. ¡Qué momento de amarga agonía tuvo que haber sido para Jesús, cuando el malicioso rostro de Judas se le acercó y lo besó en la cara con una actitud traicionera. Jesús tuvo que haberse estremecido, pero, sin embargo, se dirigió a él con su asombroso amor, que sólo quería salvar y en su inefable majestad, le dijo: “Amigo mío, ¿por qué estás aquí?” Y en aquel momento, los guardias rodearon a Jesús.

¿Cómo encontraron a Jesús en el Huerto de Getsemaní? Ya no temblaba más, ni ofreció un aspecto lastimoso ante el hombre ni un solo momento más. Únicamente Sus seguidores más íntimos pudieron verle en semejante degradación; sólo aquellos que también habían presenciado su Transfiguración. En Su tierno amor, el Padre le fortaleció cuando debía presentarse ante Sus captores y más tarde, ante los ojos de muchas personas. Aquí, al principio del camino de los Sufrimientos de Jesús, el Padre le

capacitó para ejercer una vez más Su autoridad y demostrar así a Sus perseguidores quién era Aquél al que habían capturado. Se hizo evidente para todos los que estaban presentes que Jesús se sometía voluntariamente a este arresto, como había declarado en el Templo ante muchos: “Tengo poder para dar mi vida, y tengo poder para volverla a tomar”. Por eso, Jesús se adelantó y preguntó a los guardias: “¿A quién buscan?” Y más tarde pronunció aquellas palabras dignas de un rey: “¡Yo soy! Y si me buscan a Mí, dejen ir a éstos”. Ante el poder de sus palabras, los soldados cayeron en tierra, incapaces de actuar.

Y cuando Pedro le cortó la oreja a Malco, Jesús le sanó como señal de que verdaderamente Él es Señor y que solamente Él tiene poder.

Pero entonces ocurrió lo increíble: Jesús, el Señor del poder, se rinde a sus perseguidores y enemigos, y éstos le encadenan. Una imagen profundamente conmovedora: Jesús, en eterna majestad, está allí con las manos atadas, con una apariencia y una naturaleza marcadas por la gracia del amor y la humildad. Una paz divina emana del Señor de señores cuando ahora está como preso ante sus enemigos burlones, los fariseos. En una completa entrega al sufrimiento y al camino de la cruz, Jesús se somete al poder de sus enemigos. ¡Oh, adoremos este acto sagrado del único y verdadero Señor, quien permite que se le ate, aunque solamente Él es independiente de todos los demás, ya que es el Creador del universo! Adorémosle por Su gran amor, amor que le obliga a tomar este camino. ¡Es el amor por nosotros

lo que le motiva para no fijarse en el sufrimiento de la cautividad!

¡Oh, Jesús, Amor eterno! ¿Quién se puede comparar contigo?

Orador:

Encadenado Jesús,
atado está nuestro Dios;
expiando por el hombre que
desea ser libre Pedro y no entregarse
a la santa voluntad de Dios,
desea ir su propio camino.

Jesús por delante va,
la senda nos prepara
y libres podemos ser.
La voluntad del Padre
en amor todo cumplió,
dándonos santa libertad.

Atarse se deja Él
como cordero a la cruz,
dando Su vida por mí.
Vean a Dios atado,
¿quién con Él quiere ir,
atado como lo fue Él?

Es como si Jesús estuviera de pie ante nosotros como el Prisionero en su asombrosa majestad y humildad, diciéndonos: “¡Ven, ocupa tu lugar a mi lado! Déjate encadenar como Yo, cuando quieras

governar, cuando quieras tomar tus propias decisiones y quieras reclamar tu derecho a la libertad. Fija tus ojos en Mí, el Cautivo, siempre que estés tentado a rebelarte contra las reglas o contra los compromisos espirituales. O cuando no estés dispuesto a obedecer ni a someterte a la autoridad y quieras ser independiente. Renuncia voluntariamente a tus reclamos y deseos. Sígueme hacia la cautividad, renunciando a las oportunidades de ejercer poder, para que estés preparado para entrar en la cautividad real conmigo en la época de la persecución que se aproxima, cuando tus perseguidores buscarán encerrarte en la cárcel por causa de mi Nombre”.

Todos oran:

Oh Jesús, Señor,

Ayúdame a contemplarte como el Cordero encadenado. Te pido que me prepares para los tiempos de la persecución. Hazme a Tu imagen ahora. Que esté completamente rendido, permitiendo que otros decidan sobre mí, si así fuese necesario, dispuesto a someterme a ellos y a estar sujeto a aquellos que tienen autoridad sobre mí.

Permíteme que sea tu pequeño cordero, sometiéndome silenciosamente a la Voluntad de Dios, siguiéndote con humildad como quiera y donde quiera que me dirijas, incluso si permitieses que me encerraran en prisión o me deportasen a un campo de concentración, por ser discípulo tuyo. Dame la fuerza y el coraje para ir contigo.

Concédeme ahora, en lo cotidiano de cada día, que pueda tener siempre presente delante de mí Tu imagen de Prisionero encadenado, Señor y Salvador mío, para que así pueda estar preparado para el momento en que tenga que andar por Tu Camino de cautividad, tanto ante el mundo invisible, como ante el visible.

Permíteme que sea fuerte como Tú, por medio de tu gracia, y pueda decir: “¡Aquí estoy!”. Concédeme que tu humildad, tu amor y tu paz, brillen en mí. Amén.

(*) La muchedumbre que había venido a arrestar a Jesús en Getsemaní consistía en soldados del Templo, guardias y siervos de Anás y Caifás, y estaban armados con espadas y lanzas. A poca distancia, les seguían los despreciables verdugos y rudos siervos que llevaban cuerdas y cadenas, y detrás de ellos venían varios oficiales. Con gran brutalidad y barbarie, ataron las manos de Jesús, mientras los fariseos hacían sus comentarios insolentes y burlescos. Horrendamente, y sin ningún tipo de misericordia, ataron las manos de nuestro Señor con cuerdas nuevas y cortantes. Después le pusieron un cinturón de cadenas y clavos, y alrededor de su cuello una gruesa sogá, la cual estaba tachonada de pinchos y otros materiales lacerantes. Ataron cuatro largas cuerdas al cinturón, de tal forma que así podían tirar de nuestro Señor Jesús hacia adelante y hacia atrás, violentamente con toda su malevolencia. Toda esa

horrible procesión partió de Getsemaní y atravesó el Valle de Cedrón (*).

Lo que en este momento ocurre va mucho más allá del entendimiento humano. Nuestro Señor Jesús tiene que ir completamente solo por el camino que cruza el Valle de Cedrón, el valle de las lágrimas, del sufrimiento y del tormento.

La procesión tuvo que haber pasado primero por el lugar donde Jesús había amonestado a sus discípulos cuando iba camino a Getsemaní. Apenas habían transcurrido unas pocas horas, pero ahora iba por el mismo camino encadenado y, además, esta vez solo, sin la presencia de ninguno de sus discípulos. Habían huido cuando vislumbraron la cruz y Jesús fue apresado. El sufrimiento les había quitado la máscara y había revelado su verdadera naturaleza...estaban presos por su ego. Por eso, no pudieron ponerse de parte de Jesús ni aceptar la cautividad con Él. Por temor a la cruz y por su egocentrismo demostraron ser cobardes y débiles.

Hasta hoy en día, el Valle de Cedrón habla de aquella procesión que tuvo ocasión de presenciar. Nunca más ha habido otra como aquella. Maltratado y ridiculizado, Jesús era conducido con cuerdas como una bestia al matadero. Ya no estaba rodeado por sus discípulos como en los años anteriores; ahora sólo había malvados verdugos a su alrededor. A lo lejos, los discípulos correteaban, sin saber qué hacer. Completamente aturdidos lloraban y se lamentaban, y ni aun así tuvieron la valentía de

enfrentarse al sufrimiento, de renunciar a su libertad y a su vida. Permitieron que su Maestro y Señor fuera solo por Su Camino de Aflicción.

Así, abandonado por los suyos, Jesús tuvo que soportar el sufrimiento en su camino a través del Valle de Cedrón, solo. Era como si el Valle de Cedrón se llenara de un llanto, de un lamento, que decía: “Nadie..., no, ni uno, quiere ir con Él; nadie quiere estar a su lado en la hora del sufrimiento; nadie quiere sacrificar su libertad por amor a Jesús”. Y... de la misma forma que ocurrió entonces, sucede también hoy.

Él va solo, ningún discípulo va con Él,
sólo los ángeles lloran porque su Creador sufre.
Humilde y sumiso, Él va por Su Camino,
como si por sus propios pecados padeciera.

Coro:

Jesús, Jesús, no debes ya
por tu camino solo andar.
Plenamente me uno a Ti,
y tu sufrir pon en mí.
Ésta es mi ofrenda a Ti,
de corazón contigo ir,
mi querido Señor Jesús,
nunca yo te dejaré.

(*) Los verdugos descargaron toda su malicia sobre Jesús, principalmente en su vil deseo de halagar a los oficiales, los cuales estaban llenos de rabia y maldad contra Jesús. Agarrando todavía las

cuerdas que sostenían a Jesús, los verdugos le empujaron al arroyo de Cedrón y se burlaban con palabrotas, diciéndole que bebiera hasta hartarse. Solamente la protección divina le salvó de lesionarse fatalmente. Jesús cayó y ellos le sacaron del agua a tirones y le golpearon con unas cuerdas anudadas como cuando un carnicero lleva a la res al matadero. Todo esto sucedió en medio de burlas y bromas malvadas.

A continuación, la procesión se dirigió hacia el otro lado del Valle de Cedrón, hacia el Monte de Sión. Debido a que el camino era estrecho y abrupto, Jesús fue inhumanamente conducido en medio de una lluvia de golpes y maldiciones, haciéndole pisar sobre afiladas piedras, espinas y ortigas. Los soldados tenían una especie de varas, unos instrumentos especiales para torturar que usaron para punzarle y empujarle. Y al mismo tiempo que sus pies descalzos eran rasgados por las piedras filosas, por las espinas y por ortigas, su corazón era herido por el sarcasmo de los fariseos, quienes nunca se apartaron de su lado. Riéndose burlescamente, le gritaban: “Su predecesor, Juan el Bautista, no preparó el camino muy bien para Él” y “La profecía de Malaquías de “Miren, envío a mi mensajero delante de Mí para preparar el camino”, tampoco se está cumpliendo...”

La procesión subió por la colina, llegando primero al pequeño distrito de la ciudad que se llamaba Ofel, lo que en los días del rey David se llamaba Monte de Sión. (La casa de Anás y Caifás, hacia la cual se dirigían, estaba en el Monte de

Sión). Según se aproximaban a Ofel, se les unió un nuevo grupo de soldados, y mientras pasaban por Ofel se les unieron otros cientos de hombres. Judas, el traidor, había avisado a los jefes de los sacerdotes que los residentes de Ofel eran los partidarios más leales de Jesús. La mayoría de ellos eran obreros pobres, trabajadores del campo, leñadores y portadores de agua para el Templo. A muchos de ellos, Jesús les había enseñado, sanado, consolado y les había dado limosnas.

La procesión ahora llegaba a lo alto de la colina y según pasaba, se elevaba un lamento desgarrador de todos aquellos que vivían en Ofel, que eran devotos de Jesús y que le estaban profundamente agradecidos. Solamente con grandes dificultades lograron los soldados echar hacia atrás a toda aquella multitud de personas que salían de todas partes. Los hombres y las mujeres lloraban con las manos extendidas, y gritando: “¡Dejen en paz a este hombre! ¡Devuélvannoslo! ¿Quién, sino Él, podría ayudarnos? ¿Quién, sino Él, podría curarnos y consolarnos? ¡Devuélvannoslo!” Era una imagen que destrozaba el corazón de quien lo viera. Jesús estaba pálido, desfigurado y magullado, su cabello colgaba en desgredados mechones, y sus ropas estaban empapadas y manchadas de barro. Tiraban de Él con cuerdas y le golpeaban con palos como a una pobre bestia medio aturdida, a punto de ser sacrificada. Los verdugos insolentes y los violentos soldados tiraban de Él por las calles de Ofel.

¡Qué conmovedor era ver la gratitud de las personas de Ofel, que se lamentaban de lo que tenían ante sí! Aquellas manos que Él había curado de parálisis se extendían hacia Él, queriendo tocarle. Las lenguas, que una vez fueran mudas, y que Él había desatado, le llamaban y clamaban por Él. Aquellos ojos cuya vista había restaurado, le seguían con la mirada y lloraban amargamente según pasaba ante ellos (*).

Las de Ofel fueron las únicas personas que llenaron el Valle de Cedrón con sus llantos y gritos de lamentación. Y fueron los únicos, porque su corazón agradecido no pudo soportar ver cómo Jesús toleraba un sufrimiento tan grande. Sin temer a los soldados, se abrieron camino a la fuerza hasta que llegaron hasta Jesús. Los de Ofel, que probablemente no eran muy religiosos, tuvieron el coraje y la valentía de confesar su lealtad a Jesús; una valentía que estaba inspirada por el amor que sentían hacia Él, un amor que estaba dispuesto a sufrir por causa del amado. En contraste, los discípulos de Jesús, para su gran aflicción, no estaban a su lado en la hora de Su Sufrimiento para acompañarle y llorar con Él. Hoy también, Jesús está esperando a sus discípulos, a personas que le muestren amor y agradecimiento por medio de su disposición a soportar el ridículo, el desprecio y los golpes.

Hoy en día, una nueva Hora de Sufrimiento se ha acercado para Jesús: su Pasión a nivel mundial. Una vez más, tiene que soportar la dolorosa experiencia de ser abandonado. Incontable número de cristianos

le están abandonando y ya no quieren compartir más su camino, incluso aquellos que han estado en su servicio durante muchos años y que en otro tiempo le dedicaron su vida. La gran apostasía ha comenzado en todas partes del mundo. Una vez más, Jesús se siente como prisionero, y esta vez en las garras de los pensamientos y puntos de vista humanos. El hombre le declara impotente y muerto, y además, le ataca con odio y con blasfemias. Y de esta forma, ha llegado para los discípulos de Jesús la hora de la persecución y de caer cautivos de la misma forma como lo fue Él. Hoy llegan a realizarse las palabras que dijo en Mateo de: “Entonces los arrestarán, los perseguirán y los matarán. En todo el mundo los odiarán por ser mis seguidores” (Mateo 24:9 NTV). Jesús está esperando ver hoy en día, cuál de sus discípulos está dispuesto a ir en cautividad por su causa.

Hoy Jesús nos mira a nosotros, Sus discípulos, para ver quién está listo para sufrir prisión por causa de Él y de Sus Mandamientos. Está mirando dentro de nuestro corazón para ver si practicamos continuamente la rendición de nuestra voluntad y la sacrificamos a Dios cuando Su Voluntad nos trae sufrimiento, para así estar preparados para soportarlo cuando vengan nuestros perseguidores. Nos pide que no le abandonemos ni le neguemos cuando llegue ese momento. Por eso, nos pide que rindamos nuestra voluntad, aceptando el sufrimiento cada vez que nos enfrentemos con dificultades, direcciones y cargas difíciles, y así podamos ser fuertes para aceptar los sufrimientos de la persecución y de la prisión.

Entonces podremos repetir las palabras del apóstol Pablo, cuando dijo: “Yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, más aún, a morir por el nombre del Señor Jesús” (Hechos 21:13).

Coro:

Me uno a Ti, Señor, tan sólo a Ti,
a tus Mandatos de amor,
pon tu mano sobre mí.
Te sigo sólo a Ti, mi Tesoro eres Tú.
Te seguiré, Jesús, mi Rey y mi Señor.

Todos oran:

Jesús, toma mi voluntad y mi vida. Haz conmigo lo que quieras, ya sea que tu voluntad me traiga alegría o sufrimiento, vida o muerte. Quiero permanecer unido a Ti, rindiendo mi voluntad y sometíendome a aquellos que Tú has puesto sobre mí en mi vida diaria.

Lo que Tú desees, eso quiero hacer; iré a donde me dirijas, aunque esto signifique arresto, prisión y sufrimiento. Quiero ir contigo y permanecer a tu lado, sin llegar nunca a negarte o abandonarte.

Ayúdame a practicarlo ahora, haciendo nuevos actos de entrega con respecto al sufrimiento, para que así mi voluntad pueda estar completamente rendida a Ti, y cada vez más unida con la tuya. Úneme fuertemente a Ti y a Tu Voluntad, para que en el sufrimiento esté fundido a Ti y no pueda abandonarte, permaneciéndote fiel hasta la muerte. Amén.

Coro:

Por amor ríndele tus deseos y anhelos
y al corazón de Jesús únete.

Ven, juntos a una voz, alabémosle:

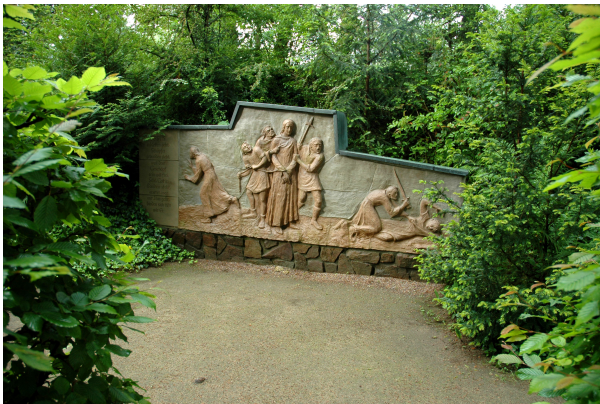
Amor eterno, te adoramos;

Como Prisionero hoy sufres
y hasta la cruz arrastrado.

Adorado seas Tú, Amor eterno.

¿Dónde se ha visto tal amor?

Sufrir contigo queremos.



*Texto: Juan 18:12-14, 19-24 y
Mateo 26:59-68*

Jesús ante el Concilio de Anás y Caifás



Todos cantan:

Jesús amado, ¿qué has cometido,
qué pueda merecer tan duro juicio?
¿Cuál fue el delito, de cuáles pecados
eres culpable?

Soportas burla, azotes, bofetadas;
tus sienes son de espinas coronadas.
Vinagre en tu gran sed han de darte,
al desangrarte.

¿Por qué tu alma con dolor declina?
¡Ay! son mis culpas causa de tu ruina.
Jesús amado, me he merecido,
lo que Tú sufres.

¡Cuán maravillosa es la condena!
Su vida da el Pastor por las ovejas;
así las culpas pagan por sus siervos,
Dios justo y bueno.

Johann Heermann 1630
Trad.desconocido

¡Jesús, conducido a los jueces
para ser juzgado por hombres mortales!
¡Burlonamente se atreven a sentenciar
al propio Hijo de Dios, puro y sin pecado!

Querido Señor, oh, Varón de Dolores,
siempre contigo iré.
Fui yo con mi crítica,
el que te causó semejante agonía.

Aquello que fue expresado en breves palabras en los evangelios, acerca de los sufrimientos que tuvo que soportar nuestro Señor Jesús en el Concilio, puede haber ocurrido como fue descrito una vez.

(*) Tuvo que haber sido después de medianoche, cuando llevaron a Jesús al palacio de Anás y Caifás para ser juzgado. ¡El Hijo de Dios iba a ser juzgado por el hombre, a quien Él había creado! Le llevaron a lo largo de un patio iluminado y le introdujeron en un salón. Anás estaba sentado sobre una plataforma que había enfrente de la entrada, rodeado por sus consejeros. Tirando de las cuerdas los guardias arrastraron a Jesús, haciéndole subir y bajar varios escalones hasta llegar ante Anás, quien apenas podía contener su impaciencia por ver a Jesús. Estaba agitado, lleno de burlas, de malicia y de placer por ver su desgracia.

Y ahora Jesús estaba ante él, pálido, fatigado, con su cabeza inclinada, las manos atadas y silencioso. Se dibujó una sonrisa en los labios de este hombre flaco y de estrecha barba como si en realidad fuera

completamente ajeno a este proceder y asombrado de ver que era Jesús el prisionero que le habían anunciado. Se dirigió a Él con un sarcástico tono de voz, diciendo: “¿Así que quieres presentar una nueva enseñanza? ¿Quién te dio el derecho de enseñar? ¿Dónde estudiaste? ¡Habla! ¿Qué es eso que enseñas, que está agitando a todo el mundo de esa forma?”

Jesús levantó su cansada cabeza y mirando a Anás, le dijo: “Yo he hablado abiertamente al mundo; he enseñado dónde se reunían en asamblea todos los judíos. No he dicho nada en secreto. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregúntales lo que he dicho a aquellos que me han escuchado. He aquí, ellos saben lo que yo he dicho”.

Ante estas palabras de Jesús, el rostro de Anás reveló su rabia, y uno de sus lacayos, buscando congraciarse con él, golpeó con gran fuerza a Jesús en la boca y en las mejillas, y le dijo: “¿Así respondes al sumo sacerdote?”.

Jesús, medio aturdido por la fuerza de los golpes y empujado hacia atrás y hacia delante por los siervos de la corte, fue incapaz de mantener el equilibrio y cayó de costado sobre la escalera. En este punto comenzaron todos a dar gritos burlescos e indignantes, a reírse a carcajadas y a maldecir. Maltratando a Jesús le pusieron de pie. Pero Jesús, con una voz calmada, dijo: “Si he hablado mal, testifica en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me golpeas?”.

Anás mandó a los que estaban presentes que repitieran las palabras que le habían oído decir a Jesús. Un confuso murmullo de comentarios y gritos calumniantes salieron del gentío allí acumulado, contradiciéndose unos a otros. Cada vez que las autoridades hacían un comentario a las acusaciones que les traían, los sirvientes de la corte y los demás que estaban presentes, se burlaban de Jesús y le ridiculizaban. Todos deseaban imitar al malhechor sinvergüenza que había abofeteado a Jesús en pleno rostro. Jesús se tambaleaba de un lado para otro. Al final, Anás tomó un pergamino que contenía las acusaciones contra Jesús, lo enrolló, lo puso en una calabaza hueca, lo ató a una caña y se lo dio a Jesús, como un cetro de burla(*).

¡Laméntense, huestes celestiales! ¡Lamenten esa locura humana! Con una arrogancia diabólica, el hombre ataca al mismo Dios. El pecador, aquel que merece la muerte, amontona sus pecados sobre su Señor y Dios.

Coro:

Aquel que hizo el mundo y lo sujetó,
el Santo Hijo de Dios, blasfemado es hoy.
¡Oh laméntense, el hombre ataca a su Dios!
Él, que es Creador, soberano Rey y Juez,
por el hombre burlado es.

Nos humillamos ante Ti, oh Señor y Dios, a quien nosotros, hombres pecadores, hemos acusado y condenado, y te damos las gracias por pasar por todo ese sufrimiento y por soportar un trato así tan grande

por causa de nuestros pecados, para que así pudiéramos ser liberados de nuestro espíritu de crítica.

Te adoramos por exponer tu corazón manso y humilde a las duras palabras de injusticia, de maldad y de desprecio, que pronunciaron los jueces contra Ti.

¡Alabado sea este gran Amor! Soportaste el juicio en silencio, como un cordero, para así poder liberar nuestro corazón y nuestra mente de nuestra manía de criticar, y para que nuestros labios aprendan a expresar palabras humildes y de amor misericordioso.

Hoy también estás delante de nosotros, Señor Jesús, lastimado por las muchas flechas de las acusaciones y cargado de aflicción, mientras nos suplicas: “Dejen de buscar las faltas de los demás, dejen de acusar a los demás, amontonando reproches sobre ellos, porque ustedes son tan culpables como ellos, y es una vanidad el considerarse mejor que los demás y desesperar de lo que hacen y condenarlos”.

Todos oran:

Señor Jesús, te pedimos que el inmenso dolor y la blasfemia que sufriste por las acusaciones y la crítica de los religiosos que había en tu época, se nos presente cuando criticamos a los demás, porque la crítica es una práctica diabólica, una característica de Satanás, el acusador.

Nos humillamos delante de Ti, avergonzados por cada una de las veces que hemos juzgado a un hermano o hermana. Tú estás presente en cada uno de ellos, y de esa forma, a quien hemos acusado ha sido a Ti, lo mismo que hicieron Anás y Caifás. Hemos lastimado tu corazón, ya que te sometiste al juicio y a la muerte sobre la cruz, para que nosotros pudiéramos ser liberados de nuestro espíritu de crítica, el cual causa un daño incalculable. Te pedimos que nos concedas una contrición verdadera por este diabólico pecado de buscar las faltas de los demás y criticarlos, para que podamos experimentar redención, por la que Tú pagaste un precio tan alto.

En cuanto a nosotros, te pedimos que nos juzgues tan profundamente, Señor Jesucristo, que convencidos de nuestros propios pecados, no podamos condenar a los demás como lo hacíamos antes; y cuando el deber nos obligue a hacerlo, que lo hagamos con un espíritu humilde y amoroso.

Oh, querido Señor, que yo pueda verte
como el Cordero que silenciosamente
pasó por un tribunal delante de los jueces.
Renuncio a mi crítica, que te causó una aflicción
y un tormento tan grande.
Ahora quiero ser aquél a quien acusen los demás.
Amén

(*) Cuando Anás le dio a Jesús la calabaza hueca atada a la caña que contenía todos los cargos que tenían contra Él, como un cetro de burla, le dijo:

“Toma el cetro de tu reino. Todos tus títulos, honores y derechos están dentro de él. Llévaselo al sumo sacerdote, para que él pueda reconocer en ello tu comisión y tu reino y así pueda darte los honores apropiados. Átenle las manos y lleven a este Rey ante el sumo sacerdote”.

En esta ocasión, ataron las manos de Jesús sobre su pecho, después de asegurar el “cetro” firmemente en sus manos. Riéndose y gritando en burlas, y maltratando a nuestro Señor, le sacaron de aquel salón para llevarle ante Caifás (*).

En medio de una desgracia y una humillación tan profundas, Jesús sólo podía oír voces de desprecio y de burla. Y hoy en día, igualmente, es herido y ridiculizado por millones de voces. ¡Oh! ¡Que El reciba honor y gloria de todos nosotros, los que le pertenecemos! Adoremos a Jesús en su verdadero ser y verdadera naturaleza; adorémosle como a la suprema Majestad, lleno de gloria y dignidad divina, a Él, que es el único Rey de reyes y Señor de todos los señores.

Coro:

Jesús, Rey incomparable,
de Ti se borre toda deshonra
y sólo honor te sea dado.
Coronado de inmensa gloria,
Soberano, Rey de todo trono,
grandiosa es tu majestad.
El cielo te eleve himnos
y sin cesar cante alabanzas.
¡Adoración a Ti, el Cordero!

Pero Jesús todavía estaba en la hora de la Pasión.

(*) Cuando le estaban llevando a la presencia de Caifás, las maldiciones y el maltrato continuaban. Aquellos que le acompañaban repetían a su forma las palabras odiosas de Anás, ante la gente. Durante todo el camino, Jesús fue insultado y maltratado, quedando completamente a merced de la maldad humana, y ninguno de todos aquellos a los que les había mostrado tanta bondad, se puso a su lado (*).

Mientras todos estaban blasfemándole, Jesús alzó la mirada en busca de Sus discípulos, pero fue en vano. La ausencia de Sus discípulos le hería profundamente en Su corazón. Y en la actualidad, una vez más, ha llegado para Jesús una época de profunda deshonra, y Su dolor es tan grande como su desgracia, pues es a nivel mundial. Sobre todo, se lamenta de que sean tan pocos Sus seguidores que sufren con Él y que hablan a favor de Él y que se ponen de Su lado, estando dispuestos incluso a sufrir adversidad.

Hoy, como hace mucho tiempo, Él está suspirando y con lamentos se pregunta: “¿Dónde están mis discípulos, los que están sufriendo conmigo, los que me están honrando delante de todo el mundo por toda la deshonra que estoy sufriendo?”

Démosle nuestro amor, como respuesta.

Todos cantan:

Oh, queremos sufrir contigo
cuando oprobio sufres hoy,
consolarte es nuestro deseo,
queridísimo Jesús.

Nuestro anhelo es proclamar quien
eres Tú, Hijo de Dios:
santo y puro, el más hermoso,
cuyo trono es sin fin.

Y queremos sufrir contigo
el desprecio por tu honor,
sin temer pues es una honra,
por tu causa humillado ser.

A sufrir ya nos daremos
y a tu lado siempre estar
para traerte ya consuelo,
Cristo, tan despreciado hoy.

Melodía: “¡Oh, Amor que excede a todos!”

(*) Ahora, llegaron con Jesús ante el tribunal de Caifás donde el Sanedrín, el Concilio de los judíos, estaba reunido. En medio de furiosos y burlescos gritos, empujones y tirones, Jesús, cuyas vestiduras estaban manchadas de suciedad, fue conducido al atrio donde un sordo murmullo y susurros entre dientes, con una ira reprimida, reemplazaron a la rabia desenfrenada del gentío. Caifás, un rechoncho hombrecillo, enrojeció de rabia al mismo tiempo que gritaba: “¿Eres tú... tú, blasfemo, el que nos inte-

rumpe en esta santa noche?”. Le quitaron de la mano el “cetro” de burla, y Caifás leyó los cargos y prorrumpió en una andanada de insultos y acusaciones contra Jesús; mientras los siervos de la corte y los soldados que estaban cerca, empujaban y golpeaban a nuestro Señor. Ahora le hicieron a Jesús una tremenda cantidad de preguntas, que sufría pacientemente en silencio sin mirar a Caifás. Los ejecutores, en un intento de hacer hablar a Jesús, le golpearon en el cuello y en el costado, así como en las manos, y le hincaron con afilados instrumentos (*).

¡Oh Jesús! Así es como te tratamos hoy también, porque aquello que le hicimos al más pequeño de los hombres, incluyendo a los niños, te lo hemos hecho a Ti. Nos humillamos porque a menudo hemos usado mal nuestra autoridad, reaccionando violentamente, ya sea con palabras o gestos, cuando estábamos intentando obligarles a hacer nuestra voluntad a aquellos que no querían obedecernos.

Todos cantan:

Oh, Cristo, mis pecados
son todos incontables
como arenas del mar.
La causa fueron ellos
de golpes, aflicciones,
que soportaste Tú por mí.

Mel.: “Mirad al Rey del mundo”

(*) Una vez más presentaron todas las acusaciones que Jesús ya había contestado cien veces en ocasiones anteriores: Había sanado a los enfermos y

había echado demonios por medio de Satanás, había profanado el sábado; no había respetado ayunos; había agitado al pueblo; les había llamado a los fariseos “nido de víboras”; anduvo en compañía de gentiles, publicanos, pecadores y mujeres de dudosa reputación. Permitió que le llamaran rey, profeta, e incluso Hijo de Dios; habló de su reino continuamente. Discutió la legalidad del divorcio. Profetizó acerca de la caída de Jerusalén y pronunció frases de advertencia como “ay de ustedes...”. Estos, y muchos otros cargos, fueron los que trajeron contra Jesús (*).

Quizás muy a menudo, nosotros tampoco hemos estado dispuestos a oír y a aceptar la verdad que proviene de la boca de Dios. ¿Hemos cerrado nuestro corazón tan pronto como se ha pronunciado un juicio sobre nosotros o sobre nuestra forma de vida?

También nosotros, como “personas religiosas”, ¿nos hemos rebelado contra Jesús cuando se nos mostraron nuestros pecados, y reaccionamos como si todo estuviera en orden en nuestra vida? ¿Hemos pronunciado un juicio contra nuestro Señor cuando no nos ayudó, a nosotros o a otras personas, como nosotros pensábamos que debiera haberlo hecho, o cuando nos castigó a nosotros o a los demás?

(Pausa para una oración silenciosa)

Todos oran:

Querido Señor Jesús: Como esas personas de la antigüedad, nosotros también nos hemos rebelado contra Ti, oh Amor eterno, y te hemos criticado por tus acciones. Muy a menudo somos nosotros –sí, nosotros, que nos consideramos “devotos”– los que somos culpables de este pecado. Éste es el motivo de tu aflicción hoy, como lo fue hace mucho tiempo.

Perdónanos, Señor Jesús, porque, aunque Tú eres la esencia del amor eterno y de la divina compasión, muy a menudo te acusamos de no tener misericordia y de no preocuparte por nuestros problemas personales o por las necesidades sociales, y otros problemas de la humanidad.

Perdónanos, porque nos quejamos y te acusamos por tus caminos difíciles e incomprensibles, por las cargas y cruces que nos das, en vez de darte toda la gloria, y así entristecemos tu corazón, porque no queremos aceptar la verdad de que somos pecadores y que necesitamos tu disciplina para nuestra salvación.

Oh, Señor, cuánta crítica y cuántas calumnias te infligieron los religiosos de aquella época. Perdónanos por causarte otra vez tanto dolor con nuestra crítica y nuestra rebelión. Sobre todo, perdónanos por causarte tan profunda angustia por condenar tan injustamente a otros creyentes y congregaciones cristianas, con nuestra crítica.

Nos humillamos, porque condenando a nuestros hermanos y hermanas, lo que realmente estamos haciendo es condenarte a Ti.

Perdónanos por cada una de las veces que no hemos soportado los reproches, las acusaciones y las calumnias en silencio y paciencia como Tú los soportaste, especialmente cuando provienen de otros cristianos. Cuando pensamos en tu gran Sufrimiento, oh Cordero de Dios, al ser tan injustamente condenado, no queremos responder con insultos cuando nos insulten, sino más bien soportar la injusticia amorosa y silenciosamente como un cordero, por amor a Ti, y así ser tus verdaderos seguidores.

Todos dicen:

*Mi querido Jesús, Tú soportaste
calumnias y humillaciones
sin defenderte con palabras,
aunque eres el Hijo de Dios.
Oh, perdóname, mi Señor inocente,
por todo lo que te he causado.
Ahora solo honra quiero darte,
y aceptar toda injusticia y reproche. Amén*

(*) Durante el juicio ante Caifás, todas las palabras y las enseñanzas de Jesús fueron tergiversadas y presentadas como acusaciones en su contra. Vez tras vez, se interrumpía el proceso con gritos abusivos y con malos tratos. Intentaban forzarle a que respondiera con empujones y golpes. Jesús pudo sobrevivir a este tormento solamente con la ayuda del Padre, para así poder completar el acto de expiación por los pecados del mundo.

La rabia de Caifás y de todo el Concilio, creció por causa de que los testimonios eran tan confusos y contradictorios. Y el silencio y la paciencia asombrosa del Acusado, los encendieron más aún, mientras que otros se asustaron del silencio de Jesús y les remordía la conciencia.

Caifás se puso de pie, bajó algunos escalones hacia donde estaba Jesús, y dijo: “¿No respondes nada? ¿Qué testifican éstos contra Ti?” Estaba ofendido porque Jesús no le miraba, y levantando las manos lleno de ira, Caifás se dirigió a Jesús con un furioso tono de voz, y le dijo: “¡Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si Tú eres el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios altísimo”.

El tumulto fue cortado por un gran silencio, y fortalecido por Dios, Jesús dijo con una voz que inspiraba reverencia, una voz de indudable majestad, con la voz de la Palabra eterna: “Tú lo has dicho; y además les digo, que desde ahora, verán al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo”. Cuando Jesús pronunció estas palabras, un resplandor brilló a su alrededor, y los cielos se abrieron sobre Él (*).

Coro:

Vengan, huestes celestiales,
hombres y ángeles en el trono,
rodeen al Santísimo y
Purísimo Hijo de Dios, hoy tan burlado.

Pronto Él regresará en gloria y majestad,
los Suyos en amor alabándolo,
rindiéndole homenaje por la eternidad.

(*) Caifás, como si estuviera incitado por el infierno, despedazó el borde de sus vestimentas, las rajó con un cuchillo, se rasgó la túnica con un sonido silbante y dijo: “¡Ha blasfemado contra Dios! ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? He aquí, ahora mismo han oído su blasfemia. ¿Qué les parece?” Todos los miembros del Sanedrín que estaban presentes, se levantaron a una y gritaron a viva voz: “¡Es reo de muerte!” Y mientras el tremendo vocerío continuaba, la terrible rabia de los poderes del infierno que estaban en la casa, llegaba a su punto culminante. Los enemigos de Jesús parecían estar poseídos por el mismo Satanás. Aquellos de los presentes a quienes aún les quedaba algo de bueno en su corazón, fueron sobrecogidos por un horror tan grande, que muchos se taparon con sus capas y se fueron a escondidas.

El sumo sacerdote dijo entonces a los torturadores de Jesús: “En sus manos dejo a este rey. ¡Denle a este blasfemo los honores que merece!” Y como una manada de lobos, la turba cayó sobre nuestro Señor, quien, hasta ese momento, había estado fuertemente atado y agarrado con cuerdas por dos de los ejecutores. Con los puños cerrados, la multitud descargó sobre Él una lluvia de golpes. Le pinchaban con palos afilados y con agujas. De la forma más vergonzosa derramaron sobre nuestro atormentado Señor toda su vulgaridad. Se turnaban

para poner sobre su cabeza varios tipos de coronas de burla, hechas de paja, y después se las arrancaban de mala manera, haciendo comentarios sarcásticos y maliciosos. Decían: “¡He aquí el hijo de David, con la corona de su padre!”, o: “¡He aquí, es más grande que Salomón!”.

De esta forma se reían de todas las verdades eternas que Jesús había proclamado manifiestamente o en parábolas para la salvación del hombre. Le empujaban de un lado a otro, y le escupían de la forma más repugnante. Después de que le quitaran la túnica tejida a mano, le pusieron un gorro de burla y una corona de paja sobre éste.

Jesús permanecía sin nada más que una pequeña bata que sólo le cubría el cuello y el pecho y con la ropa interior, pero incluso le quitaron hasta esta bata y nunca más se la devolvieron. Le pusieron una capa vieja y andrajosa, que por delante ni siquiera le cubría las rodillas. Alrededor del cuello, le colocaron una larga cadena de hierro que le llegaba desde los hombros, bajando por el pecho, hasta las rodillas. Esta cadena terminaba en unas argollas pesadas y puntiagudas que le golpeaban dolorosamente en las rodillas, cada vez que andaba o se tambaleaba. Una vez más, le ataron las manos sobre el pecho y le pusieron un “cetro” en ellas. Le habían cubierto el rostro con sus repugnantes escupitajos. Sus enredados cabellos y su barba, el pecho y toda la parte superior de la capa, estaban cuajados de toda clase de suciedades.

Le vendaron los ojos con un trozo de trapo sucio, y le golpeaban con los puños y con palos diciéndole después en medio de risas y burlas: “¡Gran profeta, profetiza y dinos quién de nosotros te ha golpeado!” Pero Jesús no pronunció ni una sola palabra, sino que oraba silenciosamente por sus verdugos.

A empujones y golpes arrastraron a Jesús en círculo ante el concilio, cuyos integrantes se burlaban y le insultaban. Era como una obra de teatro salvaje, siniestra y horrible, puesta en escena por personajes endemoniados y envenenados. Solamente alrededor de nuestro maltrecho Señor Jesús se podía ver un maravilloso resplandor, desde que había declarado que era el Hijo de Dios. El desprecio del hombre no podía robarle su inexpresable majestad (*).

Todos cantan:

¿Quién fue?, ¿quién te ha herido?

Señor, ¿qué has cometido?

¿Quién te maltrata así?

Sin mancha de pecado

el Justo es condenado

y sufre todo en bien de mí.

Yo soy: he merecido,

al vil madero asido

mi transgresión pagar.

Tus carnes desgarradas,

tus manos traspasadas

testigos son de mí pecar.

“Mirad al Rey del mundo”, Paul Gerhard 1676

Oh Jesús, eterno Hijo de Dios, lleno de dignidad y majestad, no podemos comprenderlo. Sólo podemos

humillarnos hasta el polvo del suelo ante Ti, que no sólo te sometiste a una humillación, un maltrato y una blasfemia tan grande hace mucho tiempo por tu pueblo elegido, sino que incluso hoy eres burlado muy cruelmente en todas las naciones, aunque todos conocen bien tu Sufrimiento y Muerte sobre la cruz.

Una vez más, en la actualidad, se te blasfema de la forma más despreciable –blasfemado y degradado masivamente en innumerables publicaciones, escenarios, producciones y en las actuales redes sociales. Nuestro corazón está lleno de pesar por causa de este pecado abismal.

Y somos nosotros, los creyentes, los que normalmente somos culpables, porque... ¡Cuántos “cristianos” asisten a esas producciones blasfemas, las aplauden e incluso se las recomiendan a otras personas!

Padre, perdónanos esta blasfemia, que es el pecado más serio de todos. Concédenos que podamos llorar en profunda contrición por nuestra frialdad de corazón e indiferencia hacia Ti. Perdónanos que presenciemos todo lo que está ocurriendo, sin desear fervientemente mostrarte tanto más amor y honor, y aprovechar cada oportunidad para hablar e intervenir en tu defensa.

Coro:

Hoy contigo quiero estar,
y no dejarte solo,
mi querido Jesús.
Mi Señor lleno de majestad,
que ante el mundo es
blasfemado y desfigurado.

Todos dicen:

Hace mucho tiempo, Señor,
fuiste ofendido y cruelmente blasfemado,
coronado de espinas, sólo en un país.
Ahora es el mundo entero,
que con odio te ataca,
te humilla y te atormenta.

Coro:

A tu lado quiero estar
y tu escolta fielmente ser
en tu camino de dolor.
Contigo quiero sufrir
odio y persecución,
dolor y desdén.

Todos dicen:

Me pondré a tu lado
cuando tu corazón sea despedazado de nuevo
por los dardos que se te lanzan.
¡Daré testimonio de Ti,
Dios y Rey, a quien se debe
todo el honor y toda la alabanza!

Pedro niega conocer a Jesús

Anás y Caifás, los enemigos de Jesús, se habían burlado de Él y le habían atormentado hasta el límite máximo. Dijeron que tenía un demonio y le condenaron por decir que era el Hijo de Dios. A pesar de toda la tristeza que sentía por tanta maldad, estas acusaciones no sorprendieron a Jesús, pues conocía a los fariseos, quienes habían sido siempre sus enemigos.

Pero ahora, alguien que estaba íntimamente unido a Jesús con una cálida relación de amor, uno de sus discípulos favoritos, se pasó a las líneas del enemigo y declaró: “No conozco al hombre de quien hablan”. Incluso, jurando y maldiciendo, lo expresó de una forma aún más dura. El corazón de Jesús casi debió haberse quebrado de tristeza cuando oyó estas palabras: “¡Ya les he dicho que no conozco a ese hombre, de ninguna forma!” En aquella época bíblica, esto quería decir: “¡Renuncio a este hombre, y no quiero nada que ver con Él!” Y durante tres años él había estado con Jesús a diario. Pedro dijo esto en un momento en que su amado Señor tenía una necesidad especial del amor y la fidelidad de sus discípulos, en un momento en que Él estaba muy cruelmente humillado, maltratado, insultado, abandonado y dejado a merced de las fuerzas del mal.

¡Cuánta tristeza ocasionó Pedro a su Señor Jesús con estas palabras! ¿Ya no amaba a su maestro? ¿No había entrado en aquel patio para estar más cerca de Él? Verdaderamente allí sufría terriblemente por la forma en que Jesús estaba siendo maltratado. Pero su amor no era puro como el de su maestro, quien podía decir con toda humildad y sinceridad: “*Sí, Padre*”. El amor de Pedro era egoísta y lleno de compasión por sí mismo. Se rebeló cuando el sufrimiento le amenazó. Esto explica la reprensión que hacía muy poco tiempo le había hecho a Jesús cuando dijo: “¡Señor, ten compasión de Ti; en ninguna manera esto te acontezca!”. Ahora, en la hora de la prueba tenía que pagar por su falta de dedicación a la cruz y al sufrimiento. En este momento su temor al sufrimiento era mayor que su amor. Consecuentemente, no estaba preparado para sufrir con su Señor, para afrontar el encarcelamiento y la muerte con Él, y por eso pronunció aquellas palabras de: “¡No conozco a ese hombre!”.

Pedro no quiso reconocer a Jesús porque éste ya no le parecía el Divino y Omnipotente Señor que había conocido durante tres años, el Señor que había realizado milagros, y ante cuya palabra se levantaban los muertos.

Ahora Jesús estaba humillado, cargado de insultos, desdichado y despojado de Su dignidad. Pedro no quería reconocer a un Señor que estaba bajo la sombra de la cruz, porque el menosprecio hacia Jesús significaba que la cruz y el sufrimiento también se asomaban sobre él. Con su negación,

destrozó el corazón de su Señor, el cual ya estaba cargado de tormento, desprecio y acusaciones, porque nadie puede herirnos más que aquellos a los que amamos.

¡Oh, que nuestro Señor Jesús, quien ya estaba en profunda angustia, tuviera que sufrir esas heridas tan amargas por causa de aquellos que habían estado tan cerca de Él! Hace tiempo fue su discípulo Pedro; ahora somos nosotros, sus discípulos de hoy. Nosotros tampoco queremos reconocerlo o tener algo que ver con Él, cuando se nos acerca como el Señor de la cruz, el Varón de Dolores, y nos quiere llevar con Él por el camino de la cruz... por el camino que nos lleva al desprecio, e incluso a la persecución.

¡Qué despreciado está nuestro Señor! ¡Cómo le hacemos de menos! Él significa tan poco para nosotros, que rechazamos su cruz. Le echamos a un lado cuando nos trae una cruz a nuestra vida. Sí, entonces renunciamos a nuestro discipulado diciendo; *“No te conozco. No te conozco como el Señor de la cruz, ni tampoco quiero conocerte así”*.

Pedro nunca podrá olvidar aquella mirada, inexplicablemente triste, que le dirigió Jesús cuando volvió su rostro magullado hacia él.

Y hoy, cuando Jesús está sujeto a la más terrible burla, degradación, menosprecio y blasfemia otra vez, incluso dentro de su Iglesia, cómo le entristecemos cuando no queremos permanecer a su lado, cuando ahora esto nos trae desprecio y luego más y

más persecución. ¡Cuánto sufrimiento ocasionamos a Jesús cuando no queremos aceptarle tal como Él es, es decir, el Señor de la cruz y –como Pedro hace mucho tiempo– rehusamos aceptar la cruz que procede de sus manos! Después, cuando seamos llamados a testificar de Jesús, con riesgo de ser llevados ante tribunales y encarcelados, le negaremos igual que lo hiciera Pedro.

En esta noche de la Pasión en que Jesús está en medio de nosotros, está mirándonos a cada uno de nosotros y preguntándonos: “¿Cuánto valgo para ti? ¿Es sincero tu amor por Mí? Es decir... ¿Estás decidido y preparado para sufrir por Mí?”. Oh, que su triste mirada se pose también sobre nosotros cuando el sufrimiento nos toque o amenace con venir a nuestra vida, para que no digamos: “*Que esto no me suceda nunca*”.

Pedro lloró amargas lágrimas de arrepentimiento como respuesta a la tan triste mirada de Jesús. ¿Nos encontrará Jesús derramando ese tipo de lágrimas por las veces que nos hemos rebelado interiormente contra el sufrimiento? Si es así, estaremos preparados para afrontar la época de la persecución y podremos permanecer fieles a Él.

Recordemos las veces en que, como discípulos suyos, hemos entristecido y defraudado amargamente a Jesús, rebelándonos a tomar nuestra cruz. Porque en nuestra rebelión, no hemos abierto nuestro corazón a Jesús en Su Sufrimiento, ni hemos deseado estar a su lado y llevar nuestra cruz tras Él.

Con una profunda contrición, digamos:

Todos dicen:

Jesús, mi más querido Señor,
mírame ahora a mí,
para que pueda reconocer
lo que te he hecho.
Señor, mírame a mí,
como una vez le miraste a Pedro.
Señor, mírame.

Jesús, mi más querido Señor
mírame ahora a mí.
Tu triste mirada tiene poder,
para arrepentimiento impartir,
preparándome a sufrir por amor a Ti.
Señor, mírame.

Jesús, mi más querido Señor,
mírame ahora a mí,
para que yo, como Pedro también
pueda llorar tan amargamente,
amarte y no entristecerte
cuando venga la persecución.
Señor, mírame.

Texto: Mateo 27:1 y ss.

El camino de humillación de Jesús, atravesando Jerusalén hasta la casa de Pilato

Orador:

Mi Jesús, que tu miedo y dolor,
y tu tan profundo sufrimiento,
siempre estén ante mis ojos
para evitar todo pecado.
Siempre que yo tenga vida y aliento,
permíteme contemplar tu dolor
y amarga muerte.



Tu trono dejaste, Jesús,
entraste en sufrimiento
hasta morir en una cruz
en medio de tormentas
para ganar la gracia y perdón
por nuestra culpa y transgresión,
uniéndonos con Tu Padre.

(*) A la mañana siguiente, muy temprano, al amanecer, el sumo sacerdote ordenó que sacaran a Jesús del calabozo, donde había pasado las pocas horas de la noche que quedaban. Confirmaron el veredicto que habían decidido durante la noche, es decir, expulsarle de en medio del pueblo de Dios, y por tanto tenía que morir en la cruz condenado por los gentiles. Por consiguiente, le llevaron ante Pilato

para obtener la sentencia de muerte legal. Pero incluso ahora, cuando conducían a Jesús hasta Pilato, le trataron como a un prisionero condenado a muerte, poniéndole la cadena alrededor del cuello.

Los jefes de los sacerdotes y algunos de los miembros del Concilio abrían la marcha. Detrás venía nuestro Señor entre los verdugos y guardias, y por último se les unió el gentío. La procesión descendió por el Monte Sión, entraron en la parte baja de la ciudad y llegaron al palacio de Pilato. Atado cruelmente con cuerdas, nuestro Señor era conducido a través del sector más concurrido de la ciudad, la cual estaba completamente abarrotada de extranjeros, así como de visitantes de todas partes del país, que habían venido para celebrar la Pascua.

Jesús estaba vestido solamente con su ropa interior, que estaba cubierta de salivazos y de suciedad. La larga cadena, que era de grandes eslabones, le colgaba desde el cuello hasta las rodillas, golpeándolas dolorosamente con el balanceo de su caminar. Igual que la noche anterior, sus manos estaban atadas, y una vez más los guardias le conducían con grandes cuerdas atadas a su cinturón (*).

Cada vez que Jesús era conducido, ya sea desde la casa de Anás a la de Caifás, o por las calles de Jerusalén al palacio de Pilato o al de Herodes, siempre iba con las manos atadas. En todo Jerusalén fue exhibido como un delincuente que tenía que estar encadenado en todo momento.

Oh, adoremos a nuestro Salvador encadenado, el Rey privado de todo el poder, el Amor encadenado. *¡Oh eterna Majestad del cielo, Gobernador de todas las naciones, qué débil e impotente estabas, ¡atado como un cordero que va al matadero!* Sí, Jesús estaba atado con cuerdas, porque debía ser expuesto ante todos como el Cordero. ¿No había dicho Juan el Bautista: “¡He aquí el Cordero de Dios!””. Ésa era la imagen que miles de ojos tenían que ver. Y de esa forma, Jesús fue conducido como una bestia al matadero por las muchas calles de Jerusalén. Por allí paseaban los hombres completamente libres, con las manos desatadas, mas Él, el único Señor, nuestro Creador, iba sometido voluntariamente a las cadenas y permitiendo que le exhibieran como a un prisionero.

Coro:

Oh Jesús, amado Cordero,
el Creador del universo,
¡cruelmente atado en cadenas!
Aquí veo mis pecados.
¿Cómo puedo valorar Tu dolor?
¡Nunca vi tan gran amor!

Oh Jesús, amado Cordero,
oye, recibe mi amor
por lo que hiciste por nosotros.
Quiero amarte e ir contigo,
mi voluntad te entrego
pues sufriste tan gran dolor.

Muy a menudo, durante su Pasión, Jesús tuvo que ofrecer la imagen de un prisionero, como si deseara

imprimirla en nuestra conciencia como una amonestación perpetua, para que la recordemos en cada una de las ocasiones en que nos rebelamos contra la Voluntad de Dios, cuando ésta se opone a la nuestra, o cuando nos trae sufrimiento. Verdaderamente, la imagen de Jesús en la forma en que fue conducido por las calles de Jerusalén encadenado, es un poderoso llamado y una amonestación inequívoca. Con un amor infinito, Él nos llama a alejarnos de toda provocación y rebelión contra Dios en esta época de revoluciones y persecuciones; intenta arrancar de nuestros labios un “¡Sí, Padre!”, y hacer que rindamos nuestra voluntad en cada situación, y que aceptemos el sufrimiento, especialmente el sufrimiento por causa de su Nombre.

En lo sucesivo rindámonos y entreguémonos completamente a la Voluntad de Dios y sometámonos a ella cuando Él use a las personas como sus instrumentos, por ejemplo, los torturadores en tiempos de persecución. Por amor a Jesús, el Cordero que fue atormentado, consagrémonos completamente a la Voluntad de Dios. De esta forma, seremos un consuelo y una alegría para Él. Seamos fieles y sigamos este camino de Jesús ante los demás, aunque nos desprecien, nos ridiculicen, nos deshonren, nos destierren y nos persigan. Verdaderamente, deberíamos considerar el hecho de sufrir con Él hoy en día como un privilegio. Jesús tuvo el valor de soportar las burlas y los humillantes gritos de los demás, por amor a nosotros. Él tuvo el valor de permitir que la gente le escupiera, le arrojaran lodo y le trataran como a un criminal y como al más indig-

no, bajo y despreciable. Y todo eso por amor a nosotros.

A lo largo de estas humillaciones, Jesús nos redimió de nuestra naturaleza cobarde, que busca continuamente el favor de los demás, a costa de Jesús a quien a menudo negamos, y a costa de Sus Mandamientos, que tan a menudo abandonamos. Ahora Jesús está esperando que le sigamos paso a paso, aunque ello implique sufrir por su causa. Está esperando que estemos dispuestos a ser humillados, despreciados e insultados por los hombres, por buscar siempre el favor y el placer de Dios. Si intentamos complacer al hombre, dejamos de ser siervos de Jesús, porque Él pasó por el camino de la humillación; además, de esa forma no tendremos la fuerza para estar al lado de Jesús cuando el hecho de testificar de Él nos cueste la libertad, e incluso la vida.

(*) Jesús estaba tan desfigurado, que era difícilmente reconocible a causa del terrible trato que recibió durante la noche y del agotador andar por las calles. Era conducido en medio de insultos y de crueles golpes. La gentuza de la multitud inducía a que la gente hiciera burla de su entrada real en Jerusalén el Domingo de Ramos. Se burlaban de Él, gritándole toda clase de títulos reales. Tiraban piedras, trozos de madera y trapos sucios a sus pies, y le reprochaban con cánticos burlones acerca de su entrada festiva en Jerusalén (*).

¡Qué difícil es para nosotros soportar que los demás se burlen de nosotros y que nos vean humilla-

dos en un momento de debilidad o cuando alguna enfermedad o deformidad nos afea! Nuestro Señor Jesús se sometió con todo su ser a tales humillaciones, para que nosotros ahora podamos seguir su ejemplo, especialmente en épocas de persecución.

Todos oran:

Nos humillamos delante de Ti, Señor Jesús, avergonzados de que sea tan difícil para nosotros soportar la humillación y el desprecio en nuestra vida, mientras que, en tu Pasión, Tú sufriste tanto desprecio y blasfemia, y fuiste tan degradado ante los ojos de miles de personas. ¡Y nosotros sabemos que el discípulo no puede ser mayor que su maestro!

Nosotros, ahora, queremos permanecer a tu lado y entregarnos en tu gracia a soportar insultos y calumnias por causa de Ti. Ahora queremos practicarlo, para que cuando nos llegue el momento de encontrarnos con el desprecio, el ridículo, la burla y la persecución, podamos soportarlo con tu Espíritu. Señor Jesús, te pedimos que nos ayudes, en medio del dolor, para darte gracias de que podamos –aunque de una forma muy pequeña– participar de los indecibles sufrimientos y humillaciones que Tú soportaste como el Altísimo. Nadie podría ser tan profundamente humillado, porque nadie ha sido jamás tan altamente exaltado.

Perdónanos que en nuestro orgullo nos sea tan difícil aceptar el insulto, aunque como pecadores lo merezcamos. Perdónanos que sólo nos preocupemos de nosotros mismos y de nuestra reputación, cuando nos encontramos con el más pequeño de los insultos o humillaciones. Perdónanos que no podamos soportar el más ligero de los desprecios o de las injurias, que no podamos vencer en tales situaciones, porque nos conmueve tan poco la deshonra y la blasfemia que Tú tuviste que soportar hace tiempo, e incluso tienes que sufrir otra vez hoy en día. Amén.

(Hagamos una pausa para hacer cada uno una oración silenciosa, un acto de dedicación para renunciar a nuestra dependencia y deseo de la alabanza y de la opinión positiva que los demás tienen de nosotros, nuestro falso apego emocional y nuestro deseo de tener prestigio)

Todos cantan:

Cordero, inexplicable
es tu gran humildad,
tu amor que es el rescate
de toda iniquidad.

Tu vida entregaste,
muriendo en la cruz
para poder salvarnos
de angustia y perdición.

Cordero de Dios, santo,
te adoro, sólo a Ti.

Mi vida sea tuya,
Amado Salvador,
Te sigo por tu senda
de oprobio y aflicción,
contigo compartiendo
en amor, tu dolor.

Melodía: "Un solo fundamento"

Después del camino de humillación de Jesús por las calles de Jerusalén, Su Ciudad, con toda seguridad Dios tiene que estar esperando que esas mismas calles resuenen con gritos de ¡Hosanna! para su Hijo. ¡Allí donde Jesús fue deshonrado, ahora debería de ser proclamado ante todos como el verdadero Señor del mundo y el Rey de reyes! En la misma medida en que le amemos, su vergüenza, su pesar, arderá en nuestro corazón de tal forma que no tendremos paz hasta que Él sea glorificado también en Jerusalén, Su Ciudad. Cuando las alabanzas a Mahoma son proclamadas sobre los tejados y calles de esta ciudad... ¿No deberían sonar aún más fuerte las alabanzas a Jesús que levanten los suyos, saliendo de corazones rebosantes de agradecimiento?

Como cristianos tenemos una razón especial para hacerlo, ya que nosotros tenemos que enmendarnos. Después de que Jesús fuera conducido en medio de deshonras por las calles de Jerusalén, esta ciudad fue testigo de otra procesión: muchos siglos después, la entrada de los Cruzados, quienes como “cristianos” trajeron una nueva deshonra y desprecio sobre el Nombre de Jesús, con la terrible matanza de tantos hombres y mujeres.

En la actualidad, nosotros los cristianos viajamos a muchos países diferentes para nuestro propio placer, pero... ¿No es triste que no tengamos el deseo de ir al Lugar donde Jesús sufrió tanto? ¿No debería ser glorificado y consolado por miles de personas como una respuesta de amor por toda la deshonra que pasó allí en Jerusalén, en los lugares que presenciaron Sus Sufrimientos? .

¿No debería Jesús ser glorificado durante todo el año, y no solamente el Domingo de Ramos, en la ciudad de Jerusalén, donde fue crucificado? ¡Qué tremendo testimonio sería que un grupo de cristianos, cuyos corazones arden de amor por ofrecer un homenaje a su Rey, desciendan del Monte de los Olivos cada domingo, cantando canciones de adoración camino a la ciudad.

Que nuestros corazones estén llenos de un ferviente deseo de dar a nuestro Señor Jesucristo más adoración, como símbolo de la verdadera Procesión Real que un día tendrá lugar. Y si no tenemos la oportunidad de hacerlo en la misma Jerusalén, usemos cada oportunidad que se nos presente, para glorificarle, para cantar de Él y para dar testimonio de Él ante aquellos que aún no le conocen, para que ellos también lleguen a creer en Él y a darle la gloria que merece.

Todos cantan:

Honores, honores reciba el Cordero
cual antes desprecios Él soportó;
De amor rebosando y homenajeando
los suyos electos adoran a Dios.

¡Toda adoración al Cordero da,
cuyo trono en gloria está!
¡Toda adoración al Cordero da,
cuyo trono en gloria está!
¡Aleluya! ¡Aleluya!

¡Al Cordero toda adoración!
Gloria, gloria, te ofrecemos
como a nadie más daremos,
gloria, amor, consolación.

Nuestro amor te ofrecemos
como a nadie más daremos
gloria, amor y consolación.



Jesús es juzgado por primera vez ante Pilato y humillado en el palacio de Herodes

Todos cantan:

Oh Jesús, mi bien amado,
digno Cordero de Dios,
elegiste el sufrimiento
por la muerte en la cruz.
Déjame en amor seguirte
en tu muerte y dolor,
que yo sienta la agonía
que sentiste en mi lugar.

Mi amado Jesús, te adoro
por tu tan inmenso amor,
y amargo sufrimiento
en la senda de la cruz.
Déjame seguir tus huellas,
rendirte todo mi ser,
pues llorando y sufriendo
me salvaste con amor.

Melodía: “¡Oh, amor que excede a todos!”

(*) Jesús fue traído ante Pilato, cuyo palacio estaba al noroeste del Templo, en un magnífico complejo de edificios entre los que se encontraba el pretorio, el palacio de Justicia, entre otros patios y casas.

Jesús fue arrastrado por la larga escalinata de mármol que había a la entrada del palacio. Pilato, que había oído muchos rumores acerca de Jesús, ahora le veía allí de pie tan terriblemente maltratado y desfigurado, pero dando aún la impresión de esta inmortal dignidad. A la vista de esto, creció el desprecio de Pilato por los jefes de los sacerdotes y los ancianos, quienes le informaron que le entregaban a Jesús de Nazaret, para que le sentenciara, diciendo que era culpable de muerte.

Pilato les hizo saber que no tenía intención de condenarle sin una prueba de su culpabilidad. En tono de voz imperioso y sarcástico, se dirigió a los jefes de los sacerdotes, diciendo: “¿Qué acusación traen contra este hombre?” Llenos de indignación replicaron: “Si éste no fuera malhechor no te lo habríamos entregado”. “Llévenlo entonces” dijo Pilato, “y júzguenlo según sus leyes.” Pero ellos respondieron: “A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie”.

El gobernador romano pidió que hicieran sus cargos y ellos presentaron tres cargos principales contra Jesús, adelantándose en cada cargo varias personas para confirmarlo. Presentaron su caso de tal forma que Jesús pareciera culpable de cometer algún delito contra el César, para que así tuviera que ser condenado por Pilato; ya que en lo referente a sus leyes religiosas y al Templo, hubieran tenido que sentenciarle ellos mismos.

Dijeron que Jesús había estado sublevando al pueblo y que decía que ellos tenían que comer su carne y beber su sangre. Pilato estaba irritado por la furia apasionada con que hacían sus acusaciones. También acusaron a Jesús de incitar a la gente, diciéndoles que no pagaran impuesto al César.

Como tercera acusación, declararon que era un hombre de bajo y dudoso nacimiento, que se había atraído a muchos partidarios y que había pronunciado en voz alta varios “ayes” sobre Jerusalén. Dijeron que incluso en cierto momento, la gente quiso nombrarle como rey, pero que Él se había escondido, porque sentía que no era ése el momento más adecuado. Pero entonces, hacía solamente unos días había organizado una ruidosa marcha por las calles de Jerusalén, permitiendo que la gente le rindiera homenaje y le aclamara con las palabras: “¡Hosanna al Hijo de David! ¡Alabado sea aquél que ha venido a establecer el reino de nuestro padre David!” (*).

Todos oran:

Señor Jesús:

Por nosotros y por nuestros pecados, Tú tuviste que sufrir tan falsas acusaciones. Tú sabes si nosotros hemos acusado injustamente a otros, o si hemos hecho un veredicto desfavorable e hiriente sobre los demás, sin asegurarnos antes de lo que decimos. Tú estabas escuchando cuando nosotros pronunciábamos falsedades contra otras personas, dejándolas en mal lugar, sí, incluso cuando estábamos calumniándolas, pri-

vándolas así de su honor y arruinando su buena reputación. Perdónanos por causar angustia a los demás de esta forma.

Señor Jesús, hemos pecado contra Ti, porque cualquier cosa que hagamos contra uno de tus discípulos te lo hacemos a Ti. Siembra tu luz en nuestro corazón y en nuestra vida, y revélanos esos pecados para que así podamos arrepentirnos de ellos y confesarlos. Que esto sea un consuelo para Ti, en medio de tu sufrimiento. Ayúdanos también a restaurar públicamente el honor de aquellos cuya reputación hemos dañado. Amén

Coro:

*Oh, ay de mi pecado,
oh mi amado Jesús,
tu corazón he roto,
te traje gran dolor.
Mi corazón triste está
por lo que te hice a Ti,
Señor, piedad te pido,
inclínate hacia mí.*

*Lamento mi pecado,
que pena te causó,
mi Salvador querido,
me diste sólo amor.
Mi corazón lamenta
mi culpa y mi error;
sólo quiero pedirte,
¡Tu gracia y tu perdón!*

(*) Cuando Pilato se enteró de que Jesús había permitido que le llamaran el Mesías, el Rey de los judíos, se puso pensativo. Saliendo de la terraza entró en la sala del tribunal, miró a Jesús atentamente y ordenó que los guardias le trajeran para dentro.

Cuando vio a Jesús tan desfigurado y lastimado, le pareció incluso más ridículo que Él pudiera ser el Ungido de Dios, el Rey. Pero por causa de que los enemigos de Jesús habían presentado sus acusaciones de tal forma que insinuaban que había estado usurpando los derechos del César, Pilato llamó a Jesús para interrogarle. Y ya sabemos cómo le preguntó: “¿Eres Tú el Rey de los judíos?”, a lo que Jesús le respondió que Él era el Rey de la Verdad.

Después de eso, Pilato gritó a los acusadores que estaban abajo: “¡Yo no hallo en él ningún delito!” Esto ocasionó que los enemigos de Jesús entraran en otro ataque de rabia y entonces lanzaron un torrente de acusaciones contra Él. Pero nuestro Señor Jesús permaneció allí en silencio y oró por sus enemigos.

Y cuando Pilato preguntó a Jesús si tenía algo que decir de todas aquellas acusaciones, Él no contestó ni una palabra, aunque en un juicio romano el acusado podía defenderse y prolongar así el juicio.

Los testigos continuaron con sus andanadas de acusaciones y declararon la forma en que Jesús había extendido sus enseñanzas por toda Galilea. Pilato, incapaz de tomar una decisión, en su incerti-

dumbre se agarró a este comentario y dijo: “Ya que es galileo y está bajo la jurisdicción de Herodes, llévenselo a él, ya que está aquí, en la fiesta. Él puede juzgarle”.

Así es que Pilato envió a Jesús de nuevo con sus enemigos. Al mismo tiempo envió un oficial a Herodes con el mensaje de que le enviaba a uno de sus súbditos, un galileo, Jesús de Nazaret, para que le juzgara. Pilato estaba contento de haberse podido desentender de esa forma y así evitar tener que sentenciar a Jesús, ya que todo aquel proceso le parecía muy raro. Al mismo tiempo, era una maniobra política, ya que Herodes y él habían estado enemistados, y ahora quería usar la oportunidad para hacerle una cortesía a Herodes, quien siempre había tenido curiosidad por ver a Jesús.

Los enemigos de Jesús enloquecieron de rabia por ser rechazados de esa forma por Pilato, delante de todo el pueblo y porque el caso había sido traspasado a Herodes, y desahogaron su rabia contra Jesús. Con la ayuda de sus sirvientes, le rodearon y encadenaron de nuevo. Empujándole y golpeándole, le condujeron por entre la multitud que había en el foro, salvajemente, a toda prisa, y fueron calle abajo hasta el palacio de Herodes, que no estaba muy lejos. Herodes esperaba la llegada, sentado sobre un trono en una larga sala, rodeado de muchos de sus cortesanos y soldados.

Herodes se sentía halagado de que Pilato le hubiera dado de una forma pública el derecho de

juzgar al galileo. Él era muy presumido en su manera de ser. Le complació ver a Jesús tan humillado, ya que Jesús había rehusado siempre presentarse ante él. Herodes le miró inquisitivamente, observándole de manera penetrante. Jesús había sido maltratado y golpeado; su rostro estaba cubierto de sangre y suciedad, y su ropa estaba manchada. Le sobrevino un sentimiento asqueroso de piedad a este rey afeminado y sensual, y ordenó que trajeran agua, y en medio de más brutalidad lavaron a Jesús; su rostro, que ya estaba cortado y magullado, fue incluso más herido, cuando le frotaron con malicia.

Herodes se puso muy hablador, recitándole a Jesús todo lo que sabía acerca de Él. Le ordenó que hiciera una de sus señales: “Te conjuro a que hagas uno de tus milagros. Te beneficiarás con ello”. Pero Jesús no pronunciaba palabra como respuesta, y su silencio enfureció a Herodes, quien se sintió humillado delante de todos los que estaban presentes, y le hizo un sinfín de preguntas, como: “¿Quién eres? ¿Qué hay de ti? ¿Quién te dio poder? ¿Por qué no haces algo más? ¿Eres aquél de cuyo nacimiento la gente cuenta esa serie de historias extrañas? Una vez unos sabios vinieron de Oriente... ¡Da cuenta de ti mismo! ¿Qué clase de rey eres? Verdaderamente, no veo nada “soberano” en ti. He oído que recientemente se te fue celebrada una marcha triunfal hasta el Templo. ¿Cuál era el verdadero significado de dicha procesión? ¡Dinos! ¿Cómo es que has tenido un final así?” Herodes hizo muchísimas más preguntas, pero Jesús permaneció silencioso (*).

Coro: Jesús guardó silencio. Él no abrió su boca.

(*) Entonces le dijeron a Herodes que Jesús le había llamado “zorro” y que estaba intentando provocar la caída de su familia. Al oír esto, Herodes prorrumpió en desprecios e insultos contra Jesús, y dirigiéndose a su cuerpo de guardias y siervos – debía de haber unos cuantos cientos en este momento allí en el palacio–, les dijo: “¡Sáquenlo de aquí! ¡Denle a este ridículo rey los honores que merece! ¡Éste es más loco que delincuente!”

Así que nuestro Señor Jesús fue dirigido a una sala grande donde le ridiculizaron de la forma más cruel. Le vistieron con un saco largo que le llegaba a los pies y le pusieron por encima de los hombros una capa blanca. Buscando rendirle un buen servicio a Herodes, los soldados y los demás asistentes hicieron reverencias a Jesús, empujándole para adelante y para atrás, maldiciéndole, escupiéndole y simulando que le hacían toda clase de honores reales. Ante cada uno de esos hechos, prorrumpían en escandalosas risas, burlas y ofensas, maltratando e insultando a Jesús como a un ridículo rey (*).

Todos cantan:

He visto un bello cuadro,
el cielo en su esplendor:
el Cordero sufriendo,
mostrándonos Su amor.
El cuadro de amor del
que fue a Gólgota
por nos, bajo blasfemia,
tortura y aflicción.

He visto un bello cuadro
que brilla por su luz:
es Cristo despreciado,
el Mártir de la Cruz.
Ni tierra ni el cielo
han visto algo igual,
los suyos redimidos
postrados dan loor.

Melodía : “Un solo fundamento”

¡Jesús, el Rey, es burlado por Herodes! ¿No nos estremecemos al pensar que aquí también –de la misma forma que fue en todos los otros juicios– la disputa más importante es acerca de la majestad de Jesús? Cuando Jesús fue interrogado por el Sanedrín, se le preguntó si Él era el Rey, el Mesías; la primera pregunta de Pilato fue: “¿Eres un rey?” En cada caso, el punto que se cuestionaba era la realeza de Jesús, sin duda, porque Jesús es el Rey de los reyes.

Jesús testificó a sus acusadores que Él era el Rey de la verdad. Él ya se había mostrado como el Rey del poder, un Rey a quien incluso el viento y las olas obedecían, que tenía poder sobre la muerte. Había demostrado su autoridad real, dando ordenanzas como los Mandamientos del Sermón del Monte, que eran mandamientos de amor. Todas las preguntas, los problemas y las necesidades sociales de una nación se resolverían si la gente viviera de acuerdo con estos mandamientos en el poder de la redención de Jesús. El auténtico Rey había venido, verdaderamente, y Jerusalén le había visto entrar por sus puertas el “Domingo de Ramos”.

Pero... ¿Qué hemos hecho nosotros, los hijos de los hombres –los que somos obra de sus manos– con nuestro Rey? ¿Qué hizo su pueblo con Él? Había venido como Rey en primer lugar y principalmente para ellos. Había entrado en su ciudad, Jerusalén, la Ciudad del Gran Rey. Allí debería haber subido al trono. Desde allí, su dominio soberano se habría esparcido al mundo. Desde allí sus mandamientos resumidos en el Sermón del Monte, habrían sido proclamados. Su ley de amor se aplicaría en primer lugar sobre su pueblo escogido y después se habría aplicado por todo el mundo.

¡Qué momento único fue para Jerusalén, la ciudad real, cuando por fin el Rey del cielo entró por sus puertas!

¡De qué forma había suspirado su pueblo por su Rey, por el Gran Gobernador, por el Mesías y por las demostraciones de su poder! ¡Pero cuando por fin vino, no le quisieron! Por el contrario, le expulsaron de la ciudad y le crucificaron. Tanto los jefes de los sacerdotes y los fariseos que eran los representantes de los devotos, como Herodes y Pilato, querían un rey que no se entrometiera con sus derechos ni les hiciera demandas que interfirieran con sus vidas.

Y aún así... ¿No era el pueblo religioso el que parecía tener tan grandes deseos de la venida de su Mesías? Ellos escudriñaban continuamente las Escrituras para asegurarse de cuándo vendría, y oraban ardientemente por su venida. Pero ahora que había venido, las mismas personas le sentenciaban a

muerte. Y... ¿Por qué? Porque tenían envidia. No podían soportar saber que había alguien más grande que ellos, a quien el pueblo reconocía como el Señor.

Con todo, Pilato y Herodes, los principales sacerdotes y los ancianos, no fueron los únicos que rechazaron a Jesús. Tan pronto como el gentío sintió que les costaría mucho confesar su lealtad a este Rey, le rechazaron también. ¡Nadie le quería! ¡No, ni uno solo!

Estos eventos tienen que conmovernos profundamente, ya que esta actitud es típica de toda la humanidad. Ninguno de nosotros quiere aceptar a Jesús como el Rey. Todos queremos crear nuestro propio modelo de rey. Queremos tener un rey a quien podamos manejar a nuestro antojo, de acuerdo con nuestra propia voluntad, a quien podamos tratar como nos plazca. Pero, por otra parte, anhelamos a Jesús como Rey. Deseamos experimentar su amor, su ayuda y sus milagros. Pero esencialmente, no deseamos reconocerlo como Señor y como Rey, cuando Él se empeña en mostrarnos la verdad con respecto a nuestras vidas, como lo hizo con Herodes. Somos demasiado orgullosos. Le rechazamos cuando se acerca como Juez, cuando nos humilla y nos juzga por aquellos pecados que toleramos en nuestras vidas.

Por causa de que todos quieren ser su propio rey, su propio señor, sube en lo alto el grito de que hoy en día el hombre debe ser autónomo, libre para

gobernar y para tomar sus propias decisiones. Pero el hombre, esclavizado por el pecado y por Satanás, falla miserablemente en sus muchos intentos de gobernar por sí mismo.

Solamente hay un Señor y un Rey verdadero, y ése es Jesucristo. Nunca ha habido un rey como Él, ni jamás lo habrá. Dotado de nobleza y esplendor, de gloria y majestad, Él es el Rey de reyes y Señor de señores. Es el Rey de la verdad, de la justicia, del amor, quien puede traer justicia, prosperidad y verdadera felicidad a todas las naciones, porque solamente Él es quien tiene poder para librarnos de las cadenas de nuestros pecados y para remodelarnos y hacernos un hombre nuevo que, consecuentemente, podrá formar un mundo nuevo.

¡Pero aun así, tanto hoy en día como en los tiempos de antaño, nadie quiere a Jesús como Rey! Así hasta hoy día, Jerusalén, la ciudad del Rey, no tiene ni residencia de reyes, ni un trono. Todavía no tiene a su Rey, aunque en la Escritura se la llama “la ciudad del gran Rey” (Salmo 48). Y de la misma forma, la humanidad todavía no tiene su Rey, ya que hasta ahora Él no ha podido establecer su reino de paz y de justicia.

El honor de Jesús está siendo degradado al máximo, hoy en día, como nunca antes; su majestad y dignidad real como el Señor de todos los señores está siendo terriblemente profanada. Igual que Herodes hace mucho tiempo, una vez más el hombre se atreve a blasfemar a Jesús, el Rey, representán-

dole como un payaso, mientras que por otra parte se hacen homenajes a la autonomía del hombre.

El mundo le niega al Rey de reyes
el honor que le pertenece.
¡Lamenten, proclamen y canten en voz alta;
declaren quién es Jesús!

Coro:

Oh, Jesucristo, Rey de gran gloria,
lleno de gracia y esplendor.
¡Jesús amado, te honramos a Ti!

Oh, Jesucristo, lleno de gloria
y de nobleza, Hijo de Dios.
¡Jesús amado, te honramos a Ti!

Oh, Jesucristo, Rey majestuoso,
ante Ti todos se postrarán.
¡Jesús amado, te honramos a Ti!

Hoy en día Jesús está esperando a su pequeño rebaño, la novia del Cordero, para honrarle como a su Rey, representando un reino de amor, donde vivan conforme a sus mandamientos y se sometan incondicionalmente a su gobierno, a su voluntad y a su dirección.

Entonces habrá un anticipo de lo que será el dominio de Jesús, donde Él podrá reinar sobre su pequeño rebaño verdaderamente como Rey. Eso será una señal de que pronto llegará ese día en que la

novia del Cordero estará completa y perfecta, y que sonará por todas partes el grito de júbilo de: “El reino del mundo se ha convertido en el reino de nuestro Señor y de su Cristo”. Entonces, cuando Jesús derrote al Anticristo con el aliento de su boca, tomará posesión de todos los reinos de este mundo y será reconocido como el Rey de toda la humanidad que Él creó.

Todos oran:

Señor Jesús, no podemos quedarnos quietos y observar cómo a Ti, el Rey verdadero, se te desprecia, se te ridiculiza y se te blasfema. ¡Cómo nos entristece que hasta hoy tú no hayas podido revelarte al mundo como el verdadero Rey!

Queremos permanecer a tu lado aunque el hecho de testificar ante los hombres que tú eres el Rey de reyes y el Señor de señores, nos cueste nuestra reputación, nuestra posición, nuestra libertad, sí, incluso nuestra vida.

¡Cómo nos aflige que esa degradación fuera la última impresión que la gente de esta tierra tuvo de Ti, y de que una vez más, hoy, se te representa con la imagen de la deshonra ante todos! No podemos soportar ver cómo el mundo continúa humillándote profundamente e intenta ridiculizarte, y que más de las dos terceras partes de la humanidad se rebelan y pelean con un odio inmenso contra Ti, el Rey de reyes.

¡Oh, Señor Jesús, cómo nos entristece que tu pueblo no te acepte como Rey! Nos humillamos porque el mundo continúa rechazando tu soberano dominio y tus ordenanzas, descritas en tus mandamientos, que deberían ser un compromiso para toda la humanidad.

¡Cómo nos entristece que por causa de nuestra rebeldía todavía no puedas ver el cumplimiento de tu gran deseo, es decir, traernos tu reino, como fruto de tu amargo sufrimiento y muerte, y establecer el tan anhelado reino de paz, amor y justicia!

Señor Jesús, queremos vivir para que por fin el establecimiento de tu dominio en medio de nosotros se realice. Acepta nuestra entrega. Que nuestra vida sea un testimonio de que Tú eres el Rey y de que nosotros somos tus súbditos, que te obedecemos enteramente con un amor voluntario. Que no quede nada de nuestros derechos ni de nuestro deseo de reconocimiento por parte de los demás, ni de nuestro honor. No deseamos seguir los impulsos de nuestra propia voluntad, ni vivir para el cumplimiento de nuestros deseos personales, sino más bien abrazar tu voluntad como algo esencial para nosotros.

Oh, Señor Jesucristo, nosotros hemos sido redimidos por el poder de tu Sangre, del deseo de regir nuestras propias vidas. Queremos someternos a todo lo que Tú ordenes, incluso en aquellos casos en que nuestra voluntad se vea frustrada y

*nuestro orgullo se rebele contra la forma en que
Tú nos diriges.*

*Que nuestro consentimiento ayude a abrir el
camino para que Tú puedas venir como el Rey.
Pedimos que los demás puedan preguntar por
nuestro Rey cuando vean que, una vida vivida
bajo tu dominio y basada en tus mandamientos,
es la solución a todos los problemas, y la fuente
de la verdadera felicidad y bienestar. Amén.*



Jesús ante la corte suprema de Pilato

Todos cantan:

Jesús mío, Tú sufriste
tanto odio y dolor:
golpes, burlas y calumnias
oh Santísimo de Dios,
para romper ataduras
y librarme del pecado.
¡Te agradezco, oh Señor,
mil, mil veces, con fervor!



Cómo dejas que te hieran
con la cruel flagelación
para expiar mi culpa
y darme la salvación;
Tú sufriste tal suplicio
por mi bendición y vida.
¡Te agradezco, oh Señor,
mil, mil veces, con fervor!

¡Qué mal te trató el hombre
con su burla y su desdén,
coronándote de espinas!
¿Por qué sufriste así?:
para que yo esté gozoso
y con corona de honra.
¡Te agradezco, oh Señor,
mil, mil veces, con fervor!

(*) Deseando complacer a Pilato, Herodes le devolvió a Jesús con el comentario de que Jesús estaba loco, pero que no le encontraba ningún delito.

Los jefes de los sacerdotes y los enemigos de Jesús, volvieron por un camino diferente, uno que quizás era el doble de largo, con el deseo de exhibirle, en medio de la humillación en la que se encontraba, en otra parte de la ciudad. También querían maltratarle por más tiempo durante el camino de regreso y con el fin de darles a los agitadores el tiempo suficiente para reclutar a la multitud para realizar sus planes maliciosos. Dándoles una suma mayor de dinero a algunos de sus secuaces, los enviaron a la otra parte de la ciudad donde estaban la mayoría de los fariseos, con el encargo de que se reunieran en los alrededores del palacio de Pilato, con todas sus comunidades. El dinero era para distribuirlo entre la gente, para que estos pidieran la crucifixión de Jesús con mucha prepotencia y que en ningún caso pidieran su liberación.

Otros fueron enviados para amenazar al pueblo que si no exigían la muerte de este blasfemo, estarían atrayendo el juicio de Dios sobre ellos. También hicieron correr el rumor de que si Jesús no moría, se uniría a los romanos, siendo ése el reino del que había hablado.

El camino por el que los enemigos de Jesús le llevaban era considerablemente peor y extremadamente rudo. Siempre estaban al lado del Señor, incitando a los ejecutores que le llevaban. La larga

túnica andrajosa le estorbaba al andar. El Señor cayó al suelo en varias ocasiones. Bajo una lluvia de golpes sobre su cabeza, dándole patadas y tirando de las cuerdas, le hacían ponerse de nuevo de pie. No hay palabras que describan la burla y la brutalidad con que fue tratado. Burlándose, el gentío le rodeaba, pues los fariseos, que iban delante, los habían agitado por todas partes. La procesión ya se acercaba a la residencia de Pilato. Cuando le conducían escaleras arriba, se pisó la túnica suelta que llevaba y se cayó tan violentamente, que de su divina cabeza cayeron gotas de sangre que mancharon los escalones de mármol blanco.

Otra vez nuestro Señor estaba delante de Pilato. Según una vieja costumbre, el pueblo se juntaba allí todos los años en este tiempo, antes de la Pascua, con la petición de liberar a un preso. Pilato confiaba en que el pueblo le exigiría la libertad de Jesús, e intentó ofrecerles la libertad de Jesús, o la de un terrible delincuente que ya había sido condenado a muerte, para que no tuvieran otra alternativa. Este criminal era Barrabás y era detestado por todo el pueblo. Había cometido asesinato en una revuelta, así como las abominaciones más viles, y también había practicado brujería.

Cuando los fariseos y el resto del gentío pidieron la liberación de uno, la madre, María, en unión de otros pocos, esperaban y oraban para que no cometieran un crimen tan grande, como el de preferir al asesino antes que a su hijo. El rumor de que Pilato estaba intentando liberar a Jesús, había llegado

también a sus oídos. No lejos de ella había un gran número de personas de Capernaúm, a muchos de los cuales Jesús había enseñado y sanado, quienes miraban disimuladamente a las mujeres tristes que llevaban un velo puesto, y al discípulo Juan, actuando como si no los conocieran. María pensó que éstos seguramente rechazarían a Barrabás, en favor de Jesús, que fue su benefactor y salvador. ¡Pero no fue así!

Después del primer juicio que Pilato hizo a Jesús, fue aconsejado por su esposa para que no le condenara, porque se le había mostrado en un sueño que eso no debería pasar. Él le había dado su palabra poco antes de que Jesús apareciera ante él por segunda vez, y le había hecho una señal como muestra de que todavía estaba dispuesto a cumplir con su promesa de liberar a Jesús.

Pilato salió otra vez a la terraza y se sentó en su trono. Los jefes de los sacerdotes también se sentaron en sus asientos, y Pilato gritó: “¿A cuál de estos dos hombres debo soltarles?!” Por todo el foro, y saliendo de todas partes, se levantó el grito de: “¡Fuera con Él! ¡Danos a Barrabas!” Pilato gritó otra vez: “¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Mesías, el Rey de los judíos?” Un clamor ensordecedor se levantó con los gritos del gentío, que decían: “¡Crucifícale!”. Pilato les preguntó por tercera vez: “¿Por qué?” ¿Qué mal ha hecho? Ningún delito digno de muerte he hallado en Él; le castigaré, pues, y le soltaré”. Pero los gritos de: “¡Crucifícale! ¡Crucifícale!” resonaron como un trueno en el foro

como si hubiera estallado una tormenta desde el infierno, y los jefes de los sacerdotes, así como los fariseos, estaban casi enardecidos de rabia y griterío.

Entonces, el indeciso Pilato, les liberó al delincuente de Barrabás (*).

¡Oh, laméntense! ¡Un criminal es preferido en vez del puro y santo Hijo de Dios!

¡Oh, laméntense por la maldad de nuestro corazón, que prefiere dejar libre a un hombre malvado y dejar morir al Señor, puro y santo, en una cruz!

¡Oh, laméntense por la maldad de nuestro corazón! Porque exonerando a Barrabás, que es culpable, nos absolvemos también a nosotros mismos. En nuestra búsqueda por ser libres hacemos al Señor, que es inocente, víctima de muerte, por nuestra causa!

¡Oh, laméntense por lo que le hicimos a Jesús aquí, y lo que hoy en día infligimos sobre Él con la maldad de nuestro corazón! Hoy también se representa por todo el mundo al puro e inmaculado Hijo de Dios, como un delincuente y un criminal.

¡Oh, laméntense! Los ladrones, los criminales y los asesinos también hoy en día son libres, mientras que los inocentes son condenados injustamente.

¡Oh, láméntense! Toda la maldad y la vulgaridad de nuestro corazón y de nuestra vida las ponemos sobre Él... y los suyos no dicen nada.

¡Oh, láméntense de que esto haya ocurrido en ese tiempo y que esté sucediendo otra vez en la actualidad! Será un reproche para nosotros que durará toda la eternidad. Somos nosotros, los cristianos, quienes en nuestro deseo por complacer a los demás, o por temor de ofenderlos, permanecemos en silencio cuando tales injusticias se cometen contra nuestro Señor Jesús. Actuando de esta forma, lo que hacemos es entregar a Jesús otra vez en manos de sus enemigos.

Coro:

Por la vasta tierra llamen, giman
por la aflicción abismal de Dios
porque el Mesías es blasfemado.
Lloren, pues el corazón de Dios
quebrado está de agudo dolor
hoy como antes del gran Diluvio.
Lloren, lamenten su tristeza.
¡Lloren, oh lloren y lamenten
por el pecado del mundo!
¿Quién está dispuesto a estar hoy
al lado del Señor,
queriendo sufrir por su Nombre?

Confesemos humildemente todos juntos:

Todos oran:

Nosotros somos, Señor Jesús, quienes dudando como Pilato, te traicionamos porque queremos conservar nuestro prestigio, nuestra popularidad y nuestra reputación. Somos indecisos y nos dejamos influenciar fácilmente por los demás. Aunque sabemos quien eres, no tomamos nuestro lugar a tu lado cuando por ello tenemos que pagar un precio. Al mismo tiempo, igual que lo hizo Pilato, nos enorgullecemos hipócritamente de ser justos, imparciales y neutrales. En medio de tu inmenso sufrimiento nos mostraste las terribles consecuencias de nuestra actitud y de nuestro deseo de no causar desagrado a los demás.

Señor, escucha nuestra plegaria, y con el poder de tu amargo Sufrimiento, libéranos de esta tremenda atadura al pecado, para que no te traicionemos en la hora en que nuestra profesión de fe en Ti nos traerá un alto precio a pagar. Te suplicamos que nos prepares ahora y nos ayudes a luchar contra el temor a los hombres, contra el deseo de ganar su favor, y contra la dependencia que tenemos de sus opiniones hacia nosotros, contra toda debilidad de carácter, contra la flexibilidad y la cobardía. Ayúdanos a combatir esta batalla incluso hasta el punto de derramar sangre, para que así no nos convirtamos en tus enemigos ni en tus verdugos en épocas de persecución, en la hora de nuestra prueba.

Fortalécenos para poder ir por el camino del sufrimiento contigo, como tus verdaderos discípulos, y concédenos que un día podamos heredar la corona de vida. Amén

Todos cantan:

Ayúdame a vencer
la lucha y el sufrimiento
sin que desmaye yo
bajo la cruz pesada.
Paciencia, fuerzas da
por tu cruz, oh Señor,
al encontrarnos con
muerte y deshonor.

Melodía: “De boca y corazón”



Texto: Juan 19:1

La flagelación de Jesús

Todos cantan:

A la tierra se inclina el cielo,
ángeles cubren su faz,
pues su Rey y Soberano,
Luz del cielo e Hijo de Dios,
ha de ser ya azotado
en la cruel flagelación;
¡oh qué tormentos por nosotros,
ganando nuestra redención!



Melodía:

“¡Oh, amor que excede a todos!”

(*). Pilato, aquel juez cobarde e indeciso, pronunció públicamente aquellas palabras absurdas y contradictorias: “Ningún delito digno de muerte he hallado en Él; le castigaré, pues, y le soltaré”. Dio la orden de que Jesús fuera flagelado al estilo romano, aunque sabía que aquel tipo de flagelación muy a menudo resultaba mortal.

Por consiguiente, los siervos de la corte llevaron a Jesús, nuestro Salvador, quien ya había sido maltratado y sobre cuyo rostro habían escupido, en medio de empujones y golpes, por entre la rabiosa y clamorosa multitud, hacia el poste de flagelación.

Vinieron cuatro verdugos con sus látigos, palos y cuerdas, herramientas que tiraron a la base del poste. Se acercaron a Jesús –criminales groseros que traba-

jaban como esclavos y convictos en la construcción de edificios y canales-. Se seleccionaron los hombres más malvados y viles, para que ocuparan el puesto de verdugos en el pretorio. Aquellos hombres, que estaban medio embriagados, tenían algo de diabólico en ellos. Golpearon a nuestro Señor con los puños cerrados y con cuerdas, y con furor le arrastraron al poste, aunque Él estaba completamente dispuesto a ir. No hay palabras que describan el trato salvaje que Jesús sufrió en manos de aquellos verdugos violentos durante la corta distancia que les separaba del poste.

Al arrancarle la túnica que le habían puesto en el juicio ante Herodes, casi arrojaron al suelo al Hijo de Dios. Con la manos hinchadas y sangrando por causa de las cuerdas, Jesús se quitó rápidamente las ropas, mientras los verdugos le empujaban violentamente. Durante todo este tiempo, el Señor oraba y le suplicaba al Padre. Ahora se abrazó al poste, que era tan alto, que un hombre esbelto hubiera tenido que estirarse para alcanzar el anillo de hierro que había en lo alto del poste. Los verdugos maldiciendo abominablemente, estiraron los brazos de Jesús, ataron las manos a la anilla de hierro de arriba y levantaron su cuerpo tan alto, que sus pies, que estaban atados a la base del poste, escasamente tocaban al suelo. Expuesto a la vergüenza más grande, el unigénito Hijo de Dios, permaneció atado al poste... un lugar digno sólo de un criminal.

Dos de los verdugos, sedientos de sangre, comenzaron a azotar su espalda santa, cubriéndola comple-

tamente de heridas. Nuestro Señor y Salvador, Dios y hombre, se retorció como un gusano bajo los golpes de los criminales (*).

Todos cantan:

Te traje aflicciones,
Jesús, salvación mía,
miseria yo te di.
Nosotros y los nuestros
pecamos desde siempre
pero jamás lo hiciste Tú.

Melodía:
“Mirad al Rey del mundo”

Sí, nosotros mismos somos quienes hemos golpeado a Jesús con nuestras palabras y acciones, cuando estábamos enojados o disgustados. Fundamentalmente, es Jesús quien sufre las consecuencias de nuestros golpes, ya sean físicos o verbales. La flagelación nos muestra de una manera espantosa que nosotros, los hombres, tenemos profundamente arraigado desde el pecado original, el impulso maligno y satánico de golpear y atormentar a los demás. Seis millones de judíos fueron asesinados por nosotros los alemanes, y más de noventa millones de personas fueron condenadas a muerte en los países ateos. Todos y cada uno de los incontables golpes realizados por el hombre, han caído sobre Jesús, incluyendo los nuestros. Jesús sufrió la flagelación una vez hace mucho tiempo, y también la sufre hoy en día, cuando millones de personas dan rienda suelta a su rabia, produciendo violencia y destrucción. E incluso, aunque no hayamos tomado parte en tales actos... ¿No tendríamos que pregun-

tarnos, como cristianos que somos, si hemos atacado a los demás en pensamiento, palabra u obra, criticándolos o condenándolos con lo que hemos dicho o por la forma en que hemos actuado? ¿Los hemos incluso golpeado cuando la ira se nos ha desbordado?

Jesús sufrió todos estos golpes y aún hoy los continúa sufriendo con las muchas personas inocentes que tienen que soportar tales tratos. Jesús soporta estos golpes como nadie jamás podría hacerlo, con una infinita humildad y un inmenso amor como el Cordero de Dios, que siempre se encontró paciente.

A causa de los Sufrimientos de Jesús en el poste de la flagelación, renunciemos a toda nuestra violencia e ira, que nos puede llevar a golpear, atormentar e incluso a matar. Renunciemos a nuestra determinación de vivir a nuestra manera, nuestra irritabilidad, nuestra crítica, nuestra ira y nuestro odio. Estos pecados son la causa de mucha culpabilidad y de muchos crímenes en la actualidad, en el comienzo de la era anticristiana, cuando no pasa ni un solo día sin que haya habido agresiones, e incluso se cometan terribles y sádicos crímenes.

(Breve pausa para tener una oración en silencio)

Todos oran:

Te pido que en tu nombre, Jesús, se aparten de mí estos poderes demoníacos, que me provocan a perder el control sobre mi temperamento, actuar con ira, maldad y rebelión. Te alabo por haberme redimido de un comportamiento y unas acciones tan pecaminosas, y renuncio a esta actitud que proviene del mismo demonio.

Señor, te pido que hagas un milagro en mi vida, por medio del poder creador del Espíritu Santo, para que cada vez que yo esté a punto de perder el control sobre mi temperamento, y de atacar a alguien con ira y enojo, pueda contenerme al recordarte atado al poste de la flagelación. Conmuéveme por medio de tu imagen, oh Cordero, que soportaste todos esos ataques inhumanos silenciosa y humildemente, sólo por nosotros.

Si un día me llega la hora en que tenga que ser golpeado, ayúdame, Señor mío, a permanecer a tu lado. Prepárame especialmente para el tiempo de persecución en que seremos golpeados y atormentados con toda crueldad. Prepárame por medio de tu santa Sangre que fue derramada para mi salvación en el poste de la flagelación. Hazme manso y humilde, para que pueda soportar el tormento silenciosamente, sin rebelarme, y para que pueda reflejar tu imagen, oh Cordero de Dios.

Incluso ahora, me someto nuevamente en espíritu, a todo este sufrimiento, con las palabras de amor: “¡Por Ti, Señor Jesús, sólo por Ti!”.

Mi Señor Jesús, confío en que cuando llegue el momento, me concederás tu espíritu de mansedumbre, que demostrarás tu poder en mi debilidad y que me ayudarás, sin permitir que sea tentado más allá de mis fuerzas.

Te seguiré en la aflicción, e incluso hasta la muerte. Ayúdame a mantener esta promesa. Jesús, quiero seguirte como tu pequeño cordero y sufrir por Ti en los momentos de persecución, con amor y gratitud por tu agonizante flagelación, por tu amargo sufrimiento y muerte. Amén.

Todos cantan:

*Te amo, Varón de Dolor,
con tus muchas heridas
que llevas en tu cuerpo ya,
tu amor por mí proclaman.*

*Te amo, Varón de Dolor,
Tú muestras amor puro
que Dios impone en tu faz,
dolor con hermosura.*

*Sólo por Ti quiero vivir,
mi Salvador amado,
unido a Ti en mi corazón,
en humildad sufriendo.*

Melodía: “El Rey de amor es mi pastor”

(*) Jesús suspiró y gimió en una agonía desgarradora, con un llanto de lamentación que era como

una amorosa oración que se elevaba por encima de los latigazos que le daban los verdugos.

De vez en cuando, estos dolorosos tonos de lamento y de bendiciones eran ahogados por los gritos del gentío y de los fariseos, los cuales eran como el estruendo de una negra y terrible tormenta.

La multitud comenzó a gritar nuevamente: “¡Crucifícale!”, porque Pilato continuaba negociando con ellos. Cuando quería interrumpir el tumulto de la multitud con unas palabras, sonaba una trompeta demandando silencio. Después se podían oír, otra vez, el ruido de los latigazos, el doloroso llanto de Jesús y las maldiciones de los verdugos, y también, el balido de los corderos de pascua que estaban siendo lavados al este del pretorio, en el estanque de las ovejas, cerca de la Puerta de las Ovejas. Era conmovedor oír el balido de los corderos indefensos, porque las suyas eran las únicas voces que se mezclaban con los suspiros de nuestro Salvador.

De acuerdo con su ley, el pueblo judío se mantenía a cierta distancia del poste de la flagelación, aproximadamente lo ancho de una calle. ¡A sólo esa distancia! ¡Estaban allí como espectadores, y se burlaban!

El cuerpo de Jesús estaba marrón, azul y rojo, cubierto de moretones. La sangre le goteaba de todas las heridas, mientras Él temblaba y, burlas e improperios, sonaban por todas partes.

Después de un cuarto de hora, el primer par de verdugos fue relevado por una segunda pareja que

arremetió contra Jesús salvajemente. Usaron un nuevo tipo de látigo que tenía pinchos de hierro y espinas. En su manera brusca de azotar, todos los moretones del cuerpo santo de Jesús, se abrieron en terribles llagas (*).

Coro:

Herida está tu espalda,
mi Cordero de Dios;
torturas que estás pasando,
¿quién las podrá medir?
Tus llagas por mí sangran
y por el castigo cruel.
Mi Cristo, nuestros golpes
te dan hasta hoy gran dolor.

¿Quién puede comprender el inmenso dolor de corazón que Jesús tiene que soportar en la actualidad? Después de haberse sometido a los crueles latigazos de la flagelación por causa de nuestros deseos pecaminosos, ahora tiene que experimentar que incluso los cristianos, aún conociendo su Pasión, desobedezcan sus mandamientos y consientan en los pecados de la carne, incluyendo la fornicación. Practicando estas cosas, se hacen culpables de la flagelación y golpean a Jesús de nuevo.

¡Cómo tienen que llenar el cielo los coros angélicos con sus melodías de lamentación! ¿No han visto los ángeles, llenos de angustia, a su Señor flagelado cruelmente por causa de los hijos de los hombres y sus pecados? Pero en la actualidad los ángeles están literalmente presenciando la forma en

que Jesús tiene que sufrir de nuevo por causa de la concupiscencia y la sensualidad humana, un pecado que incluso los cristianos toleran.

Hoy en día, los oponentes de Jesús, llenos de odio, atribuyen sus pecados a Él, el puro e inmaculado Hijo de Dios, difamándole como si fuera uno de su misma calaña, como a un sensual sin ninguna clase de inhibiciones, que le da rienda suelta a sus impulsos.

Así, se le representa de una forma degradante y diabólica ante la humanidad, tanto en publicaciones, como en producciones cinematográficas y teatrales y las nuevas redes sociales. Ésta es la blasfemia más escandalosa. ¡Cuán grave es, por tanto, el pecado de complacerse a uno mismo y el sensualismo! Porque somos culpables de todos esos pecados que se atribuyen hoy en día a Jesús. Es por nuestros pecados por los que, una vez más, Él tiene que sufrir una agonía semejante.

Todos oran:

Perdóname Señor, perdona mis pecados, te pido, porque a causa de ellos sufres tanta agonía hoy. Me postro ante Ti, llorando por mi culpa. Soy yo, Señor, soy yo quien es culpable de que seas visto por los hombres en tan profunda vergüenza. Jesús mío, oye mi oración y perdona mis pecados. Amén.

Locutor:

El corazón de Dios está sangrando,
lleno de profunda agonía,
herido por sus hijos...
¡Oh! ¿quién puede sondear su dolor?
El hombre desprecia su honor,
a pesar de su Majestad,
y pisotea su Gloria en el polvo.
¡Oh, increíble agonía!

Lloran las huestes angelicales
porque aquellos a quien Dios creó
se atreven a atacar a su Señor,
que es su Dios y Creador.
Jesús es humillado hasta el polvo
en un sufrimiento inmensurable,
porque nadie más cree que Él
es Señor, Salvador y Rey.

Despojado de todo su honor,
desfigurado y deshonrado,
Él es representado por el hombre
como esclavizado al pecado,
nuestro Señor, que es puro Amor.
¿Quién puede entender
tanto odio e iniquidad?

(*) Finalmente los verdugos cesaron con su golpiza y Jesús, a punto de desmayarse, se hundió al pie del poste de la flagelación en medio de un charco de sangre, con su cuerpo cruelmente desfigurado. Los verdugos bebieron algo, llamaron a los solda-

dos, que estaban ocupados en la casa de guardia, diciéndoles que hicieran una corona de espinas.

Durante todo el tiempo de la flagelación, cuando los golpes llovían sobre Él, causándole una horrible agonía, Jesús se rendía continuamente al Padre por los pecados de la humanidad. Pero ahora, que yace sobre su sangre al pie del poste, un ángel le infunde nuevas fuerzas.

Entonces volvieron los verdugos, le empujaron con los pies y le ordenaron que se pusiera de pie, diciendo que todavía no habían terminado con “el rey”. Estos hombres bestiales se rieron despectivamente y le dieron patadas de un lado a otro, de tal forma que se retorció dolorosamente en el suelo, como un gusano que ha sido pisado (*).

Aquí Jesús tenía que sufrir el cumplimiento de las palabras proféticas del salmo del sufrimiento: “Mas yo soy como gusano, y no hombre; oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo” (Salmos 22:6).

El mismo Dios, la segunda Persona de la Trinidad, se retuerce en medio de su propia sangre como un gusano, desnudo por causa de nuestra vergüenza. Las heridas de Jesús están sangrando por causa de nuestros pecados carnales, nuestra sensualidad y los otros deseos de nuestra naturaleza más baja, que se manifiestan de muy diferentes formas.

¡Qué caro tuvo que pagar Jesús por nuestros pecados! ¡No olvidemos nunca la imagen de Jesús

retorciéndose como un gusano al pie del poste de la flagelación, sirviendo de espectáculo para la gente! El Hijo de Dios, tomó forma humana y ofreció Su Cuerpo a un trato tan inhumano, que le desfiguró de tal forma que era difícil reconocerle. Los pecados de sensualidad son tan terribles que el precio que tenía que pagarse por ellos no podía ser menos de aquella tortura que sufrió sobre Su Santo Cuerpo.

Todos oran:

Nos humillamos delante de Ti, oh Cordero de Dios, tan desfigurado y atormentado. Oh, que podamos permanecer delante de Ti humillados hasta el polvo del suelo, Salvador nuestro, flagelado por causa nuestra, porque Tú soportaste la horrible lepra de nuestro pecado, Tú expiaste nuestra iniquidad y sufriste nuestro castigo. Nosotros somos la causa de tu inmenso tormento en el poste de la flagelación. Perdona toda nuestra impureza y nuestra falta de castidad. Perdónanos por cada una de las ocasiones en que nos hemos rendido a los deseos de la carne, es decir, a nuestro desordenado deseo de comer o de dormir, y a las fantasías impuras. Tú tuviste que pagar el castigo por todo esto.

Cúbrenos con tu pura y santa Sangre por cada uno de estos pecados que hayamos cometido. Queremos confesarlos y romper para siempre con ellos, para que no estemos bajo condenación en el día del juicio que espera a los adúlteros y a las ramera.

Por causa de nuestros pecados carnales Tú sufriste un dolor quebrantador, una deshonra y un tormento inhumanos como el Cordero de Dios en el poste de la flagelación. Oh, Jesús, te adoramos y te damos las gracias por esto.

Durante tu terrible tormento e inmensa humillación, Tú continuaste amándonos, a nosotros tus hijos, que estamos cubiertos de inmundicia. Oh, Jesús, te lo agradeceremos eternamente.

Tus heridas son nuestra salvación; ahora nuestros cuerpos pecaminosos, manchados por los pecados de la carne, pueden sanarse otra vez. Y en vez de levantarnos en vergüenza en la eternidad, y cargar con la enfermedad y el dolor por siempre, podremos recibir un cuerpo de belleza divina. Jesús, te adoramos por eso.

Oh Jesús, Cordero de Dios, nuestro Salvador, flagelado por nuestra causa, siempre estaremos dándote las gracias y te bendeciremos incesantemente allá –cuando llegemos a ser vencedores, por el poder de tu Sangre, en la lucha contra los pecados de la carne– y podremos llevar en la resurrección por toda la eternidad, un cuerpo inmaculado, puro, glorioso y radiante. Amén.

Coro:

Oh vengan, entonen el lamento
por la flagelación de nuestro Señor,
para que todo el mundo pregunte:
¿Quién recibe tanta adoración y honor?
Oh, que los cielos y la tierra lo amen
y le adoren en Su amarga Pasión,
para que, por este amor tocado,
el mundo luego vuelva al Señor.



Texto: Juan 19:2-6a

La coronación de espinas de Jesús



Todos cantan:

Bajo espinas, miras con amor;
imprime en mí esta imagen, Señor.

Sufriste oprobio, gracias mi Señor,
ganándome corona de honor.

Por la corona que te humilló,
tuyo por siempre sea el honor.

(*) Mientras Jesús estaba siendo flagelado, Pilato habló varias veces con el pueblo, y durante una de ellas, uno de los enemigos de Jesús gritó: “¡Tiene que morir aunque eso signifique la muerte de todos nosotros!”. Y cuando sacaron a Jesús para ser coronado de espinas, todos continuaron gritando: “¡Fuera con Él, crucifícale!” Los mensajeros que habían enviado los jefes de los sacerdotes, reunieron muchas más personas y las incitaron a que se unieran al clamor.

Dirigieron a Jesús a un patio interior del cuerpo de guardias para hacer burla de Él y colocarle la corona de espinas. Aproximadamente unos cincuenta verdugos y esclavos, miserables sin escrúpulos, tomaron parte activa en el terrible trato que le dieron a Jesús en aquel patio. Al principio la multitud se

abalanzó hacia delante, pero cientos de soldados romanos rodearon el edificio. Permanecieron en formación, riéndose y burlándose, incitando de esa forma a los verdugos de Jesús para hacerle incluso más brutalidades pues, de la misma forma que lo harían unos actores, buscaban el aplauso de los que se reían y se burlaban (*).

Es casi incomprensible que Jesús pudiera soportar más sufrimiento aún, y poder sobrevivir. Tuvo que haber recibido fuerzas de una forma sobrenatural. Puede que los ángeles vinieran a fortalecerle, para así poder soportar más sufrimiento todavía. Ahora fue conducido para que le pusieran la corona de espinas; medio muerto, pero incapaz de morir, ya que todavía tenía que completar toda la medida del sufrimiento, para así expiar el pecado de toda la humanidad.

(*) Sus verdugos hicieron rodar el pedestal de una antigua columna y lo colocaron en el centro del patio; encima pusieron un banquito, que, por maldad, cubrieron con piedras afiladas y fragmentos rotos de cerámica. Otra vez arrancaron las vestiduras del herido cuerpo de Jesús y le pusieron una capa roja harapienta de un soldado, que ni siquiera le llegaba a las rodillas.

Después le arrastraron y lo hicieron sentarse sobre el banquito que tenía las piedras. Luego, le pusieron la corona de espinas, colocándola como un vendaje alrededor de la frente y atándola en la parte de atrás. La mayoría de las espinas de las ramas

fuertes, entrelazadas a mano, fueron intencionalmente giradas hacia adentro. A continuación, le pusieron en la mano una gruesa caña que terminaba en un fuerte nudo.

Todo esto lo hicieron con una ceremonia de burla como si estuvieran coronándole al rey. Le quitaron la caña y la usaron para golpear la corona cruelmente hacia abajo. Los ojos de Jesús se llenaron de sangre. Los verdugos se arrodillaban ante Él, le sacaban la lengua, le golpeaban y le escupían en el rostro a la vez que gritaban: “¡Salve, Rey de los judíos!”.

Jesús tenía una sed terrible. Los latigazos de la flagelación inhumana le habían provocado fiebre, y temblaba. Su piel estaba rota en varios lugares de tal forma que por el costado se podían ver las costillas. La lengua se le pegó al paladar y solamente la santa sangre que le caía de la cabeza tenía misericordia de sus labios resecos. Aproximadamente durante media hora estuvo Jesús sometido a este trato cruel, y el grupo que todavía estaba en formación alrededor del pretorio se reían y gritaban como dando su aprobación (*).

Jesús es el puro e inocente Cordero de Dios que sólo hizo el bien a todos. Es incomprensible que el hombre se atreviera a atormentarle con su diabólica risa, burla y desprecio, pero lo que era mucho más incomprensible fue la respuesta de Jesús. Él miraba a sus verdugos con una expresión de perdón, dulce y amorosa, en su rostro penosamente magullado bajo la corona de espinas.

Su rostro está brillando,
manso en profundo sufrimiento
bajo la corona de espinas.
Es más fuerte que la burla,
tiene poder para expiar,
para borrar cada pecado y maldición.

Todos oran:

Señor Jesús, graba en nuestro corazón tu rostro herido y lleno de sangre bajo la corona de espinas. Aunque estabas en una profunda agonía, mirabas con ternura a tus verdugos. Enséñanos a mantener esa imagen de Ti ante nuestros ojos, cuando los demás nos hieran, nos calumnien o nos hagan algún tipo de mal. Nos avergonzamos de que, como pecadores, merecedores de un trato semejante, nos hayamos atrevido a ofendernos o a sentir amargura. Señor Jesús, no queremos aumentar tu tormento con nuestras reacciones pecaminosas, cuando los demás nos hieran, ya que nuestro sufrimiento es demasiado pequeño y además es lo que nos merecemos.

Anhelamos que nos transformes de tal manera que cuando seamos insultados y perseguidos, podamos reaccionar como Tú, soportando a nuestros enemigos en amor, y respondiendo a los insultos con misericordia, como Tú lo hiciste con nosotros. De esta forma, queremos darte gracias por tu inmenso sufrimiento cuando fuiste coronado de espinas. Por favor, concédenos ese amor, por amor de tu sangre derramada. Amén.

(*) Jesús fue conducido por los soldados de nuevo al palacio de Pilato con la corona de espinas sobre su cabeza, la caña a modo de cetro en sus manos atadas y la capa púrpura colgando sobre sus hombros. Nuestro Señor estaba irreconocible por la sangre que le llenaba los ojos y se escurrió hacia abajo a la boca y a la barba. Su cuerpo estaba cubierto de moretones y heridas. Andaba encorvado con paso titubeante. La capa era tan corta que tenía que agacharse para cubrir su desnudez, porque habían arrancado otra vez toda su ropa cuando le coronaron de espinas. Al mismo tiempo que le conducían ante Pilato, un sentimiento de pena mezclado con disgusto surgió incluso en el corazón de este cruel hombre.

Después, Jesús fue dolorosamente arrastrado escaleras arriba, y se le puso en el fondo, mientras Pilato se adelantó en la terraza. Sonó una trompeta para reclamar la atención del gentío, porque Pilato quería hablar otra vez. Se dirigió especialmente a los jefes de los sacerdotes y a todos los que estaban presentes, diciendo: “Miren, se los traigo afuera, para que entiendan que no hallo ningún delito en Él”.

Los soldados hicieron que Jesús se adelantara hacia el lugar de la terraza que ocupaba Pilato, para que todas las personas que había en el foro pudieran verle. Delante del palacio de Pilato estaba Jesús vestido con la capa púrpura, con el cuerpo lacerado, el rostro cubierto de sangre, con la cabeza inclinada por las espinas, y con la caña a modo de cetro en las manos atadas. Estaba allí con una nobleza y un dolor

profundo, lleno de pena y de amor. Era una visión terrible y conmovedora que evocaba temor y un pasmoso silencio, mientras el Hijo de Dios, maltratado y cubierto de sangre, llevando puesta la horrible corona de espinas, fijó los ojos en la agitada muchedumbre. Pilato se puso a su lado y señalándole, gritó a los judíos: “¡Aquí está el hombre!” (*).

Coro:

En silencio se postran los cielos,
rindiendo homenaje al Cordero de Dios,
que está coronado de espinas.

Al ver a Dios tan humillado así,
no puede entenderlo el querubín
que vive sólo para adorarlo a Él.

¡Oh, qué martirio inconcebible!
Los ángeles lloran y se lamentan
por su Creador y su Señor
que ya no parece un ser humano.
¿Quién puede entender que es Dios
el coronado bajo espinas y deshonor?

Todos cantan:

Cabeza ensangrentada,
cubierto de sudor,
de espinas coronada
y llena de dolor;
¡oh celestial cabeza,
tan maltratada aquí;
de sin igual belleza,
yo te saludo a Ti!

Cubrió tu noble frente
la palidez mortal,
cual velo transparente
de tu sufrir señal.

Cerrose aquella boca,
la lengua enmudeció;
la fría muerte toca
al que la vida dio.

„O Haupt voll Blut“, Paul Gerhardt (1656)
Trad.: Friedrich Fliedner

Lamentamos que tu rostro, el más hermoso de todos los rostros, estuviera desfigurado, desgarrado y cubierto de sangre, bajo la corona de espinas. Estaba completamente irreconocible por causa de nuestros pecados – nuestra vanidad y nuestra ansia de atención, honor y prestigio.

Lamentamos que tu rostro de sublime santidad y belleza, en el cual se reflejan los cielos, al cual adoraban las huestes de querubines y en cuyo resplandor la humanidad encontró sanidad, esté ahora desfigurado y haya perdido su esplendor.

Oh, Señor Jesús, podemos ver nuestro pecado en tu desfigurado rostro humano, tan lleno de aflicción.

Hoy en día, podemos ver millones de jóvenes, con los rostros desfigurados y retorcidos por el pecado y la adicción, aunque tú los hayas redimido para llevar tu imagen. ¡Qué inmensa aflicción tiene que traer a tu corazón esta triste visión! Tú llevaste aquel

rostro tan desfigurado, retorcido y quizás el más feo de los rostros humanos para que ya no hubiera necesidad de llevar esa imagen si contemplamos tu rostro de eterna majestad debajo de la corona de espinas y permitimos que tus rasgos se graben en nosotros, dándote gracias por tu redención y dándote nuestro amor.

Queremos consagrarnos a Ti, Jesús, y decir:

Todos oran:

Nuestro Señor Jesús, hace mucho tiempo atrás y otra vez en la actualidad, la deshonra y la vergüenza te vienen encima. Permítenos permanecer a tu lado. Ahora en nuestra vida personal, y más tarde durante la persecución, cuando seamos despreciados, calumniados, echados a un lado, y perseguidos por causa de tu nombre, queremos permanecer a tu lado, Señor nuestro, coronado de espinas.

Prepáranos para soportar todo esto mansamente y por amor a ti, siguiendo tu ejemplo y el ejemplo de tus Apóstoles y Testigos. Haznos estar dispuestos a ser un espectáculo ante el mundo visible y el invisible, ser tenidos como el más despreciado y el último de los hombres, y a que los demás tengan la opinión más terrible de nosotros. Concédenos que podamos ser como tú en todas estas cosas.

Sí, te pedimos que podamos recordar cómo tú contemplaste con misericordia a aquellos que te blasfemaban, para que podamos reflejar tu

imagen de amor y podamos testificar de tu amor redentor. Concede que por medio de esto, muchos puedan llegar a creer en Ti.

Te damos las gracias porque cuando estamos sufriendo deshonra, especialmente durante épocas de persecución, podemos esperar anhelantes el día en que tú volverás y podamos contemplar tu rostro, que brilla como el sol de inefable majestad y de divina nobleza. Qué triunfo más grande será el día en que todas las personas doblen la rodilla ante ti y te honren como el Rey de reyes, después de haberte despreciado y de haberse burlado de ti – hace mucho tiempo, cuando tu rostro estaba tan desfigurado bajo la corona de espinas, así como en el día de hoy. Esta perspectiva es nuestra consolación, en vista de tu inmenso sufrimiento. Amén.

(Tengamos unos momentos de quietud para hacer el compromiso de soportar la deshonra y humillación por amor a Jesús, orando en fe para que Él haga posar sobre nosotros Su esplendor).

Coro:

A tu Rostro que es tan bello
contemplar aquí anhelo,
cuando tengo que sufrir
El terror luego es quitado
cuando veo extasiado
a tus rasgos, oh Jesús

De espinas coronado,
bajo oprobio y maltrato:
Tu imagen fuerzas trae.

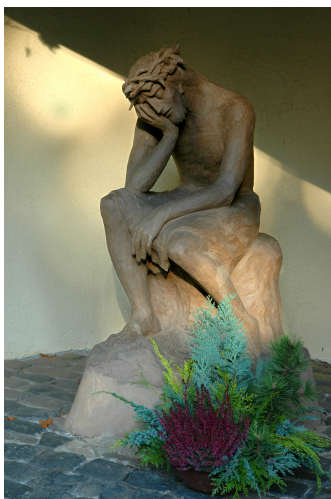
Al mirarte sólo basta,
mi horror ya se aparta;
Y consuelo Tú me das.

En tus llagas me refugio,
cuando ya no más consigo
soportar todo el dolor.
Eres digno que yo sufra;
Oh, concédeme esta gracia
de sufrir por amor a Ti.

Todos dicen:

Cuando yo sea insultado y despreciado,
cargado de deshonra y de burla,
que Tú estés siempre delante de mí.
Quiero seguirte como tu cordero,
pues Tú me das las fuerzas que necesito.

A tu lado sufriré
pacientemente,
sin pelearme con
quien me atormenta.
Para eso, Señor, fue tu
Sangre derramada,
para sanar mi corazón del
pecado y darme el amor
paciente del Cordero.



Jesús es condenado

(*) “¡Aquí está el hombre!”. Con estas palabras, el Varón de Dolores fue presentado ante la multitud. Pero los jefes de los sacerdotes y los funcionarios aún aumentaron en su rabia cuando vieron a Jesús coronado de espinas. La terrible visión les golpeaba en su conciencia, porque en ella podían ver el reflejo de su culpabilidad. Por eso gritaron otra vez: “¡Fuera, fuera, crucifícale!”. Pero Pilato les dijo: “¿No están satisfechos todavía? Ha sido tratado con tanta dureza que ya no querrá ser rey nunca más”. Se pusieron más violentos de rabia, mientras la multitud gritaba furiosa: “¡Fuera con Él! ¡A la cruz con Él!”.

No obstante, Pilato esperaba todavía poder liberar a Jesús de una forma u otra. Estaba inseguro, en parte a causa de sus propios y confusos pensamientos, en parte por el sueño de su esposa, pero también del mismo Jesús y de sus palabras acerca de la verdad. Por eso, salió a la terraza y declaró una vez más que intentaba liberar a Jesús. Cuando todos oyeron esto, le gritaron: “Si liberas a ese hombre es que no eres amigo del César; todo el que se proclama rey, es enemigo del César”. Otros le amenazaron con quejarse al César, diciendo que Jesús había alborotado su fiesta. Así que pidieron que Pilato continuara con el juicio, porque el tiempo corría y a las diez tenían que estar en el Templo. “¡A la cruz con Él! ¡Fuera con Él!”. Los gritos salían de todos los rincones y la gente chillaba incluso desde las terrazas.

Pilato vio que no podría lograr nada en medio de este tumulto. Había algo espantoso en aquellos gritos y en aquel furor, y la palpitante masa de gente que estaba delante del palacio mostraba señales de crear un amotinamiento aún mayor. Así que pidió un poco de agua y un sirviente la derramó sobre las manos de Pilato delante de todos. Después les dijo, desde la terraza: “Inocente soy de la sangre de este justo, ustedes se hacen responsables”. Después de esto, se levantó un canto horroroso proveniente de la multitud, la cual se había reunido de todas partes del país. “Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos” – gritaron a una voz –. Ante la amenaza de que le iban a denunciar ante el César, Pilato se rindió a sus deseos, rompiendo así la promesa que le había hecho a su esposa y actuando contra la ley, contra la justicia y contra sus propias convicciones. Por temor al César, Pilato concedió la demanda que le hacían (*).

¡Es incomprensible! Sólo por temor al hombre, sólo por temor a lo que pudieran pensar, decir o hacer, la gente entregaba a Jesús, el Hijo de Dios, nuestro Salvador, el único Redentor del mundo, hace mucho tiempo y hoy en día también. Nosotros como alemanes, abandonamos a los judíos a su suerte en época de Hitler, también sólo por temor al hombre. Y haciéndolo, también abandonamos a Dios, ya que el pueblo judío es para Él como la niña de sus ojos y cualquier cosa que les hagamos a ellos, se lo hacemos también a Dios. Por temor a ser despreciados y a perder su reputación y quizás su posición, por temor a ser más tarde perseguidos, miles de personas

de nuestras iglesias permanecen en silencio, cuando deberían levantar su voz y hacerse oír. Toleran que Jesús sea blasfemado, que la cruz sea ridiculizada; toleran el hecho de que algunos teólogos le declaren muerto, que algunas revistas le echen la culpa de la miseria que hay en el mundo y que Jesús sea humillado de la forma más degradante, y representado como un payaso en los escenarios y en el cine.

Hace tiempo, cuando Pilato pronunció la sentencia de muerte sobre Jesús por temor al hombre, no tenía nada más que un poco de agua para acallar su conciencia, pero eso no pudo limpiarle de su terrible culpabilidad. Nosotros tampoco tenemos excusa – ni delante de los hombres, ni mucho menos delante de Dios – cuando entregamos a Jesús para librarnos nosotros.

Como Pilato, como el pueblo elegido, ninguno de nosotros quiere ser el culpable, por eso siempre pensamos que son los demás los culpables, o las circunstancias difíciles o desfavorables las que tienen la culpa. Y así nos justificamos día a día, cada vez que se nos reprocha o se nos echa la culpa de algo. Pero de lo que no nos damos cuenta es de que cuando lo hacemos, somos condenados por Dios y tomamos nuestro lugar al lado de Pilato, porque la Sangre de Jesús sólo clama misericordia para aquellos que confiesan su culpabilidad delante de Dios y del hombre, admitiendo: “¡Soy yo quien tiene la culpa! ¡He pecado ante el cielo y ante ti!” Que esto nos haga detestar todo deseo de hacer justicia propia, de justificarnos a nosotros mismos y de excusarse a

sí mismo, todo lo cual nos acarreará el juicio de Dios. Temblemos cuando pensemos en la suerte que corrió Su pueblo. Bajo la influencia de sus líderes, ellos gritaban: “¡Fuera con Él!” y después, durante dos mil años experimentaron la forma en que Dios se apartó de ellos, porque no habían aceptado la Sangre de Jesús, que fue derramada por sus pecados, aunque Dios, en su fidelidad, no abandonó a su pueblo escogido.

Al contemplar los Padecimientos de Jesús, tengamos en cuenta que nos sobrevendrá un serio juicio si, nosotros que sabemos de los Sufrimientos de Jesús y de su Redención, somos temerosos del hombre hasta el punto de no ser capaces de confesar nuestra fidelidad a Él, el Hijo de Dios, Salvador nuestro; simplemente por tener miedo de que al dar dicho testimonio podría costarnos mucho, especialmente en la época de persecución que se avecina.

Por eso, Señor Jesús, te pedimos, danos la gracia de que esto nunca suceda. Ayúdanos a vencer ahora todo el temor al sufrimiento y al hombre con el poder de tu Sangre. Amén.

(*) Reacio a admitir su cobardía, Pilato se justificó por haber pronunciado el veredicto, atribuyendo su decisión a los horribles gritos de la multitud, echándoles así la culpa a los judíos. Consecuentemente, ordenó que se preparara todo para pronunciar el veredicto, de una forma oficial. Le trajeron el atuendo ceremonial y se lo pusieron. Después salió del palacio y se dirigió al foro donde había una

plataforma, en el extremo opuesto al lugar de la flagelación, en la que estaba el trono del juicio. Los veredictos solamente eran válidos si se pronunciaban desde este lugar. Muchos soldados rodearon la terraza.

Anás, Caifás y otros, se acercaron inmediatamente al trono del juicio del foro mientras Pilato se colocaba el atuendo ceremonial. Ya habían conducido allí a los dos ladrones, y ahora Jesús, todavía llevando puesta la capa andrajosa, la corona de espinas sobre su cabeza y con las manos atadas, fue conducido por los sirvientes de la corte y los soldados, por entre la multitud que se burlaba, hacia el trono del juicio, y le pusieron entre los dos ladrones. Jesús se quedó allí al pie de los escalones ante Pilato, rodeado por los verdugos. Sus enemigos le miraban con malicia y se reían burlonamente. De pronto, sonó una trompeta para pedir silencio y Pilato pronunció la sentencia de muerte sobre nuestro Salvador (*).

Coro:

Cristo, Soberano del mundo
cuyo reino no tiene fin,
cuyo brillo el cielo llena,
a la tierra vino a habitar;
no como un rey a reinar
ni para usar su poder;
no, Él eligió el sufrimiento
y por el hombre juzgado ser.
¡Vengan, ángeles, lamentando
los que en su trono están!
¡Vengan, entonen su canto,

gimiendo por el
despreciado Hijo de Dios!
Dios, el Varón de Dolores
sentenciado está a morir.
¡Oh, laméntense, huestes del cielo,
por el gran dolor de Dios!

¡La sentencia de muerte se dictó sobre Jesús, el Hijo del Dios vivo! Un veredicto que hace que el cielo tiemble, que la tierra se estremezca y que el infierno estalle de rabia. Con este golpe, el infierno logra su triunfo más grande, pero a la vez sufre su más grande derrota. Allí lo perdió todo. Cuando Jesús aceptó la sentencia de muerte en nuestro lugar, aquellos que estaban condenados a morir por causa de sus pecados, fueron liberados, como podemos ver en el caso de Barrabás, el primer fruto de la muerte de Jesús.

Hasta la fecha, el pensamiento de que el Hijo de Dios sea condenado a morir, no permite que el hombre tenga paz. ¿Cómo es posible que toda aquella multitud pudiera demandar la sangre de Jesús, su crucifixión?

Con toda seguridad, muchos de los que gritaban: “¡Crucifícale! ¡Fuera con Él!” habían sido sanados por Él o habían estado entre la multitud durante la alimentación de los cinco mil, por ejemplo. Y muchos le conocían porque les había hecho algo personalmente, o porque habían presenciado sus milagros y visto su gloria, y ¡porque le debían todo a Él! ¿Cómo puede ser que Jesús fuera condenado a muerte, a pesar de todo?

A pesar de que sabemos que los fariseos habían sobornado al gentío para gritar aquellas palabras de: “¡Crucifícale!”, no obstante, había algo más en todo aquello. Fuera del grupo de los fariseos, la misma multitud estaba presa de una furia siniestra que les hacía exigir agitados la muerte de Jesús, gritando; “¡Crucifícale!” Era la hora de las tinieblas, esa hora en la que ocurre lo incomprensible, lo diabólico. Un gran número de personas de Galilea, quienes le debían a Jesús la vida, la salud, que habían recibido el amor, la bendición, la ayuda y el consuelo de Jesús en sus necesidades físicas y espirituales, ahora estaban a favor de su muerte. Esto sólo pudo ser posible porque en los años anteriores, a pesar de toda la estima y el afecto por Jesús, fallaron en un área: No se volvieron de su vieja y pecaminosa forma de vivir. No desearon arrepentirse. Esto es lo que hizo que Jesús se lamentara por las ciudades de Galilea, donde había hecho la mayor parte de sus predicaciones y milagros. Y como resultado de su falta de penitencia, también cayeron en el pecado de la ingratitud. Porque rehusaron romper con sus pecados, no pudieron llenarse de profunda gratitud y de un ferviente amor por Jesús.

De esa forma, cuando Jesús pasó por tales ataques, todos fallaron y no testificaron acerca de sus buenas obras, ni le defendieron. Su falta de arrepentimiento e ingratitud abrió las puertas para que Satanás les atacara en esta hora crucial. Y ocurrió lo terrible: todos tomaron parte para lograr que la sentencia de muerte se dictara. Las mismas personas de las que Jesús debería poder esperar que se pusieran de su parte, aunque sólo fuera por

gratitud, que intervinieran celosamente por Él y por su causa y evitaran la sentencia de muerte y toda aquella tortura que le sobrevino, ahora asistían y eran ellos los que pedían su muerte.

¿Y nosotros? Nosotros le debemos agradecimiento a Jesús, no sólo porque nos ayudó de una forma u otra, por Su sanidad o Sus actos de bondad para con nosotros. ¡Le debemos a Él nuestra redención, nuestra salvación y alegría eternas! Pero aún así, actuamos justamente como aquellos galileos, cuando no nos apartamos de nuestros pecados ni rompemos radicalmente con ellos. Hoy en día, cuando se está crucificando a Jesús de nuevo, nosotros ni siquiera abrimos la boca. No estamos llenos de gratitud y de celo como para dar un testimonio ardiente de Él, proclamando quién es en realidad. Si lo tuviéramos, nuestro amor sería contagioso, y encenderíamos a otros con ese amor a Jesús; y entonces la teología de “la muerte de Dios” no ganaría tanto terreno dentro de la Iglesia, ni las horribles blasfemias contra Jesús podrían extenderse por toda la tierra como fuego devorador.

Entonces nosotros estaríamos dispuestos a testificar más y más acerca de lo que Jesús ha hecho por nosotros, cuando hoy el grito: “¡Fuera con Él!” se levanta por todas las naciones, y cuando incluso en algunas iglesias no se le reconoce como el Hijo de Dios y el Salvador de la humanidad.

Si es difícil para los judíos escuchar que la gente dice que ellos fueron los responsables de la muerte de Jesús, nosotros, lo único que podemos hacer al respecto es ponernos a su lado y admitir que nosotros

también lo somos. Porque nosotros pertenecemos a la gran multitud de discípulos que queremos seguir a Jesús. Si los aquellos de hace mucho tiempo fallaron porque no combatieron las llamas de odio que los líderes de la época encendieron contra Jesús, nosotros tenemos que confesar que también somos culpables de la sentencia de muerte de Jesús, porque igual hacemos poco esfuerzo por apagar las llamas de odio contra Jesús, por nuestra falta de amor y gratitud. En comparación con el odio ardiente de los adversarios de Jesús, nuestro amor a veces es como una mecha humeante o una vela extinguida. Eso explica el por qué la sentencia de muerte pudo ser pronunciada hace mucho tiempo sobre Jesús, y el por qué del veredicto de que Dios está muerto, puede extenderse hoy en día por nuestros países y el por qué se le da rienda suelta a la blasfemia y el odio y que las personas gritan una vez más: “¡Fuera con Él!”.

Todos oran:

Querido Señor Jesús:

cuando pensamos en el odio encarnizado que tienes que sufrir hoy así como lo sufriste en el pasado, cuando se pronunció la sentencia de muerte sobre Ti, nos humillamos por nuestra tibieza, por nuestra falta de arrepentimiento y por nuestra ingratitud hacia Ti. Porque aún siendo seguidores tuyos, hemos abalado el rechazo e incluso el odio que algunas personas tienen contra Ti. Perdónanos por quedarnos quietos mirando cómo los instrumentos de Satanás, hoy igual que antaño, están trabajando celosamente y logrando importantes victorias. Perdónanos por

no estar ardientes de amor por Ti. Perdónanos por dedicar tan escaso tiempo a la oración. Perdónanos por no arder en un gran anhelo por servirte.

Oh, Espíritu Santo, llénanos ahora con un ardiente amor por nuestro Señor Jesucristo y por todo lo relativo a su reino.

Ayúdanos a olvidarnos completamente de nosotros mismos, a no enfocarnos en lo que pueda ocurrirnos, incluso si debiéramos sufrir persecución. Ayúdanos a considerar todo esto como nada, en comparación con Tu Sufrimiento actual, Señor Jesús. Que nuestro corazón y nuestra mente estén centrados en Ti. Llénanos de gratitud y de amor para hacer todo lo que esté a nuestro alcance para que otros puedan verte como el Señor vivo y amoroso, e inspirarlos así a darte su amor. Ayúdanos a vencer de esta forma la corriente de blasfemias y de odio que hay contra Ti.

Señor Jesús, te damos las gracias ahora y por siempre por permitir que la sentencia de muerte se pronunciara contra Ti y por aceptarla. De otra forma nosotros estaríamos condenados a morir, condenados al castigo eterno en el infierno. Deseamos ofrecerte nuestra gratitud, dedicándonos y consagrándonos a Ti con amor ardiente y ofreciéndote nuestra vida entera como un sacrificio. Amén

Jesús con la cruz auestas



Orador:

Amado Jesús mío
encorvado Tú estás
debajo de la cruz.
Para sufrir por mí
y mi culpa a cargar
Tú vas al Gólgota,
oh, yo te adoro,
Mi buen Señor y Rey.

Jesús, mi vida, mi luz
cansado y abatido vas,
Tú que en el cielo estás
con poder majestuoso,
ángeles en redor
dan reverente honor,
mas sólo ya Tú ves
rechazo y deshonor.

Tu cruz tan dura es:
la carga de todo pecado
y sus tormentos son
los que pesan tan fuerte.
Pesan sobre la cruz,
haciéndote caer.
¡Oh, Cordero de Dios,
cuán encorvado vas!

Herido Salvador,
te adoro yo humilde
que en tanta aflicción
por mí la cruz llevaste.
No te correspondió,
fue sólo por amor,
paciente Salvador,
queriéndome salvar.

Mi Salvador va a sufrir,
querido Cordero de Dios.
Oh, permíteme permanecer cerca de ti
y compartir tu camino, querido Señor.
Por causa de mí sufriste
y por amor a mí moriste.
Permíteme lamentar mi pecado
y estar cerca, a tu lado.
Oh, déjame ahora ir contigo
mi querido Señor y Rey;
que lleno de contrición me una a Ti
en la noche de tus sufrimientos.

(*) Después de que Pilato dejara el trono del juicio, algunos de los soldados le siguieron y tomaron posiciones frente al palacio, para la marcha. Un pequeño destacamento acompañaba al Señor condenado, que era conducido por los sirvientes de la corte. Varios esclavos pasaron por la puerta cargando la cruz, y la tiraron ruidosamente a los pies de Jesús. Cuando Él la vio tirada en el suelo a sus pies, cayó de rodillas y la abrazó, pronunciando suavemente una oración de profunda gratitud para su Padre celestial, porque la redención de la humanidad se iniciaba.

Los verdugos pusieron a Jesús en una posición vertical sobre sus rodillas y le forzaron a tomar el pesado madero sobre su hombro derecho, cosa que hizo con gran dificultad, agarrándolo con el brazo derecho. Tuvo que haber sido asistido por ángeles invisibles, porque de otra forma Él no hubiera podido hacerlo. Jesús estaba de rodillas inclinado bajo el peso del madero, y mientras Él oraba, varios soldados pusieron la barra horizontal de las cruces sobre la nuca de los dos ladrones.

En este momento sonó la trompeta de la caballería de Pilato y Jesús fue puesto en pie. Todo el peso de la cruz descansaba ahora sobre sus hombros, y en ese momento comenzó la marcha, siendo en la tierra una gran deshonra, pero en el cielo una gran victoria, al tiempo en que el Rey de reyes iba a redimir a la humanidad. Un destacamento de varios cientos de soldados los acompañaba a pie. A la cabeza de la marcha de crucifixión iba un trompetero, quien en cada esquina hacía sonar la trompeta anunciando la ejecución. A pocos pasos detrás de los soldados, algunos de los del populacho les seguían portando cuerdas, clavos, mazos y unas cestas con toda clase de herramientas. Los sirvientes más robustos llevaban palancas y escaleras.

Detrás, venía nuestro Señor y Salvador, tambaleándose bajo la pesada carga de la cruz, azotado, golpeado y extenuado. Desde la Última Cena, la noche anterior, estaba sin dormir, sin comer, sin beber y sometido continuamente a un tratamiento feroz. Estaba totalmente exhausto por la pérdida de

sangre, por la fiebre provocada por las heridas, por la sed y por el indecible sufrimiento interior. Caminaba de una forma insegura, con sus pies descalzos cubiertos de heridas. Con su mano derecha sujetaba la pesada carga sobre el hombro derecho, y con la izquierda, a menudo luchaba por levantar sus vestiduras holgadas con las que tropezaba al andar con sus pasos vacilantes. Cuatro de los sirvientes de la corte, tironeaban de Él con cuerdas que estaban atadas a su cinturón de cadenas. Sus manos estaban heridas e hinchadas, porque habían estado atadas muy fuertemente. Su rostro estaba cubierto de sangre. Sus cabellos y su barba estaban enredados y los mechones estaban pegajosos con su propia sangre. Bajo el peso de la cruz y las cadenas, su pesada ropa de lana se pegaba a su cuerpo herido y la lana se pegaba en las heridas recién hechas. El desprecio y la maldad se enfrentaban a Jesús desde todos los rincones. Estaba indescriptiblemente débil, inmerso en el sufrimiento y, aun así, rebosando de amor. Sus labios se movían en oración. Y Sus ojos suplicantes y angustiados reflejaban perdón.

Jesús fue conducido por un camino estrecho y sucio. Aquí tuvo que sufrir mucho. Los sirvientes de la corte se apretaban contra Él y la gente se asomaba por las ventanas y husmeaban a través de unas rendijas que había en la pared, riéndose burlonamente de Él. Entonces la calle doblaba a la izquierda, haciéndose un poco más ancha y empinada. El agua de lluvia y la suciedad se juntan en este punto, y aquí, como en otros muchos lugares, había pasadizos elevados. Cuando Jesús llegó a este lugar con

su pesada carga, no pudo avanzar más, y los verdugos le empujaron sin piedad. Jesús tropezó con una roca que sobresalía y cayó a tierra, cayendo también la cruz a su lado. Jurando y maldiciendo, sus verdugos lo empujaron y lo golpearon. La marcha tuvo que detenerse y se produjo un tumulto. En vano extendió Jesús Sus manos para que alguien lo ayudase. (*).

¡Oh, lamenten! Jesús no puede levantarse más. Aquél que curó a los enfermos y dijo: “¡Levántate, toma tu cama y vete a tu casa!” ... sí, Aquél que le dijo a Lázaro: “¡Ven fuera!”, ahora yace en el suelo; ¡sin fuerzas!

Hagamos una pausa y consideremos el inmenso sufrimiento que nuestro pecado y nuestra culpa causaron aquí al Hijo de Dios.

¡Oh, lamenten! Aquel sobre el cual descansa el dominio de todo el mundo, ahora se derrumba bajo el peso de una cruz.

¡Oh, lamenten! Aquel a quien servían los Príncipes de los ángeles cuando extendía Sus manos, ahora abraza la cruz y no puede más con ella.

¡Oh, lamenten! Aquel que se paseaba majestuosamente por los cielos, el Rey de gloria, ahora está doblado hasta el suelo, bajo el peso de la cruz.

¡Oh, lamenten! El Juez del mundo, delante del cual el universo entero un día tendrá que postrarse, está sujeto a sufrimiento. Ahora yace humillado en el suelo.

¡Oh, lamenten por lo que ha sucedido! El hombre ya no puede discernir que Jesús es el Señor y el Rey. ¡Qué débil está ahora en el camino de la cruz! ¡Oh, Jesús, Creador de todos los mundos, Señor grande y omnipotente, qué débil estás!

Te humillaste hasta el polvo, queriendo ser el menor de todos los hombres. Te adoramos por tu incomparable amor para con nosotros, que te impulsó a rebajarte tan profundamente.

Todos cantan:

Por estrechas calles de Sión,
bajo la cruz vas, mi Jesús,
a ella estás aferrado
sin siquiera a descansar.
Adelante vas decidido
a tu meta, al Gólgota,
dándote en sacrificio
en la cruz que se alzó.

Por amor a mí Tú soportas
el dolor hasta morir,
por amor a mí Tú oyes
burlas y desprecios mil.
Por amor a mí Tú llevas
al Calvario la infame Cruz.
Tu amor no vio tu angustia
sino nuestra esclavitud.

Por el mundo Tú vas llevando
toda la culpabilidad,
Rey y Varón de dolores,
Tú derrotas a Satán.
Eres quien la victoria ganas
en la cruz de Gólgota,
a quien himnos ya resuenan
por darnos la redención.

Melodía:
“¡Oh, amor que excede a todos!”

(*) Con la ayuda divina, Jesús levantó su cabeza una vez más. Le pusieron de pie brutalmente y le cargaron la cruz de nuevo sobre el hombro. Ahora tenía que inclinar para un lado su dolorida cabeza, perforada agonizantemente por las espinas, para poder soportar la pesada carga sobre el hombro, sin que tropezara con la corona de espinas. Así, afligido por nuevo y aumentado tormento, caminó vacilante la ancha calle ascendente.

María, la madre de Jesús, pálida y envuelta en lágrimas, temblando y tiritando, oyó el bullicio y los gritos de la turba que se acercaba. También oyó la trompeta y el anuncio que se hacía en todas las esquinas, de que se estaba conduciendo a alguien para ser crucificado. Así, ella entró en la calle por donde tenía que pasar la marcha. ¡Cómo se rompía su corazón con el sonido de la trompeta! La marcha se acercaba más y más, y en un momento, sólo estaba a unos pasos de distancia. Y cuando pasaba el grupo de los verdugos con todos sus instrumentos de tortura, con un descarado gesto de triunfo, la madre

de Jesús temblaba y sollozaba, retorciéndose las manos. Uno de los verdugos preguntó a uno de los que pasaban por allí: “¿Quién es esa mujer que llora tan compasivamente?”, y alguien le respondió: “¡Es la madre del galileo!” (*).

Coro:

Silencioso un Cordero va
hacia el altar de la cruz.
¡Cuán paciente en sufrir es Él!,
precio por el pecador.
Ni un lamento se oye de Él,
de sus santos labios pronunciar,
mas su rostro de angustia dice del
gran dolor que lleva el Salvador.

Sí, se calla el Eterno Amor,
con paciencia lleva la aflicción,
pues ya desde la eternidad
al Calvario se entregó.
Ya sufriendo, amando lleva Él
a los pecadores a Su hogar
hasta que se cumpla su Pasión,
redimidos ellos pueden ser.

Más aquellos por los que murió
Su dolor ven, más sin comprender
que hoy como hace años fue
que su juicio Él llevó.
Sí, sus cargas Él llevando está.
¿Quién discierne que las nuestras son
y quién le da gracias, evitando ya
el pecado más pequeño?

(*) La marcha continuó a lo largo de la ancha calle pasando por un arco que había en una pared antigua. Jesús vaciló y sucumbió otra vez, dejando caer la cruz. Él también cayó al suelo, apoyándose en una roca. Siguió una conmoción. Los verdugos no pudieron levantar de nuevo a Jesús, y los fariseos, que encabezaban la marcha, dijeron a los soldados: “Así no conseguiremos llevarle vivo hasta allí. ¡Sería mejor encontrar a alguien para que lleve Su cruz!” En ese momento, Simón de Cirene, un labrador, iba calle abajo. No podía escapar debido a la multitud, y cuando los soldados vieron, por su vestimenta, que era un trabajador pobre, lo agarraron y le ordenaron que ayudara al galileo a llevar su cruz. Simón se resistió mostrando una gran renuencia, por causa de que Jesús estaba tan terriblemente débil y desfigurado. Su ropa estaba manchada de suciedad. Pero Jesús lo miró tan suplicantemente que Simón no pudo hacer otra cosa que ayudarlo. Los verdugos ataron un brazo de la cruz, con una cuerda, al hombro de Simón; quien caminaba detrás de Jesús, haciendo así que fuera más fácil para Él poder cargar con el peso.

Luego, cambiaron de posición la corona de espinas en la cabeza de Jesús, y la triste marcha se puso de nuevo en movimiento (*).

Oh, Jesús: ¿No encontraste a nadie que te ayudara a llevar el peso de la cruz? ¿Dónde estaban todos tus discípulos? ¿Dónde estaban las muchas personas que tú liberaste de sus cargas, para que pudieran andar libremente por la ciudad? Tú los liberaste de ataduras y cadenas, de espíritus malig-

nos, de enfermedades y de la muerte. ¿Dónde están ahora todos éstos? ¡Oh! ¿Ninguno vino a llevar la cruz contigo?

Todos cantan:

En tu camino de la cruz
ansiaste recibir solaz,
que alguien pensara en Ti
y consolar tu corazón.

Te pido este alma ser,
consuelo dándote en dolor
y que a tu lado quede yo,
oh Cristo, es mi petición.

Humilde me rebajaré,
así trayéndote honor;
paciente cargaré mi cruz
ya que es la que Tú me das.

Mi cruz por siempre alabaré,
en ella veo tu amor;
exaltaré su gran poder
como da fruto del dolor.

Así pequeño yo seré,
cargándola con humildad;
me abre el cielo con su paz
e imprime en mí tu bello ser.

Ferviente amaré mi cruz
pues la llevaste por amor;
detrás de Ti la cargaré.
¿Así tu pena aliviaré?

Coro:

Dios busca a un alma
humilde como Él,
cargando su cruz en amor.
¿Quién ésta quiere ser?

Dios busca quien de buena voluntad
y con amor cargue su cruz,
así como lo hizo Jesús.
¡Oh Señor, yo quiero ser!

Cuando pensamos en cómo cargaste la cruz, oh
Señor Jesús, no podemos hacer otra cosa que orar.

Todos oran:

*A lo largo de tu camino de amarga aflicción,
cuán dolorosamente te tuviste que inclinar bajo
el peso de la cruz. Ahora, yo me humillo profun-
damente ante Ti, y avergonzado, reconozco mi
rechazo a cargar con mi cruz. Tú, siendo inocen-
te, tuviste que cargarla, porque yo, un pecador,
no estoy dispuesto a soportar el sufrimiento, ni
las correcciones, ni mi cruz. Y esto lo tengo
merecido más de cien veces, como legítimo pago
por mis pecados. Por eso, te pido perdón, mi
Señor Jesús, por las muchas veces que no he
cargado mi cruz voluntariamente, cuando me he
quejado de cansancio bajo ella, o por mis cargas,
cuando me he rebelado contra Ti en mi corazón y
he quitado mis ojos del ejemplo que me diste, oh
Jesús, Cargador de la cruz del mundo.*

Pero, al recordar tu sufrimiento inmensurable cuando tú cargaste la cruz, creo que me has redimido de mi resistencia a cargarla. Por amor y gratitud a ti, que cargaste la cruz por mí yendo al Calvario en medio de tremendo tormento, a partir de hoy diré:

Quiero llevar mi cruz, porque viene de Tus manos. Es tu don, tu regalo para mí, oh Señor. Quiero cargarla alegremente.

Quiero la cruz, porque sólo trae bendiciones. Es pesada, pues está cargada de oro.

Quiero la cruz, porque es preciosa y querida para mí, porque ella me transforma a la imagen de Dios.

Quiero Tu cruz. Quiero cargarla siguiéndote, oh Jesús, Cargador de la cruz. Quiero acompañarte, mi Señor.

Te pido con todo mi corazón que me ayudes a dar gracias en el dolor y en la aflicción, cuando me halles digno de soportar el sufrimiento, y de cargar una cruz por causa de Tu Nombre. Hazme, así, vivir de acuerdo con las palabras de la Escritura, que dice: “Alégrense de tener parte en los Sufrimientos de Cristo” (1 Pedro 4:13), y concédeme contemplar un destello de la gloria eterna, que tienes preparada para mí en lo Alto.

Que el sufrimiento que tenga que soportar durante la persecución venidera, se torne para mí insignificante, al contemplar la agonía y el martirio que soportaste cuando cargabas Tu cruz.

Te doy gracias por permitirme sufrir persecución unido a Ti en “la participación de Tus Padecimientos” (Fil 3:10). Y te doy gracias de que, al mismo tiempo, estaré inmerso en Tu amor y experimentaré la gracia de Tu Presencia, como un anticipo del gozo celestial de unión eterna contigo.

Acepta mi dedicación. Quiero entrar en la comunión de Tus Sufrimientos, confiando en tu amor, que se revela a todos aquellos que cargan con su cruz. Amén.

(*) Debido a la multitud de personas que llenaban la calle, la marcha se detuvo. Los verdugos, furiosos por el retraso, comenzaron a empujar y golpear a Jesús. En la abrupta calle, llena de baches, había un charco grande, y cuando Jesús tropezó otra vez bajo la cruz, cayó dentro del sucio charco con tanta violencia que Simón apenas pudo sostener la cruz. Con la voz desgarrada, Jesús lamentó: “¡Ay!, ¡Ay, Jerusalén! ¡Cómo te he amado! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas! ¡Y aun así, me echas tan cruelmente de tus puertas!”. El Señor estaba muy débil y profundamente afligido (*).

¿Nadie se pone de tu parte, Señor,
en este tu amargo camino de dolor?
¡No! ¡Nadie consuela tu herido corazón
en medio de tan profunda aflicción!
Solo estás, completamente abandonado.

¡Oh, que pueda continuar lamentando,
sí, lamentando incesantemente!
Aunque Tú eres amor eterno,
muy pocos traen su amor a Ti.

Anhelas tenernos cerca de Ti
pero nosotros vamos por nuestro propio camino.
Eludimos el camino del sufrimiento,
esquivándolo día a día.

(*) Los verdugos golpearon y empujaron a Jesús arrastrándolo hacia fuera del bache. Cuando Jesús pasó por el arco y tomó el camino que conducía al Calvario, se encontró con un grupo de mujeres que estaban llorando, quienes al ver su espantosa y desdichada apariencia, levantaron la voz lamentándose y llorando amargamente. Conforme a una costumbre judía, para mostrar compasión, sacaron trozos de tela para que el Señor se limpiara el sudor que corría por su rostro. Volviéndose hacia ellas, Jesús les dijo: “Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque he aquí vendrán días en que dirán: “Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron”. Entonces comenzarán a decir a los montes: “¡Caigan sobre nosotros”, y a los collados: “¡Cúbrannos!”.

También dijo más, por ejemplo, que su llanto sería recompensado y que ellas deben empezar ahora una vida nueva.

La marcha continuó y Jesús fue conducido con la cruz a cuestas por un camino escarpado al lado del muro de la ciudad, rumbo al Calvario, con tanta violencia que tropezó y cayó una vez más al suelo. Entonces Jesús fue arrastrado hasta lo alto del Calvario, el lugar de la ejecución, donde por fin el Señor se derrumbó. A Simón lo apartaron, así como a la curiosa chusma y peones que habían seguido la marcha (*).

Jesús había alcanzado Su meta. El Cordero de Dios, conducido al matadero, llevando sobre su propia espalda el altar del sacrificio, había terminado su camino.

Coro:

Pronto se levantará una cruz,
en la que colgará el Hijo de Dios.
Él carga con nuestros pecados,
y nosotros recibimos la corona.

Todos cantan:

Gracias te doy, cargaste con la cruz,
con ella mi pecado también fue.

Fuiste al Calvario, gracias, mi Jesús,
ya puedo én amor llevar mi cruz.

Gracias te doy, caíste con la cruz,
librándome del miedo a sufrir.

Tu cruz me abrió el cielo, gracias doy,
y ya contigo un día moraré.

Cargaste con la cruz, oh mi Señor,
tu fiel “Simón” ahora quiero ser.

Gracias Señor, mil veces te daré,
Jesús paciente, Cordero de Dios.



La crucifixión de Jesús

Todos cantan:

¡Mirad al Rey del mundo
maltrecho y moribundo
de la alta cruz pender!
El Príncipe sublime
¡ved cuán cansado gime!
Es cruel y atroz su padecer.

Su noble frente rota,
del cuerpo exhausto brota
la sangre cual sudor.
Su corazón herido,
por penas consumido,
sucumbe en el postrer dolor.



Paul Gerhardt 1676

(*) Después de que echaron a Simón de Cirene, y de que los verdugos terminaron sus preparativos para la crucifixión, condujeron a Jesús entre golpes y vituperios al sitio en el que lo iban a clavar en la cruz.

Mientras tanto, la madre de Jesús, que con sufrido amor había seguido la marcha de la crucifixión desde lejos, llegó al lugar de la ejecución con sus compañeras. Los verdugos, que tenían una clase de vino mezclado con vinagre y mirra, llevaron

una copa de ese líquido a los labios de nuestro Salvador, que todavía estaba encadenado. Lo probó pero no lo bebió.

Luego le arrancaron la capa que colgaba de la parte superior del cuerpo de nuestro Señor. Después de quitarle las cadenas y el cinturón, intentaron sacarle por la cabeza la túnica de lana, que era de una sola pieza, sin costura. Pero como la corona de espinas le estorbaba, se la arrancaron de la cabeza, reabriendo las heridas de nuevo. Entonces, en medio de vergonzosas palabras de burla, le sacaron la túnica, tejida a mano.

El Hijo del hombre estaba ahí, temblando, cubierto de sangre y llagas, de contusiones y manchas, con heridas secas y otras sangrantes. Estaba vestido apenas con una especie de bata corta de lana en la parte superior del cuerpo, y un trozo de lino en la parte inferior. Las fibras de la lana de la bata, estaban pegadas a las costras secas de las heridas que el peso de la cruz había infligido en Su hombro. Esta herida le causaba una agonía inmensa.

Sin compasión alguna, le arrancaron la pequeña bata, y sus dolorosas heridas quedaron expuestas. Su hombro estaba desgarrado y se le podía ver el hueso. Entonces le arrancaron el resto de su ropa, el trozo de lino que envolvía sus caderas. Él estaba de pie, desnudo, humillado por la vergüenza. Y como estaba por caérseles de las manos, hicieron rodar una piedra para que se sentase, y le clavaron con fuerza, de nuevo, la corona de espinas en la cabeza.

Pero ahora, mientras los verdugos le levantaban para echarle sobre la cruz, surgió un murmullo indignado, una protesta en voz alta y un lamento entre sus amigos, a causa de la vergüenza de su desnudez. Entonces, alguien le alcanzó un trozo de tela, que agradecidamente aceptó, y se la envolvió alrededor del cuerpo (*).

¡Jesús, el más hermoso, desfigurado, profanado.
¡Jesús, el Altísimo, rebajado y ultrajado.
¡Jesús, el Hijo de Dios, rechazado,
rechazado por los pecadores,
rechazado por nosotros, Sus hijos;
rechazado, insultado, despreciado por el mundo.
Tu sufrimiento, oh Jesús, nos expresa tu amor.
Oh Señor, escucha, y perdona nuestros pecados.



Jesús es clavado en la cruz

(*) Ahora los verdugos se acercaron a Jesús para echarle sobre la cruz, donde Él se sentó, sin ayuda de nadie, ofreciendo un espectáculo digno de pena. Entonces le empujaron de espaldas hasta apoyarle en la cruz, estiraron de su brazo derecho para que llegara hasta el boquete que ya estaba preparado para que entrara el clavo, en la parte derecha de la cruz, y le ataron con cuerdas. Uno de los verdugos se arrodilló sobre el pecho santo del Señor, mientras que otro mantenía abierta su mano, la cual intentaba cerrarse. Un tercero colocó un largo y grueso clavo que terminaba en punta, sobre la mano derecha, que a tantos había bendecido. Eran tan largos los clavos, que cuando se los agarraba con el puño cerrado sobresalían por arriba y por abajo. Cuando la mano del Señor fue ferozmente atravesada por el clavo, que era introducido por los terribles golpes de un tremendo martillo de hierro, su sangre salpicó hasta los brazos de los verdugos.

Después de que los verdugos hubieron clavado la mano derecha del Señor en la cruz, descubrieron que la mano izquierda, que también estaba atada a la cruz, no llegaba al agujero que habían hecho. Las puntas de sus dedos quedaban a bastante distancia del agujero, así que le ataron unas cuerdas en la mano izquierda y tiraron con fuerza, apoyándose con los pies en la cruz para hacer más fuerza, hasta que la mano llegó al lugar del agujero; entonces se pusieron de rodillas sobre el brazo y el pecho de

Jesús, sujetaron el brazo con una cuerda y, brutalmente, clavaron el segundo clavo, esta vez, en la mano izquierda de nuestro Señor (*).

Todos oran:

¡Oh, Señor, que Tú hayas tenido que soportar un tormento tan grande por nuestra causa! ¡Perdónanos, Señor Jesús! ¡Oh, inocente Señor, por causa de nuestros pecados los clavos atravesaron tus manos y tus pies, con una crueldad tan inhumana! ¡Perdónanos! Ten misericordia de nosotros, que te hemos causado tan abismal tormento y tan cruel agonía con nuestro pecado, y que vez tras vez no nos hemos tomado en serio el pecado, aun cuando sabemos que te causó este tormento atroz. Te pedimos que este terrible acontecimiento, de verte clavado en la cruz, sea como golpes de martillo en nuestro corazón. Que este sufrimiento agonizante suscite en nosotros una respuesta, para que odiamos el pecado, deseando con amor y gratitud hacer solamente lo que te agrada, cueste lo que cueste.

Ayúdanos a aceptar de todo corazón las correcciones del Padre, porque las merecemos. No queremos entristecerte con nuestra rebelión contra tales correcciones, porque tú soportaste los crueles golpes cuando fuiste clavado a la cruz, los que te causaron tanto dolor y heridas sangrantes.

Nuestro Señor Jesús, como pecadores, nos entregamos para soportar heridas en nuestro

cuerpo, nuestra alma y nuestro espíritu, inclusive aquellas que nos son causadas por personas que hieran nuestros sentimientos y nos insulten. Cuando recordamos las terribles heridas que te hicieron los clavos, queremos considerar esto como un honor, cuando los golpes crueles, torturas e insultos nos causen muchas heridas, especialmente en tiempos de persecución, porque entonces Tú nos harás partícipes de Tus sufrimientos.

Que nunca nos olvidemos de que nuestros pecados te han cubierto, nuestro Señor y Dios, de heridas. Amén.

Coro:

¡Quien puede entenderlo, oh Hijo de Dios,
cubierto de heridas, despreciado estás!
¿Quién puede entender Tu amor sin par?
¡Cordero de Dios, te quiero adorar!

Todos dicen:

¡Tu corazón es puro amor, humilde y aún
así ardiente; la propia belleza del Padre
resplandece en Ti!
Y sin embargo te golpeamos, oh gran dolor; las
heridas crueles te trajeron la muerte.

Coro:

Cordero de Dios, por la eternidad
tus marcas veremos y brillarán;
el himno de tus llagas ya cantará
la novia dichosa en adoración.

(*) María, la madre de Jesús, y sus dedicados seguidores, que fueron testigos de este martirio, sintieron toda la agonía con el Señor (*).

¡Oh, que podamos estar completamente absortos con el amargo sufrimiento y martirio de Jesús! Que sea nuestra oración, el poder llevar en nuestros corazones la agonía de Jesús, su gran sufrimiento de ese tiempo y de hoy, cuando tantas heridas le son infligidas, cuando Su corazón es nuevamente traspasado y son lanzados insultos contra Él. Que Dios nos conceda el tremendo privilegio de que participemos en los Sufrimientos de Jesús en los días actuales.

Jesús anhela encontrar personas que sufran con Él en Su agonía. ¿Cuál fue el único consuelo que Jesús recibió en Su Pasión? La presencia de aquellos que compartieron con Él Sus sufrimientos: su madre, María Magdalena, y Juan, que estuvieron al pie de la cruz. Oh, supliquemos por la gracia de llevar Su agonía en nuestros corazones, para que todas las otras cosas se tornen sin importancia para nosotros, y podamos estar completamente inmersos en Sus sufrimientos.

Todos cantan:

En mi corazón imprime
tus Heridas dolorosas,
que yo nunca las olvide
en cualquier hora, Jesús.

Tú eres mi Bien mayor,
mi descanso, oh Señor.
Déjame aquí a tus pies
recibir tu gracia y tu
amor sin fin.

(*) Pero mientras la madre de Jesús soportaba toda la agonía con Él, los fariseos insultaban y se burlaban mirando en su dirección. María Magdalena, que permanecía al lado de ella, estaba fuera de sí de tristeza (*).

¡Oh, si solamente lleváramos en nuestros corazones, parte de ese sufrimiento por Jesús! Esto nos será concedido en la medida en que veamos nuestro pecado y lloremos por causa de él. Y así, en la misma medida, lloraremos por lo que nuestro pecado inflige sobre Jesús. Entonces odiaremos el pecado con tal vehemencia, que otras almas también comenzarán a aborrecerlo y anhelarán ser libertadas.

(*) Después de que los brazos de nuestro Señor fueron estirados a la fuerza para que llegaran donde estaban los agujeros, que se habían hecho muy separados, su cuerpo se encogió hacia arriba y sus rodillas también. Los verdugos se echaron sobre Él y ataron sus rodillas otra vez con cuerdas. Pero sus pies estaban demasiado por encima del bloque que habían preparado, y donde estaban los agujeros donde tenían que clavar los pies; y por eso, los verdugos comenzaron a maldecir y a mirar con desprecio. Alguien dijo que tendrían que hacer otros agujeros para las manos, porque poner un poco más arriba el

bloque de madera donde tenían que poner los pies, era demasiado trabajo. Otros, lo insultaban diciendo que era Él el que no quería estirarse, pero que le iban a “ayudar” a hacerlo. Así que le ataron cuerdas al pie derecho y con una violencia terrible tiraron hasta que el pie llegó al bloque de madera, y lo ataron fuertemente con una cuerda. La tensión del cuerpo era tan grande, que Jesús gritó de dolor: “¡Oh, Dios mío!, ¡Dios mío!”

También le habían atado por el pecho y por los brazos para evitar que sus manos se rasgaran. ¡El sufrimiento era inmenso! (*).

Coro:

Vengan, oh, vengan en gran número,
hombres y ángeles, alrededor del trono.
Vengan y rodeen con llanto
al santo y puro Hijo de Dios
que ahora cuelga de la cruz
por el bien del mundo y sus pecados.
Su martirio, su muerte y sus sufrimientos
proclaman Su gran amor por nosotros.

(*) El acto de clavar los pies de Jesús a la cruz, excedió todas las torturas anteriores. Los crueles golpes de martillo resonaban, mezclándose con los lamentos de nuestro Salvador. Las voces de escarnio y rabia alrededor de Él sonaban ahogadas. Los lamentos de Jesús eran gritos de profundo dolor, y al mismo tiempo Él oraba pasajes de los Salmos y de los profetas, cuyas profecías se estaban cumpliendo en ese mismo momento a través de Su Sacrificio.

Desde el inicio de su Pasión hasta el momento de Su muerte, Él continuamente hacía tales oraciones.

Cuando comenzaron a clavarlo al madero, el jefe de la guardia romana clavó en lo alto de la cruz, el título que Pilato había escrito en un pedazo de madera. Los fariseos estaban indignados, porque los romanos se reían abiertamente cuando vieron el título: “Rey de los judíos”. Algunos de los fariseos volvieron a la ciudad para pedirle a Pilato que pusiera una inscripción diferente (*).



El levantamiento de la Cruz

(*) Después de que nuestro Señor fuera clavado en la cruz, sus verdugos levantaron la cruz con la ayuda de varias cuerdas y la dirigieron hacia el hoyo que tenían excavado en el suelo. Entonces inclinaron la parte superior un poco hacia adelante. Era una visión terrible cuando –en medio de los gritos de burla de los verdugos y de los fariseos, así como de la multitud, quienes ahora podían verlo– la cruz oscilaba en el aire.

Se levantaron también voces de compasión y lamento alrededor de Él. Su madre, María Magdalena, su discípulo, y todos aquellos que tenían un corazón temeroso de Dios, prorrumpieron en grandes lamentos, al mismo tiempo que saludaban al Verbo eterno, manifestado en carne y levantado sobre una cruz.

Y todas las manos de aquellos que le amaban se levantaron en angustia como si quisieran ayudar, ahora que las manos de furiosos pecadores habían levantado la cruz, la cruz sobre la cual el Más Santo de todos, el Esposo de las almas, estaba clavado vivo.

Entonces los verdugos tiraron de la cruz hasta que tomó una posición vertical, y ésta, con todo su peso, cayó violentamente en el hoyo con un golpe estremecedor. De acuerdo con la posición del sol, podría ser aproximadamente el mediodía cuando la levantaron.

El sonido de muchas trompetas que anunciaban que el sacrificio de los corderos pascuales había comenzado, se pudo oír procedente del Templo. Las notas solemnes de las trompetas sonaban por encima de los gritos de burla y de los llantos de lamento, pues el verdadero Cordero de Dios estaba siendo sacrificado. Muchos corazones endurecidos fueron conmovidos, recordando las palabras de Juan el Bautista: “¡Miren, ese el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” Y después de que pusieran la cruz en el hoyo con aquel terrible golpe, hasta las mismas burlas fueron interrumpidas durante unos minutos por un asombroso silencio. Un sentimiento extraño sobrevino a cada uno de los presentes. Hasta el mismo infierno sintió el terror del golpe de la cruz al hundirse en el hoyo y, una vez más, estalló en rebelión contra ella, con insultos y maldiciones.

Pero las almas que estaban en el reino de los muertos se sobrecogieron con un profundo anhelo y gozo. Ellas oyeron el golpe con esperanza y expectación. Les sonaba como la llamada del Victorioso, acercándoles a las puertas de la redención. Como un segundo árbol de la vida del paraíso, la cruz santa se elevaba ahora en medio del mundo, y de las heridas de Jesús fluían raudales de sangre santa sobre la tierra (*).

Coro:

¡Se alza la cruz,
en ella el Hijo de Dios!

Oh, cruz de gracia, reluciendo está,
su brillo llega a cada confín,
diciéndonos de su amor,
el Padre perdona ya al pecador.

¡Se alza la cruz,
en ella el Hijo de Dios!
Nuestro pecado llevó a la cruz,
a su imagen redimió,
nos redimió eternamente.

Oh sagrada cruz, que ahora se eleva en medio de la tierra, nadie puede dejar de verte. Como un eterno símbolo de victoria, permaneces allí portando la Sagrada Carga, al inocente Hijo de Dios y del hombre, que fue levantado en la cruz, para que todo aquel que crea en Él no se pierda.

Oh, sagrada cruz, ahora permaneces levantada como el árbol de la vida, del cual fluyen incesantemente ríos de vida, la Sangre Santa de Jesús, otorgando salvación a todos aquellos que vienen, beben y se sacian, para ser limpiados de todos sus pecados.

Jesús está ahora unido a la cruz como el símbolo de la redención, el símbolo de victoria, el símbolo del maravilloso poder de Dios.

Levantemos nuestras voces en adoración. En la cruz hay fuerza y poder, porque cuando la cruz se incrustó en la tierra, el infierno se estremeció. Elevándose

hacia el cielo, la cruz señala el camino hacia el trono de la gracia para aquellos que se postran ante ella, llorando por sus pecados. Y de la misma forma como sus brazos se extienden en todas las direcciones, los brazos de Jesús están extendidos para traer a los hijos perdidos, desde todas las direcciones de la tierra, al hogar celestial del Padre.

Oh cruz, que ahora estás ante nosotros en ésta, la más sagrada de las horas, en ti encontramos la salvación. Estás allí majestuosamente, porque Aquel que fue crucificado sobre ti, venció en medio de todo Su sufrimiento, el Cordero que fue conducido al matadero, el Cordero que venció al poder del infierno.

¡Oh, alaben y adoren, porque llegó la hora de la salvación y de la redención! ¡Póstranse en adoración! De ahora en adelante, nadie que crea en el Señor crucificado se perderá. Vengan y adoren, porque de esta cruz cuelga el Hijo de Dios. Contemplan la cruz, desde la cual ahora fluyen los torrentes de Su sangre. Beban de su sangre en espíritu, para que puedan ser sanados.

(*) Como el lugar donde se encontraba la cruz era un poco más elevado, los amigos de Jesús podían abrazar sus pies y besarlos, después de que el pie de la cruz entró en el hoyo del suelo (*).

Ahora, Jesús está colgando de la cruz. Todos los que están parados a su alrededor pueden verlo. Él fue levantado sobre la tierra.

¡Oh, si todos los ojos quisieran verlo, si todos los ojos quisieran contemplar al más querido Cordero de Dios, si todos quisieran abrazar sus pies! ¡Si todos pudiesen ahora demostrarle su amor, por todas las veces que no recibió amor a lo largo de su amargo camino de vergüenza y sufrimiento hacia el Calvario!.

Ahora, Jesús cuelga de la cruz y desde este momento las personas se llenan de amor y de adoración por Él. Desde este momento Jesús es contemplado con tierno amor, mientras que antes la gente había retirado los ojos de Él, cuando era conducido por entre las multitudes, desfigurado y en oprobio. Este momento significa el comienzo de algo maravilloso: una mirada a la cruz sobre la cual está colgado Jesús, transforma el corazón de los hombres y los lleva a la contrición y al arrepentimiento. Una mirada a la cruz conmueve los corazones humanos y los enciende de amor. Conciencias cargadas son libertadas y cadenas son quebradas. Aquellos que estaban desesperados por causa de sus pecados, son llenos de gozo. Cuando el Cordero de Dios moría sobre la cruz, comenzó la hora de Su Victoria.

Ahora el Padre espera, que las personas de todas las partes del mundo vengan a la cruz, para adorar al Cordero de Dios, y para recibir salvación a través de Sus Heridas. Queremos ir a Él en esta hora, para alabarlo y adorarlo.

Todos cantan:

En el Monte Calvario estaba una cruz,
emblema de afrenta y dolor,
mas yo amo esa cruz do murió mi Jesús
por salvar al más vil pecador.

*Coro: ¡Oh! yo siempre amaré esa cruz,
en sus triunfos mi gloria será;
y algún día en vez de una cruz,
mi corona Jesús me dará.*

Aunque el mundo desprecie la cruz de Jesús,
para mí tiene suma atracción,
pues en ella llevó el Cordero de Dios
mi pecado y mi condenación.
¡Oh! yo siempre amaré esa cruz...

En la cruz de Jesús do su sangre vertió
hermosura contemplo sin par,
pues en ella el Cordero inmolado murió,
para darme pureza y perdón.
¡Oh! yo siempre amaré esa cruz...

Yo seré siempre fiel a la cruz de Jesús,
Sus desprecios con Él llevaré:
Y algún día feliz con los santos en luz,
para siempre Su gloria veré.
¡Oh! yo siempre amaré esa cruz...

George Bennard (1873–1958)

Hasta este momento, Jesús fue despreciado, ridiculizado y burlado hasta el extremo. Pero, a partir del momento en que estaba colgado de la cruz, se le vio

bajo otro punto de vista muy diferente. Ahora, todo lo que estaba asociado con Jesús, de repente fue altamente valorado, e incluso los soldados echaron suertes para quedarse con Su túnica. El Sacrificio de Jesús está casi consumado. Y siempre cuando un sacrificio está concluido, comienza a producir fruto. ¡Pero, nunca antes! No fue durante el camino de sufrimiento de Jesús, sino que fue cuando colgaba de la cruz, cuando brotó el fruto de Su Dolor. Fue entonces cuando un centurión se quebrantó en arrepentimiento, y cuando muchos se golpearon el pecho en señal de pesar. Fue entonces cuando ocurrieron milagros y señales. ¡Pero no antes de esto!

A lo largo del camino de la cruz de Jesús, hasta el mismo Cielo parecía no participar. Jesús debía aparecer como un delincuente, rechazado por el mundo, abandonado por Dios y por los hombres, despreciado, entregado a sus adversarios y a su mismo archienemigo. Ni Dios ni los hombres intervinieron a Su favor. A los ojos del mundo entero, Él era el único culpable. Sólo después que el Sacrificio fue completado Dios salió de su silencio, el cual parecía testificar contra el Hijo. Ahora Dios comenzó a justificar la inocencia del Hijo delante de todo el mundo, haciendo que la creación declarara lo que había sucedido allí. Hizo que el sol se oscureciera y que las tumbas se abrieran. Con esto, Dios pronunció su “Sí y Amén”, testificando que Jesús fue crucificado como el inocente Cordero de Dios.

Cuando nosotros, que somos pecadores, tengamos que andar por un camino de sufrimiento en nuestra vida personal, estas leyes espirituales también se aplicarán a nosotros. Esta verdad debería ayudarnos en tiempos difíciles, a esperar firmemente el momento de la intervención divina, creyendo que después de que hayamos ido por el camino del sufrimiento hasta el final, la gloria de Dios se manifestará y Dios hará surgir el fruto. Pero no obstante, como podemos ver en la Pasión de Jesús, esto no sucederá antes de que el camino del sufrimiento haya sido completado.

Pero, a pesar de que el sacrificio de Jesús estaba casi completado, Él todavía tenía que sufrir la amarga muerte.

(*) Después de que la cruz cayó violentamente al hoyo, la cabeza de Jesús, cargada con la corona de espinas, fue cruelmente sacudida y torrentes de sangre brotaron de ella. Torrentes de sangre santa también brotaron de Sus manos y pies. Los verdugos treparon por las escaleras que habían apoyado sobre el madero, y le quitaron las cuerdas con las cuales lo habían atado a la cruz, para evitar que se desprendiese de los clavos en el momento del levantamiento de la cruz. Debido al cambio de la posición horizontal a la vertical, y a que desataron las cuerdas, Su sangre empezó a circular más rápidamente y pudo sentir de nuevo el agudísimo dolor. Jesús inclinó Su cabeza sobre Su pecho y permaneció inconsciente por varios minutos, como si estuviera muerto.

Reinó un momento de silencio. Las trompetas que sonaban en el templo, se silenciaron. Todos los presentes estaban exhaustos por la furia o por la tristeza. Y Jesús, la Salvación del mundo, desfallecido por el dolor, colgaba inmóvil en la cruz. La cabeza cargada con la horrible corona de espinas, se hundía sobre su pecho. Incluso, más tarde, debido al tamaño de la corona, sólo podía levantar la cabeza un poco y esto con una inmensa agonía. Su pecho estaba estirado y sus hombros parecían hundidos, y terriblemente distendidos. Sus codos y muñecas parecían estar fuera de sus coyunturas. La sangre le chorreaba por los brazos, proveniente de las heridas completamente abiertas de Sus manos. Sus caderas y sus piernas también parecían estar terriblemente arrancadas de sus coyunturas. Todos los miembros de Su cuerpo estaban distendidos tan cruelmente, sus músculos tan tensos y su piel lacerada tan tirante, que se podían contar todos Sus huesos. La sangre también goteaba por la cruz, bajo el terrible clavo que atravesaba Sus pies santos. Y Su cuerpo sagrado estaba enteramente cubierto de llagas, moretones, contusiones rojas y heridas ensangrentadas. Más tarde, el cuerpo de Jesús se puso cada vez más pálido, como si hubiera perdido toda su sangre.

Aun así, a pesar de toda esta terrible desfiguración, el cuerpo de nuestro Señor en la cruz, tenía las marcas de una inefable majestad. Verdaderamente, el Hijo de Dios, el Amor eterno, que entró en el tiempo y se dio en sacrificio, era puro y santo, hermoso de contemplar, aunque su cuerpo, cargado con los pecados de la humanidad, estaba herido y

destrozado. El Cordero de Dios estaba siendo sacrificado (*).

¡Oh, vida divina! Te vemos sufriendo
sobre la cruz del Calvario.
Te sacrificaste completamente
para despertar en nosotros amor por Ti.

¡Oh, Señor, tu cuerpo está desfigurado,
expuesto y golpeado, lleno de heridas,
y así te vemos, Salvador más querido,
oh, asombroso amor que no conoce barreras!

Oh, Señor, con todo nuestro amor y fervor
te alabamos en humildad
y anhelamos darte gracias por siempre
por tu inmensa agonía.

(*) Después de que los dos ladrones hubieran sido crucificados, los verdugos recogieron sus herramientas, y después maldiciendo y mirando a Jesús con desprecio, se fueron por su camino. Los fariseos, que todavía estaban presentes también, le insultaron con multitud de palabras vergonzosas y se marcharon. Los numerosos soldados romanos con sus oficiales, se marcharon del lugar de la ejecución, ya que fueron relevados por un nuevo grupo de soldados con su centurión.

Otro grupo de fariseos, saduceos, escribas y algunos ancianos, llegaron juntamente con aquellos que habían ido, en vano, a pedirle a Pilato una inscripción diferente para ponerla en la cruz. Pilato

ni siquiera los recibió y esto fue lo que más los enfadó.

Los blasfemos daban vueltas alrededor de la cruz, y cuando pasaban frente a Jesús, meneaban la cabeza con desdén y decían: “¡Deberías avergonzarte, mentiroso! ¿Cómo puedes destruir el Templo y reconstruirlo en tres días?” “¡Él siempre quería ayudar a los demás, pero no puede ayudarse a sí mismo!” “Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz!” “¡Si él es el Rey de Israel, que baje de la cruz, y entonces creeremos!” “¡Confió en Dios; que Dios lo salve ahora!” Los soldados también se burlaban de él gritando: “¡Sí eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo!” (*).

Hasta el mismo momento de su muerte, Jesús fue perseguido por burlas, deshonra y desprecios; vemos que ésta es el arma favorita del diablo y del reino del infierno. Éste es uno de los más astutos métodos de ataque, porque es más sutil que un ataque directo, y menos obvio en sus efectos. Pero inflige profundas heridas en el alma de los demás. Jesús tenía que expiar este pecado, sufriendo una medida completa de desprecios. Bebió hasta la última gota de la copa de la blasfemia y del desprecio.

Oh, Señor, cuando contemplamos tu sufrimiento, suplicamos que nos perdones por todas las veces que hemos cometido este pecado.

(*). La burla continuó. Jesús levantó un poco su cabeza y dijo: “¡Padre, perdónalos, porque no saben

lo que hacen!”, y continuó orando en silencio. El ladrón malo le injurió diciendo: “¿No eres Tú el Cristo? Sálvate a Ti mismo y a nosotros. Pero el ladrón que estaba a la derecha, fue profundamente conmovido cuando Jesús oró por sus enemigos, y por medio de la oración de Jesús, él de repente fue iluminado espiritualmente. Le dijo al otro ladrón: “¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? ¡Nosotros estamos siendo juzgados con justicia, porque estamos recibiendo lo que nuestros hechos merecen; pero éste hombre, ningún mal hizo!” Él estaba convencido de sus pecados y los confesó, arrepintiéndose cada vez más de ellos. Con humilde esperanza, levantó su cabeza y le dijo a Jesús: “Señor, si me condenas, realmente serás justo, pero ten misericordia de mí! ¡Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino!”. Y Jesús no solamente le dijo: “¡Sí, me acordaré de ti”, sino que le prometió: “¡De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso; hoy probarás la alegría del Paraíso!” (*).

“Hoy” – dice Jesús – “¡hoy mismo!” . Estas palabras dichas sobre la cruz, son como un vislumbre de victoria. Hoy, el sufrimiento de Jesús se acabará; hoy, él entrará triunfante en el paraíso. Sólo un momento más, y él habrá vencido.

¡Oigamos a Jesús cuando en Su gracia nos dice a nosotros también, que si nos arrepentimos *hoy*, recibiremos perdón *hoy* y entonces las puertas del Paraíso se abrirán para nosotros *hoy*!.

Por fin, nuestro Señor Jesús puede salir de este mundo terrible, de este cubil de asesinos, donde fue blasfemado, torturado y asesinado. Por fin, él puede volver a la Casa del Padre, a Su verdadero Hogar, y reasumir Su gloria eterna. Y con Él se lleva almas como la del ladrón – miserables pecadores, pero, perdonados, y maravillosamente revestidos de Su justicia.

Oh, Jesús ¿Cómo podremos expresarte nuestra gratitud? Por toda la eternidad no podremos agradecerte lo suficiente.

Y ahora que Jesús cuelga de la cruz en martirio atroz, una señal tras otra se suceden para justificarlo y proclamar así Su victoria.

(*) Aproximadamente a la hora sexta, de repente el cielo se oscureció y las estrellas relucían con un color rojizo. El sol estaba visiblemente oscurecido y solamente proyectaba un ligero brillo. Un profundo temor se apoderó de los hombres y de los animales. Los animales rugían y huían. Las aves buscaban escondrijos y caían en bandadas sobre las colinas que rodeaban al Calvario. Incluso se las podía agarrar con las manos (*).

Ahora ya no es Jesús el que está atemorizado. Ahora el miedo se ha apoderado de aquellos que le estuvieron torturando hasta la muerte. Ahora las cosas comienzan a cambiar. La hora de la recompensa se está acercando.

La hora de la recompensa divina pronto vendrá también para nuestra época actual. Hoy, Jesús está sufriendo nuevamente la hora de Getsemaní y la de la Crucifixión, pero esta vez a escala mundial, cuando las naciones le están crucificando de nuevo a través de sus perversidades y pecados diabólicos, que se amontonan hasta el cielo. Llegó nuevamente la “hora de las tinieblas”, pero en esta época la oscuridad cubre a todas las naciones. Todas ellas se atreven a atacar a Dios, y a acumular terribles blasfemias sobre Jesús. Hoy, una vez más, se levanta un grito por todo el mundo: “¡Fuera con Él!”. El grito: ¡Crucifícalo! pronto será proferido también contra Sus discípulos, y muchos tendrán que pasar por la muerte. Pero podrán soportarlo si fijan sus ojos en el Cordero de Dios, que fue crucificado por ellos. Y cuando ellos entreguen su vida en sacrificio, las cosas cambiarán nuevamente. Dios emergerá una vez más de su silencio; sucederán milagros y descenderá el juicio y todos los blasfemos y ofensores serán destruidos.

En esta hora del juicio de Dios, cuando Su ira santa descenderá sobre la tierra, los escarnecedores serán silenciados, de la misma forma que el escarnio de los fariseos se silenció finalmente, cuando presenciaron los sucesos aterradores durante la hora de la crucifixión.

Que el Padre celestial reciba amor y gratitud por haber dado estas señales para justificar a Su Hijo, habiéndose puesto nuevamente de parte de Jesús a través de los poderosos fenómenos naturales. ¡Gracias

sean dadas al Padre! En la hora de la muerte de Su Hijo, Él intervino en Su favor, restaurando su honor y revelando que nuestro Señor Jesucristo, condenado y crucificado como un delincuente, era el puro e inocente Hijo de Dios.

(*) La madre de Jesús, María Magdalena, María la esposa de Cleofás, y Juan, estaban al pie de la cruz, contemplando al Señor. En su corazón, María, su madre, suplicaba fervorosamente para que ella pudiese morir junto con Él. Entonces Jesús miró a su madre, compasivo y serio, y volviendo sus ojos hacia Juan, le dijo: “¡Ahí está tu hijo!”, y a Juan le dijo: “¡Ahí está tu madre!”. Y reverentemente, como un devoto hijo, Juan abrazó a la madre de Jesús, que ahora se había convertido en su madre, al pie de la cruz del Salvador agonizante.

En la ciudad había pánico y confusión general. Las calles estaban envueltas en neblina y oscuridad. La gente andaba a tientas y confundida. Muchos se amontonaban en las esquinas, cubriéndose la cabeza; otros estaban en los tejados y se lamentaban al mirar al cielo. Pilato visitó a Herodes y, totalmente consternados, examinaban el cielo desde la misma terraza en que Herodes había contemplado cómo escarnecían a Jesús aquella misma mañana. Estaban muy alarmados y cruzaban la terraza a grandes pasos rodeados por la guardia.

En el Calvario las tinieblas daban una impresión aterradora. Al principio, la atención de todos no se fijó en el cielo, que cada vez se hacía más oscuro,

distraídos por las muchas otras impresiones que habían presenciado, como la terrible rabia y la tortura, los gritos y las maldiciones cuando se estaba levantando la cruz, el rugir de los dos ladrones, las blasfemias de los fariseos que andaban de un lado para otro; el relevo de la guardia y la ruidosa partida de los verdugos borrachos. Después, vino la confesión del ladrón arrepentido.

Pero ahora las tinieblas aumentaron. Los espectadores se pusieron más pensativos. La mayor parte de ellos miraba al cielo. Muchas conciencias fueron tocadas. Algunos volvieron sus ojos hacia la cruz con contrición. Cayendo de rodillas le pedían perdón a Jesús, y Jesús los miraba en su agonía. Aquellos que pensaban de la misma manera, gradualmente comenzaron a agruparse. Los fariseos, que trataban de esconder su miedo, todavía intentaban explicar lo que estaba ocurriendo como un fenómeno natural, pero sus comentarios se tornaron cada vez más bajos de tono y, finalmente, se callaron por completo. De vez en cuando, hacían un comentario en tono despectivo, pero que sonaba a pura invención. La esfera solar se puso de un color gris ceniza, mientras las estrellas aparecían rojizas. Los asnos se ponían en un apretado grupo, y bajaban sus cabezas. Todo estaba envuelto en vapor y neblina. Alrededor de la cruz, todo estaba silencioso. Las multitudes se habían retirado. Muchos habían huido para la ciudad.

El Salvador crucificado estaba ahora completamente abandonado. Pero, en medio de su infinito sufrimiento, Él intercedía amorosamente por sus enemigos. Se había vuelto completamente hacia el

Padre celestial y una vez más, oraba las palabras de los Salmos que en ese momento se estaban cumpliendo en Él.

La oscuridad aumentaba cada vez más. El miedo invadió a las personas de conciencia dura, y un silencio sofocante estaba sobre todos ellos, mientras que Jesús colgaba completamente abandonado y sin consuelo en la cruz. (*).

Cuando Dios el Padre, ahora, comienza a manifestarse abiertamente a favor de Jesús y a juzgar al mundo por medio de estas catástrofes naturales, Jesús todavía tenía que beber los últimos restos de la copa. Tenía que beber la parte más amarga, en el momento en que nosotros podríamos pensar que Jesús, lleno de gratitud, podría sentir: “¡El Padre está presente, el Padre está hablando a mi favor, testificando que Yo soy su Hijo, confirmando mi inocencia en la cruz!” No. Mientras todo esto está sucediendo, el Hijo no puede percibirlo. En Su corazón se siente ahora completamente abandonado por Dios. Esta fue la última medida de aflicción que Jesús tenía que soportar.

(*) Jesús sufrió todo lo que una persona torturada y destrozada sufre, cuando está completamente abandonada por Dios y privada de todo consuelo, humano o divino. La aflicción es indescriptible cuando ni la fe, ni la esperanza, ni el amor, encuentran respuesta, ni realización, ni luz, sino que yacen desnudos y vaciados, y se consumen solos en el desierto de las tribulaciones, en inmensurable agonía.

En medio de este sufrimiento, el asombroso amor de Jesús ganó para nosotros las fuerzas suficientes para que podamos ser victoriosos en la más grande aflicción, cuando estamos abandonados, cuando todos los lazos y relaciones en la tierra hayan llegado a su fin. Habiendo estado inmerso en las amargas profundidades de la agonía de ser abandonado por Dios y por los hombres en la cruz, Jesús ahora puede extendernos su mano y preservarnos de ser abandonados en la hora de la muerte. Que nunca olvidemos que la agonía de ser abandonado, fue más amarga para Jesús de lo que jamás podría ser para una criatura humana, ya que Él realmente era Uno con el Padre, siendo verdaderamente Dios y verdaderamente hombre. Como Dios-Hombre, probó la medida completa de la condición de la humanidad separada de Dios. (*).

Todos oran:

*Querido Jesús, nuestro Señor y Salvador:
como seres humanos pecadores, ninguno de nosotros puede imaginar el sufrimiento que soportaste como el Hijo del Padre, cuando Tú fuiste abandonado. Pues siendo Uno con el Padre, Tú parecías ser repelido por Él. Y esto lo soportaste por causa de nuestro pecado. Tomaste sobre Ti nuestros pecados y por esto fuiste separado del Padre y del Cielo.*

Querido Señor Jesús, nuestro pecado estuvo sobre Ti; nuestras iniquidades te cubrieron completamente, como lo declaran las incontables llagas y heridas de tu cuerpo martirizado.

Señor Jesús, Tú no sólo te uniste con el sufrimiento, sino que fuiste hecho pecado por nosotros y

por eso fuiste abandonado por Dios. Estuviste totalmente separado de Dios, Tu Padre, aunque Tú mismo eres Dios.

*¡Oh, Señor Jesús, lo que hemos cargado sobre Ti!
¡Qué terrible que es el pecado! ¡Oh, Espíritu Santo, danos un odio inigualable contra el pecado, porque el pecado crea el infierno, y Jesús tuvo que pagar por el pecado con un dolor tan agonizante. Amén.*

(*) Aproximadamente a las tres, en medio de Sus Sufrimientos, Jesús clamó en voz alta: “¡Elí, Elí! ¡Lama sabactani! ”, que quiere decir: “¡Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?”.

Poco después de las tres, el cielo comenzó a ponerse un poco más claro. El sol no tenía brillo, estaba rojo y rodeado por una neblina. Poco a poco, los rayos solares volvieron, aunque el cielo estaba todavía nublado.

El cuerpo del Señor sobre la cruz estaba pálido, como si no tuviera ni una sola gota de sangre. Su lengua estaba reseca cuando dijo: “¡Tengo sed!”.

Mientras Jesús colgaba allí tan agónico y desfallecido, un soldado ató una esponja embebida en vinagre a la punta de una caña, y la levantó hasta los labios de Jesús.

Al aproximarse el fin, nuestro Señor luchaba con la muerte, y un sudor frío cubría su cuerpo. El

discípulo Juan estaba al lado de la cruz. María Magdalena, destrozada por el dolor, se apoyaba en la parte posterior de la cruz. María, la madre de Jesús, situada entre la cruz de Jesús y la del buen ladrón, apoyada por María, la esposa de Cleofás, y por Salomé, contemplaba a su hijo moribundo. Entonces Jesús dijo: “¡Consumado es!” Levantó la cabeza y clamó a gran voz: “¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!”. Fue un grito fuerte y conmovedor, que atravesó el cielo y la tierra. Después, inclinó su cabeza y entregó su espíritu (*).

Permanezcamos en silencio unos minutos.

Coro:

¡He aquí, el Cordero de Dios!

¡Consumado es!

(*) Con el terremoto que hubo en el momento de la muerte de Jesús, cuando la roca del Calvario se rajó, muchas cosas se cayeron y se derrumbaron en el mundo, especialmente en Tierra Santa y en Jerusalén, como resultado de la triunfante victoria del Cordero. Ahora el fruto se hacía visible. Ahora fue demostrado el poder de Su Muerte. Con el estruendo del temblor de tierra y el sonido del velo del Templo rasgándose, el temor y la consternación sobrevinieron sobre las miles de personas que estaban reunidas en el Templo para el sacrificio del cordero pascual.

Con la aparición de los muertos, todas las actividades del templo quedaron paralizadas. El sacrificio

fue interrumpido, como si el Templo hubiera sido profanado. La festividad se disolvió. Porque el verdadero Cordero Pascual ya había sido sacrificado y el mundo estaba redimido (*).

Todos oran:

Nuestro Señor Jesús, te adoramos. ¡Ahora todo está consumado! Tú completaste la redención de toda la humanidad, habiendo hecho la completa expiación de los pecados. Ahora, todo el que crea en Ti no perecerá. Tu corazón, oh Señor Jesucristo, se rompió de aflicción, y ahora, de Tu Costado herido fluye la salvación, para todos aquellos que vienen y beben de Ti, el Manantial de la vida.

Te adoramos, querido Señor Jesús, porque inclinaste tu cabeza y dijiste: “¡Consumado es!”.

Adoración y gloria sean dadas a Ti, Señor Jesucristo, porque destruiste el poder de la muerte. ¡Aunque moriste, descendiste al reino de la muerte como el Señor de la vida! Tú venciste al pecado y a Satanás. ¡Y su poder está quebrado! ¡Tú eres victorioso sobre todo poder que pueda ser mencionado!

¡Adoración a Ti, Señor Jesús, oh Amor agonizante! Eres victorioso sobre la muerte, trajiste vida nueva en medio de la derrota y conquistaste para nosotros la salvación eterna.

¡Adoración a Ti, oh Cordero de Dios, que llevaste los pecados del mundo sobre el madero de la maldición, transformándolo en un madero de bendición para todas las generaciones, en la hora de Tu Muerte.

¡Te adoramos, poderoso y eterno Hijo de Dios, oh Cordero sacrificado! Ahora, la terrible agonía y el tormento del sacrificio han terminado. El sacrificio está consumado. ¡Tú venciste! El camino de la cruz y los sufrimientos de la crucifixión, llegaron al fin. ¡Oh, Señor Jesucristo, Tú has triunfado, y quebraste el poder de la muerte! ¡Alcanzaste la salvación eterna para toda la humanidad!

Amén.

*Gloria, gloria, gloria al Cordero,
desde hoy y para toda la eternidad.*

Amén.

Coro:

¡Oh, venid, adorad!

¡Oh, venid, adorad!

El Cordero ha muerto por rescatarnos.

¡Señor, te adoramos!

¡Señor, te adoramos!

La salvación Tú has traído para nosotros.



Sugerencias para la Celebración de la Pasión de Jesús

En Canaán, tenemos la costumbre de prepararnos para la Celebración de la Pasión de Jesús. El Jueves Santo, cada uno examina de nuevo su corazón ante Dios, para ver si está reconciliado con todos o si todavía tiene que ir a alguien para pedir perdón en el espíritu de humildad que Jesús nos demostró en el lavamiento de los pies (Juan 13). Pues "todo el mundo se va a dar cuenta de que ustedes son mis seguidores si se aman los unos a los otros". Y mientras pensamos en las veces que especialmente hemos pecado contra el amor durante el año pasado, el Jueves Santo es un llamado a nosotros a expresar de nuevo nuestra contrición y arrepentimiento.

Durante la Celebración de la Pasión de Jesús, ha mostrado ser de ayuda que cada participante tenga consigo: una Biblia, un ejemplar de este libro, un cuaderno para sus notas personales, y canciones sobre la Pasión de Jesús, de acción de gracias y de adoración.

Este Culto se puede detener de vez en cuando, para que los participantes puedan dar sus respuestas individualmente o como grupo, para llevar su agradecimiento y alabanzas a nuestro Señor Jesús, para escribir oraciones de renuncia, hacer nuevas entregas y expresar su amor por Él en canciones.

OTROS LIBROS DE LA MISMA AUTORA

MI TODO PARA ÉL

“La M.Basilea no sólo expresa la profundidad de su propio amor por Jesús. También nos muestra la forma en que podemos experimentar ese amor más profundamente.”

EL TESORO ESCONDIDO DEL SUFRIMIENTO

De las riquezas de sus experiencias personales, la autora comparte cómo podemos descubrir el tesoro que está escondido dentro de cada prueba y sufrimiento. De repente, vemos en ellos la luz de los propósitos del amor de Dios por los caminos más oscuros de nuestra vida.

ARREPENTIMIENTO, UNA VIDA PLENA DE ALEGRÍA

“Desde que cada miembro de nuestra iglesia recibió este libro, el espíritu de arrepentimiento y el reconocimiento de nuestros pecados ha estado entre nosotros en cada reunión, y sigue una reconciliación tras otra. Es verdad que el arrepentimiento es contagioso.”

TÚ ME FORTALECES PARA LA PRUEBA

Consejos y oraciones para darnos un buen fundamento para los tiempos actuales. Unidos a nuestro Señor Jesús podemos encontrar toda la gracia que necesitamos para pasar pruebas de sufrimiento y experimentar victoria y que nada nos puede separar del amor de Dios (Romanos 8).

DÉJAME ESTAR A TU LADO

Si no fuera por nuestras celebraciones anuales en memoria de los Sufrimientos de Jesús, Canaán nunca habría experimentado los festivales tan especiales de Pascua. La alegría de la Pascua y la Resurrección surge de una comprensión más profunda de lo que Jesús sufrió por amor a nosotros.

Jamás habíamos escuchado una narración de Sus Sufrimientos como es relatada en este Culto, que nos transporta en espíritu a los conmovedores acontecimientos del Jueves Santo y del Viernes de Pasión. Los Sufrimientos de Jesús nunca antes fueron un desafío tan grande para nuestras vidas como lo son en la actualidad. Ahora podemos entender mejor las palabras: "Quien comprende los Sufrimientos de Jesús, aprenderá a amarlo más que nunca".

Durante años, muchas de nuestras visitas que han asistido a este Culto, pedían que se publicara esta Celebración de la Pasión de Jesús. Creemos que es una guía sabia y amorosa de Dios, el que podamos publicarla en este tiempo. Tiempo en el cual, los que amamos a JESÚS, nos estamos preparando para entrar en la severa prueba que se avecina. Las aflicciones venideras nos llevarán a unirnos a Él en Sus Sufrimientos (Filipenses 3:10), pues "ningún servidor es más que su señor. Si a mí me han perseguido, también a ustedes los perseguirán" (Juan 15:20). Cuando llegue ese momento, será un manantial de fuerza para nosotros, si llevamos los Sufrimientos de Jesús en nuestros corazones.